

Desconocidas Gigantes



*Me estremecieron mujeres
que la historia anotó entre laureles
y otras desconocidas gigantes
que no hay libro que las aguante.
Me han estremecido...*

Silvio Rodríguez



Presidencia de la República
U R U G U A Y

Prosecretario de la Presidencia de la República
Presidente de la Junta Nacional de Drogas
Dr. Juan Andrés Roballo

Junta Nacional de Drogas
Secretario General
Lic. Milton Romani

Coordinación General
Lic. Esperanza Hernández - Psic. Gabriela Olivera

Coordinación Técnica
Dra. Sandra Leopold - Lic. Serrana Mesa

Comunicación y Prensa - Junta Nacional de Drogas
Martín Bergara

Diseño y Fotografía
Abril Rodríguez

Edición: Junta Nacional de Drogas
Primera Impresión - 2015

Índice

Prólogo	pág 4
Andrea Vallejo	pág 8
Ángela Barboza	pág 20
Beatriz Correa	pág 38
Elba Nuñez	pág 50
Jacqueline Ubal	pág 62
María Teresa Monteverde	pág 76
Nora Olivera	pág 90
Silvia Bonino	pág 102
Tania Borges	pág 114
Mirta Velazco	pág 128
Notas Finales	pág 142

PRÓLOGO CON NOMBRES PROPIOS

Nuestra sociedad está en deuda con las mujeres, muy en deuda con las mujeres

Quizás sea a partir de esa deuda, señalada por una de las protagonistas de estas narrativas, que hayamos comenzado a imaginar la posibilidad de gestar juntas este proyecto, que implica compartir desde los relatos de Andrea, Ángela, Beatriz, Elba, Jacqueline, María Teresa, Mirta, Nora, Silvia y Tania, sus trayectorias como mujeres, las historias de sus comunidades, y sus miradas sobre el uso de sustancias y el sufrimiento social.

El cultivo de la arena política en la cual se desenvuelven hoy las protagonistas y nosotras -a quienes nos cautivó la idea de dar visibilidad al aporte de estas mujeres hacia sus comunidades- es también parte de esa deuda y del inestimable legado de aquellas primeras mujeres luchadoras por los derechos a la educación y el sufragio de la mujer, quienes cuestionaron y denunciaron el antiguo y vigente orden patriarcal -productor y reproductor de las relaciones de jerarquía, la explotación y subordinación de la mujer en el sistema. ¿Qué trama de factores ha hecho posible que desde historias germinadas en ese orden desigual e injusto, se puedan construir empatías, solidaridades y compromisos comunitarios y de bien público?

Asimismo, ha estado presente en nosotras aquella advertencia de Foucault, que Giles Deleuze marcara como *“enseñanza fundamental”*: *“la indignidad de hablar por los otros”*.¹

Procuramos quebrar esta suerte de “indignidad”, y recuperar las voces de nuestras colegas/compañeras/amigas/cómplices... maestras, para que con sus palabras guíen nuestra reflexión en torno a saberes y quehaceres vinculados a ese particular devenir del Tratamiento Comunitario en Uruguay.

Poner la mirada y el cuerpo en las comunidades supone el desafío de que la Política Pública incorpore en su construcción una lógica de “abajo hacia arriba”.

Supone a su vez disponer de tiempo...

Tiempo para detenernos a interpelar determinadas prácticas cotidianas, disciplinarias e institucionales, que insisten en que los sujetos se adecuen a ellas y en que las realidades se acomoden a las teorías.

Tiempo también para interrogar discursos homogeneizantes que ponen en circulación algunos significantes - “adicto/a”, “perfiles”, “manipulador/a”, “refractario/a”, que dejan huellas segregativas perdurables en aquellos y aquellas sobre quienes operan.²

Pero sobre todo tiempo para la escucha, que nos permite hoy comprender un poco más acerca de esa búsqueda de nuevas preguntas para viejos problemas, y de cómo en el devenir de la misma fue posible encontrarnos.

Sin dudas algo del azar estuvo presente en la construcción de esta red de mujeres del tratamiento comunitario...

Pero ese azar fue albergado por nuestra disponibilidad para el encuentro.

Nos fuimos descubriendo, porque estábamos disponibles y dispuestas.

Las mujeres que por estas páginas transitan, han sido parte vital del proceso de desarrollo del Tratamiento Comunitario en Uruguay, desde sus primeros esbozos hace ya casi una década.

¹ Deleuze, G. – Foucault, M. Un diálogo sobre el poder en: Foucault, M. Un diálogo sobre el poder. Alianza Materiales. 1997. Madrid.

² Cf. con Tizio, H. La posición de los profesionales en los aparatos de gestión del síntoma en: Reinventar el vínculo educativo: aportes de la Pedagogía Social y del Psicoanálisis. Editorial Gedisa. 2001. Barcelona

Junto a muchos/as otros y otras, nos embarcamos en formarnos y en propiciar espacios comunitarios que permitieran acercarnos a la complejidad del abuso de sustancias, a través de estrategias de tratamiento, en clave de inclusión, humanización y derechos.

Las experiencias de colegas de varios países de América Latina nos ayudaron a comprender al Tratamiento Comunitario como una acción social, que no tiene como meta el abstencionismo, ni la segregación, ni entiende como sujeto de la intervención al usuario/a de drogas, sino a la comunidad.

Trabajo que se realiza donde las personas viven, en conjunto con la propia comunidad, junto a ella y por medio de ella, de manera de contribuir a mejorar las condiciones de vida de las personas que usan drogas, al tiempo que transformar las causas que producen el sufrimiento social.

Tratamiento entonces que supone la posibilidad de curar allí donde se enferma.

Aún resuenan las palabras de Susana Fergusson, compañera y amiga en todo este proceso: “se trata de hacer posibles los caminos que aún no existen, para recuperar la capacidad de soñar”.

Es este un libro imaginado por mujeres, dicho y escuchado por mujeres y escrito e ilustrado por mujeres.

Paradójicamente no es un libro de mujeres, ni para ser leído sólo por mujeres.

La apuesta a construir comunidad, es la apuesta por hacer con el “otro” un nosotros/as.

Es ese desafío, estas “desconocidas gigantes”¹ nos representan en esa obstinación de todas y de todos de imaginar, como decía Héctor Erosa, “lo posible como real y lo real como no necesario”.

Esto es, la posibilidad de desmarcar destinos y comenzar a construir futuros.

Gabriela Olivera
Esperanza Hernandez
Ariadna Cheroni

¹ Agradecemos a la Lic. en Antropología Selene Cheroni que compartiendo nuestros primeros entusiasmos, nos acercó las palabras de Silvio Rodríguez para que se hicieran título en este libro.

Andrea Vallejo



Mirar con el lente de Andrea

Nacer y decidir temprano

Andrea nació prematuramente el cuatro de diciembre de 1973 en el barrio del Reducto, donde aún hoy viven sus padres. Su infancia y adolescencia transcurrió en las inmediaciones del Prado, lugar que le gusta mucho y que ama. Concurrió al Colegio Poveda hasta cuarto año de secundaria. Quinto y sexto lo cursaría en el Liceo Bauzá. No había terminado el liceo cuando ya pensaba que quería dedicarse a algo que tuviera que ver con los derechos humanos. Fue así que decidió estudiar trabajo social.

En relación a su elección profesional, Andrea reconoce, por un lado, cierta influencia del colegio. Durante el período escolar y liceal, asis-

tía periódicamente al Barrio Borro, a la obra del Padre Cacho. La experiencia, sostenida durante gran parte de su adolescencia le permitió tener una convicción desde las tripas. *Yo sentía, agrega, que sabía lo que era, pero no sé si sabía tanto, sabía que era parecido a cuando nosotros íbamos allá a la obra del Padre Cacho y que iba a estar ahí, yo imaginaba eso, estar en un barrio, con grupos, pero ahora pienso y como que nunca dudé, fue una cosa como decir “yo tengo clarito que es eso”.*

Pero además del colegio, continúa Andrea, años después, logró reconocer que la carrera y mucho después la opción temática provino de su familia de origen, principalmente de su padre.

El padre de Andrea se dedicó siempre a la electricidad automotriz. Por *opción*, porque jamás *quiso tener patrón*, su padre tuvo varios talleres, en carácter de trabajador independiente. Hasta que finalmente se fundió, concluye Andrea entre risas. Tiene muchos recuerdos de estar con él, mirando televisión, en épocas que no existía la televisión por cable y los domingos pasaban seriales norteamericanas, y escucharlo hacer comentarios acerca de figuras públicas o el papel que cumplían en la ficción, los sujetos más débiles. *La sensibilidad de mi padre, me marcó, afirma Andrea, también la solidaridad de él con amigos, él me inculcó el valor de la amistad.* Con frecuencia, su padre llegaba a su casa a comer con algún *invitado sorpresa*. Su madre, ama de casa, no se alegraba de esta situación, pero las comidas y las charlas de sobremesa acompañadas de mucho alcohol se sucedían con frecuencia. A diferencia de su hermana dos años mayor, Andrea se sentiría atrapada por los personajes que poblaban el comedor de su casa y por las charlas que allí se producían *entre crítica de cuestión social y otras cosas que yo no sabía que era pero a mí me gustaba mucho estar con los amigos, a mí me seducía ese tipo de personaje callejero, bohemio, del boliche de la esquina, me atrapaba mucho eso.*

Hace unos días el padre de Andrea cumplió 80 años. *Está viejito, afirma, no dejo de reconocer que como hija me dejó sus huellas y sus heridas.*

Enamorarse del Cerro

Mi historia con el Cerro es cuasi de amor te diría.

Al poco tiempo de comenzar la facultad y viviendo aún con sus padres, Andrea recibe una invitación para integrarse a un grupo de animadores socioculturales en el programa Apex de la Universidad de la República en el Cerro. Había hecho algunos cursos de recreación y se ajustaba al perfil requerido por el programa. A su vez, en tercer año de facultad desarrollaría una de las prácticas pre profesionales en una Comisión Vecinal del Cerro. *Creo que elegí más que me tocó*, afirma entre risas. El trabajo de animadora se expandió más allá de lo planificado, multiplicándose las horas y los espacios de intervención en el barrio y sus instituciones. La mayoría de los compañeros de trabajo de Andrea vivían en el Cerro. Allí se reunían también los fines de semana. Recuerda ser como la extranjera porque no ser del Cerro es ser extranjera, *ahora yo sé porque ahora vivo, y me lo marcaron por muchos años eso, hay un precio que pagar para que te acepten*.

El grupo de trabajo del APEX se conformó además como un grupo de recreación independiente. Para ese entonces Andrea comenzó a querer cada vez más estar en el Cerro. Un llamado para integrarse a un Centro Juvenil que se abriría en el barrio terminó definiendo su pertenencia. *Me presenté con tal convicción, me acuerdo que por algo quise tanto ese trabajo, fue el trabajo que mas adoré en mi vida*, relata Andrea, mientras recuerda el proceso de selección, la presencia de José Luis Rebellato en el tribunal, y la enorme cantidad de gente que se presentó. Resultó seleccionada en primer lugar. Aún no había terminado la facultad, pero había realizado múltiples cursos de títeres, de fotografía, de educación popular y estaba iniciando el de educadora sexual. Contaba además con años de militancia y trabajo en grupos de mujeres. Militó y trabajó en Mujer Ahora, especialmente contribuyendo a la formación y consolidación de un grupo de mujeres jóvenes.

en que se anotaba en todo seminario que había. *Fueron años muy lindos, de mucho entusiasmo*. Comenzará a trabajar en el Centro Juvenil y decidirá irse a vivir al Cerro. Andrea ya estaba proyectando su vida fuera de la casa de sus padres y formaba parte de un proyecto colectivo en las proximidades del Km 16 de Camino Maldonado, al que había llegado por intermedio de dos amigas de la facultad y que apuntaba a una vida en comunidad. Allí, en una chacra, un grupo de jóvenes habían iniciado la construcción de casas de barro y mantenían una huerta. Todo su tiempo de fin de semana y de vacaciones Andrea lo volcaba a este proyecto. No obstante cada vez que se trasladaba hasta allí sentía que el barrio no le *vibraba en la panza*. Desde su perspectiva, no era la incomodidad del traslado desde su trabajo en el Cerro hasta allí, sino el hecho de que interiormente *no terminaba de cuajar con el lugar geográfico*.

Sin embargo, cuando llegaban los viernes, a la nohcecita, al finalizar su jornada laboral en el Cerro y saber que no regresaría hasta el lunes.

Andrea recuerda que se iba en el ómnibus y tenía una sensación que se quedaba mirando para atrás y decía yo quiero estar acá, yo quiero estar acá, es el lugar en el quiero estar.

Decidió comenzar a buscar una casa para vivir allí. *Empecé a caminar por el Cerro porque yo sabía que por el lado de las inmobiliarias no, que yo iba a usar mis estrategias que me enseñaron los adolescentes y las familias con las que trabajaba, y empecé a caminar y a buscar carteles en las almacenes, y esto y lo otro, y preguntaba, y fue más rápido de lo que yo creí, yo pensé que me iba a llevar más tiempo*. Andrea encontró una casa con cartel de venta en el Barrio Obrero Nº 8. El propietario estaba urgido de irse a España y Andrea accedió a comprar la propiedad con facilidad y rapidez. Recuerda estar feliz e inmediatamente asumió el cierre del proyecto con sus compañeros de la chacra. *No lo lamenté para nada, me costó un*

poco decirle al grupo, de apartarme de la propuesta, pero prometí ir los domingos igual, y lo hice por mucho tiempo, sigo visitando a veces, pero bueno, yo tenía claro que mi amor iba por otro lado, y ahí me mudé.

Andrea se mudará a su nueva casa y allí permanece hasta el día de hoy. Ha realizado algunas reformas a su gusto. Recuerda que en los primeros tiempos se sentía como en un balneario.

Tomaba el L15 al costado de su casa y en quince minutos estaba en la playa de Pajas Blancas. *Sentía que había cambiado todo.*

Hace unos años atrás transitaría una crisis importante que la llevaría a pensar si no era momento de dejar de vivir en el Cerro. La concentración de trabajo durante muchos años en el barrio le supondría a Andrea ver pasar a sucesivas generaciones de algunas familias por los dispositivos de atención. *Me los encontraba en todos lados*, relata. Cuando se procedió a la construcción de la Terminal, se reorganizó el sistema de transporte público en el Cerro. *El pasaje por allí se volvió inevitable*, afirma Andrea. Ahí se encontraba cotidianamente con muchos de los jóvenes con los que había trabajado en otro momento. Además algunos de ellos sabían donde ella vivía y recurrieron a su domicilio ante ciertos eventos conflictivos. Llegó un momento en que la situación se volvió agobiante para Andrea, quien además no había dejado de circular por otros espacios de la ciudad y comenzó a percibir una *foto de ese contraste entre los barrios del sur de Montevideo y el oeste de la ciudad*. Se había iniciado un nuevo siglo y con él parecerían reeditarse y profundizarse antiguos problemas.

Años muy complicados, donde la foto de la volqueta empezó para mí a ser una foto que la tenía acá, pegada a mi frente, que además yo venía en un taxi de una salida y miraba y los que revolvían esa volqueta, yo con muchos había trabajado con ellos, los conocía, no me eran indiferentes, bueno, el Cerro es muy grande y a muchos no los conocía pero a muchos sí, entonces se me empezó como a hacer un “ufff”...

Andrea relata que llegaba a su casa con necesidad de tomar aire, pero cerraba la puerta y *la foto de la volqueta* iba con ella. Pensó en irse del Cerro, pero luego desistió de mudarse. Dejó de trabajar mayormente en el barrio; las generaciones se fueron renovando, algunos jóvenes están presos, otros desaparecidos o muertos. *Es un panorama triste*, concluye Andrea. Hoy no siente en su casa la presión que sentía en su momento, *no la siento tanto, si me encuentro con alguien al contrario, me remueve los recuerdos de un lugar lindo pero ya sin esa demanda que yo sentía.*

Cuando cambió la foto del barrio

Andrea trabajó en el Centro Juvenil durante diez años, hasta que el proyecto se cerró. *Este fue el trabajo que amé*, afirma. Fueron años intensos, desbordantes de pasión. El recuerdo deviene en nostalgia en el relato de Andrea: *Yo a veces lamento igual esa pasión, lo que pasa que hay que sentirla, qué voy a hacer, no la voy a inventar, hay que tenerla, por suerte la tuve.*

A partir del año 2001 Andrea sentirá que la foto del barrio había cambiado, se produce un detonante. *Yo veía siempre ese barrio pero de a poco me iba encontrando que había otra foto, que eran personajes más solitarios, tirados consumiendo pasta base ¿no? Pero con otra cosa que no era el consumo grupal aquel de estar con la barra en la esquina ni nada, era otra cosa, una cosa más pesada.*

También comenzó a ver en diferentes lugares del barrio a mujeres grandes, ancianas, sentadas en sillas plegables: *al principio pensaba “¿pero qué hacen ahí sentadas? ¿Están tomando el sol?” Y en realidad eran vendedores ambulantes, como las mulas, que no tenían su boca metida en su casa pero estaban sentadas ahí y vendían pasta base con muchas variedades digamos ¿no? El bazoco, un chasqui, también marihuana.*

Andrea reitera una y otra vez que el barrio había cambiado. A la foto de la volqueta, habitada por personajes solos y físicamente deteriorados se agregó la foto del *sillón solo, un sillón viejo, todo roto y el tipo sentado ahí en una calle o en un baldío* y el *deambular de los gurises que desaparecieron del todo, que se fueron convirtiendo en mutantes y que fueron como yéndose para adentro, para adentro, como un mundo interior.*

La nueva foto del barrio incluyó también los allanamientos policiales. Los días que se producían los vecinos se recluían en sus casas, los muchachos no se reunían en las esquinas y Andrea y sus compañeros de trabajo no hacían sus recorridas cotidianas por el barrio. *Cambiaba el panorama.*

En ese período, con algunos compañeros de trabajo había comenzado a conversar sobre el tema del consumo problemático de drogas. Hoy, no tiene dudas en señalar que en el Centro Juvenil, el consumo problemático de los adolescentes y jóvenes que allí concurrían era más significativo del que en ese momento el equipo podía visualizar. Recuerda que comenzó a sentirles cierto olor nuevo que no era el del vino o el de la marihuana. Había olor a *otra cosa.*

Andrea se preocupó y decidió tomar contacto con el Equipo Barrial Operativo de Cerro Norte, vinculado al APEX. Se sonríe al recordar que Miltón Romani, quien posteriormente presidiría la Junta Nacional de Drogas, trabajaba allí en ese momento. Desde el Centro Juvenil y con el propósito de compartir la preocupación por lo que aparecía como una novedad en las prácticas de consumo problemático, Andrea convocaría a los actores locales a una reunión.

Parece que a nadie le interesó, recuerda porque nadie concurrió a la convocatoria, con excepción de un profesor de educación física que trabaja en el Centro Comunal. Desde allí les sugieren tomar contacto con el Movimiento de Usuarios de la Salud del Cerro, del cual formaba parte un grupo de vecinos, llamado *Mi Cerro sin drogas.* Este grupo conformado por militantes barriales, veteranos y formados

como promotores de salud en la Cruz Roja, se reunían los martes, en encuentros *larguísimos* que se prolongaban más allá de las 22 hs. Eran reuniones en las que Andrea recuerda haberse aburrido mucho, pero no duda en reconocer el papel de estos colectivos, ante los cuales manifiesta *sacarse el sombrero,* por la dedicación con la que asumían las tareas que se proponían.

Sin embargo, no le resultó fácil formar parte. Cierta rechazo a lo técnico primaba en el grupo de vecinos y Andrea debió hacer primar su condición de residente del barrio por encima de su titulación de trabajadora social. Hasta que recibirían una propuesta de la Junta Nacional de Drogas que les determinaría el camino a seguir: formalizar un proyecto para armar un centro de escucha. *No se sabía lo que era, ni lo que teníamos que hacer ni nada,* recuerda Andrea.

El centro de escucha

El proceso de elaboración del proyecto insumió la realización de numerosas reuniones del grupo de vecinos con los técnicos de la Junta Nacional de Drogas, en las que se debió aunar la perspectiva técnica y la barrial, y se acordó en la necesidad de que el centro de escucha contara con un equipo integrado por profesionales. A él se integraría Andrea, quién relata que fue posible diseñar un proyecto con una fuerte impronta de trabajo en calle, *del típico educador o educadora que sale a caminar la calle y a sentarse en la esquina con ellos y a hacer ahí la actividad, cosa que va en extinción ¿no? Por más que ahora están de moda las políticas de proximidad, se aproximan pero no se aproximan a lo que nosotros nos aproximábamos en aquel momento.*

El centro diseñó un espacio de consulta con días y horarios fijos, pero lo fundamental era salir al barrio, recorrerlo y realizar talleres y reuniones espontáneas en casas de vecinos o pequeños comercios. La recorrida callejera y el trabajo con los jóvenes y adolescentes en la esquina eran las tareas que más le gustaban a Andrea. Llevaban algunos instrumentos musicales, grabadores, pinturas y

allí en la esquina se hablaba de las adicciones.

Mucha gente nos decía “¿cómo abordan el tema?” nosotros hablamos directamente el tema. Empezábamos a hablar de esto y de lo otro y cuando queríamos acordar estábamos hablando de qué sustancias consumían, por qué, dónde la compraban, cómo se sentían, qué otra cosa hacer.

En el centro de escucha, Andrea reconoce haber podido desplegar su capacidad propositiva en lo concerniente a la estrategia metodológica, y se encontró con más coincidencias de las esperadas con los vecinos del grupo *Mi Cerro sin drogas*. Se acordó que trabajarían en un área delimitada de Cerro Norte, y que contarían con un local, arriba del Comunal 17, en el predio del APEX, que se acondicionó con un presupuesto participativo, lo que evidencia, observa Andrea, la preocupación que los vecinos fueron adquiriendo en relación al consumo problemático de drogas. La experiencia de Andrea desarrollada durante diez años en el Centro Juvenil adquiriría suma relevancia para este nuevo emprendimiento. *Quedó plasmado un proyecto que amé*, afirma Andrea, enfatizando sobre todo la modalidad de trabajo.

Luego de la primera financiación directa que posibilitó poner el centro de escucha en funcionamiento tal como había sido diseñado – y que permitió solventar tres cargos operativos y tres talleristas de la Fundación Mateo - se transitó hacia otra modalidad de obtención de recursos, a través de los fondos concursables. El cambio fue sustantivo. *Nos ahogó, afirma Andrea, pasaron muchas cosas, primero al grupo lo quebró porque estábamos los que cobrábamos y los que no cobrábamos, que se podía sortear, hubo momentos de ensamble de las dos cosas, pero estaba difícil, ahogó. Al grupo Mi Cerro lo mató como colectivo vecinal, a los que quedamos del lado del trabajo era un pichuleo económico porque no era un sueldo, era un pichuleo que lo hacíamos con mucho cariño, y aparte esto de renovar cada seis meses, nunca sabíamos, mucha promesa deslizada en el barrio que después no sabíamos si la íbamos a poder cumplir.*

Andrea estuvo meses sin cobrar su salario. No obstante continuaba yendo al centro, *con conciencia* de que no era posible abandonar la propuesta que habían creado. Se reunieron con los viejos integrantes de *Mi Cerro sin drogas*, identificaron que las políticas los estaban llevando por *lugares que no querían ir* y decidieron no presentarse a los fondos concursables. El equipo de trabajo definió que continuaría vinculado al proyecto, pero la dinámica que impone otros trabajos y ocupaciones devino en asistencias esporádicas de sus integrantes y modificó el formato del proyecto. La estrategia de trabajo en calle se fue reduciendo progresivamente, y finalmente, el centro de escucha se delimitó fundamentalmente, como un espacio de referencia para consultas.

El costo mayor de la decisión tomada, ha sido el de la *invisibilidad*, afirma Andrea, *hoy si preguntás te van a decir que Mi Cerro no existe, no funciona más, yo te digo que funciona, el proyecto aún continúa, este lunes estuve ahí por ejemplo en un grupo, o sea que yo sigo vinculada muy lejanamente pero contenta por lo que queda.*

Hoy, pasados unos años, Andrea considera que la metodología de trabajo que desplegó el centro de escucha en su etapa inicial, de fuerte contenido comunitario, conformó la mayor fortaleza de la propuesta. Destaca además, el tiempo invertido en la construcción del vínculo con los jóvenes del barrio y con los vecinos, que no se ajustaba a horarios rígidos de trabajo y que posibilitaba contar con un componente de espontaneidad, que fortaleció la relación del proyecto con quienes habitaban en el entorno. Los vecinos, en general, alentaban el proyecto, recuerda Andrea, incluso algunos les aportaban ideas, pero también estaban quienes les decían que eran como *un caso perdido*, que estaban *perdiendo el tiempo*. *Lo decían con mucho cariño, como que se daban cuenta de la buena intención pero como que había algo que ya estaba como sobrepasando todo esto, y tenían la claridad de que el negocio estaba instalado de una manera muy fuerte.*

No obstante, Andrea no duda del impacto favorable, *micro pero sólido*, que se generó en algunos adolescentes y jóvenes que se vincularon al proyecto y que aún hoy los encuentra en el barrio, en una muy *buena foto*.

Para otros, fue solo una pincelada en su vida, una linda tarde para algunos, de música y de tocar un poco el tambor, yo qué sé, para alguna mamá algún desahogo de un día, un llanto, un abrazo, no sé, es difícil de medirlo.

Finalmente, insiste en señalar que este tipo de proyectos no pueden sustentarse en fondos escasos y concursables. Es *una mentira total*, afirma Andrea, que parecería prescindir del dato, tangible y contundente, de que aún hoy, al caer la tardecita en el local del centro de escucha, los grupos de familiares y de Narcóticos Anónimos, que también funcionan allí, se ven poblados de hombres y mujeres, adultos y jóvenes, en búsqueda de atención.

Mirar hoy desde el Portal Amarillo

No hace aún tres años que Andrea se encuentra trabajando en el Portal Amarillo. Reconoce haber avanzado en su formación y accedido a ciertas protecciones que le han permitido seguir trabajando en la temática del consumo problemático de drogas. En este sentido, su actual inserción institucional le ha posibilitado tomar distancia de la fragilidad del trabajo en calle, con pocos recursos y expuesta a múltiples amenazas y sufrimientos. *En un momento sentí que al entrar acá traicionaba un poquito a esa metodología de trabajo, reflexiona Andrea, pero hoy me doy cuenta que no, que acá también logro ser feliz en el trabajo.*

Relata que con el grupo de *Mi Cerro sin drogas* siempre están pensando en cómo regresar a un trabajo comunitario en Cerro Norte. Hace ya un tiempo que no ha vuelto a andar por allí, y entiende que necesitaba alejarse de ese lugar que tanto ama y que al mismo tiempo,

tanto dolor le provoca. No obstante, de reiterar un tipo de experiencia como la realizada en la etapa inicial del centro de escucha, Andrea afirma con énfasis, que es fundamental *tener un equipo muy bien afianzado y no individualidades que dejan su vida en función de esto*.

Revisar su experiencia anterior le permite señalar que aunque no siempre se vea a simple vista, en una dedicación totalizante a este tipo de trabajos, también hay una *dosis de egoísmo*. *Yo me vi en esa foto*, agrega Andrea, *de creerte la reina del carnaval, y no es saludable*. Por eso hoy, aunque no se arrepiente de lo hecho, porque tuvo *la energía en ese momento* para hacerlo, reitera la importancia de conformar equipos sólidos y estables que trabajen a pequeña escala y en profundidad.

Me encantaría seducir a la gente para que implemente en equipo un trabajo en calle, pero de real calle, afirma Andrea, observando críticamente un desarrollo programático actual de las políticas sociales, que si bien prioriza en su diseño estrategias de proximidad, en su accionar parecerían predominar más las coordinaciones interinstitucionales que la construcción de vínculos comunitarios de calidad, en el territorio.

Este es un trabajo que nutre pila, que posibilita pensar para dónde se va, concluye Andrea. A su vez, afirma sentir que el tema del consumo problemático de drogas es un tema que oscila *todo el tiempo entre la vida y la muerte, es así, así de cruel, es todo el tiempo vida o muerte, vida o muerte. Y estás todo el tiempo con esa sensación, y los logros son muy pequeños. Eso me ha ayudado en lo personal a valorar un poco más la vida concreta ¿no? El disfrute de lo pequeño, de lo pequeño y enorme.*

Ángela Barboza



Sin la comunidad nada funciona

Ángela es una referente barrial de la Cruz de Carrasco, con muchos años de participación social y política en la zona. Vive en el asentamiento Casitas Blancas desde hace 31 años, barriada generada en el gobierno de Juan María Bordaberry y que aún hoy sigue sin regularizarse su situación.

Tiene 56 años, un marido con el que se sacó la lotería, 3 hijos -dos varones y una mujer- y una nieta.

Aquellas épocas

Nació en Baltasar Brum, en el departamento de Artigas, en una familia numerosa. Como era la menor de los hermanos, prácticamente se crió como hija única. A sus 11 años, su padre -que era ya anciano- murió, y a los 13 años migró sola a Montevideo para trabajar en el servicio doméstico, lugar donde estaba una de sus hermanas haciendo el mismo trabajo.

Hasta ese momento su vida había transcurrido en el pequeño pueblo donde nació, por lo que el cambio fue radical. Llegó, como ella misma dice sin saber nada de nada. En su pueblo no había luz eléctrica y en Montevideo comenzó a trabajar en la casa de una familia con mucho dinero, que, por ejemplo, tenían electrodomésticos que Ángela no sabía usar. La despidieron, pero fue rápidamente contratada por otra familia como niñera, ocupando el lugar que había dejado vacante su hermana al casarse.

En ese trabajo es que Ángela sufre un terrible accidente, de consecuencias irreversibles en lo físico y en lo emocional.

Explotó una botella de cera, se me incendió toda la ropa, me prendí fuego y me quemé, tuve que apagar el fuego para que no se quemara el niño que estaba conmigo y bueno...

Ángela apagó el fuego con sus propias manos, para evitar que se quemara el niño de 2 años que estaba cuidando. Intentando evitar que otras personas se lastimaran quemó el 80 por ciento de su cuerpo.

Ella, siendo una adolescente, se encontraba trabajando en negro, en casa de personas extranjeras, en plena dictadura, alejada de su familia.

Era un apartamento en un 4º piso, yo tenía que pasar para apagar las llaves de las dos garrafas que estaban cargadas, yo decía 'Explotan las garrafas, vuela todo el edificio y mueren todos los niños', mi pensamiento fueron los niños en ese momento, y creo que si volviera creo que lo haría de vuelta. Creo que sí porque mi alegría es esa, que mis dedos quedaron ahí sí, pero el niño no se quemó ni siquiera un pelo. Y bueno de ahí me llevaron al Clínicas, como sobreviví esa noche, me llevaron al Banco de Seguros, porque se movió mucha gente...

En el sanatorio del Banco de Seguros, permaneció 2 años internada. La recuperación fue larga y dolorosa, teniendo que aprender a caminar de nuevo, a escribir con la mano izquierda y recuperar las ganas y la alegría de vivir.

Ángela siente pudor al hablar sobre este episodio de su vida, pero en el proceso reflexiona y visualiza que todo lo que le pasó tiene un paralelismo con las vivencias de los adictos a las drogas y que esa experiencia sufrida en cuerpo y alma, la convirtió en una mejor persona y en alguien más apto para comprender el sufrimiento del otro y la otra.

En el transcurso de su internación, tuvo contacto prolongado con la morfina, por los muy intensos dolores. Cuando comenzó a trabajar en el tema, vio por primera vez que ella había tenido entonces una experiencia con las drogas, sin haberle dado nunca ese sentido. Así, se volvió para ella más claro y vivido lo que brinda el consumo, la ayudó a entender por qué las personas consumen, a pesar de los daños y el sufrimiento que pueden sobrevenir.

Pero eso lo entendí después que estoy en esto, lo entendí recién en el 2009. Porque claro, cuando empecé a escuchar y a estudiar y a darme cuenta de los viajes y que estás volando y todo eso digo 'Claro, aquello que yo me quedaba...', que hasta me trajeron un sí-cólogo, yo me quedaba mirando horas la pared y mi mente estaba

en otro lado, era la droga...

Durante esos dos años, su madre dejó Artigas para estar junto a ella. Era un momento muy complejo del país, en el que algunos de sus hermanos se iban al exilio. Porque, a pesar de no provenir de una familia de izquierda, ella y sus hermanos lo fueron y lo son

Yo siempre digo que elegí ser de izquierda o del Frente Amplio porque uní... Mi padre era colorado, me llevaba en tiempo de elecciones de mañana al club colorado, él iba con un pañuelo rojo en el cuello, y después mi madre era blanca y de tarde me llevaba al club de los blancos, y yo creo que mirando el cielo azul le metí una franja sola ahí y ta, desde que empecé a votar decidí ser del Frente.

Luego de salir del hospital, se mudó con su hermana enfermera a Playa Pascual, donde aprendió a manejarse sola en su nuevo estado .

Ahí como que hice la recuperación, como que aprendí a hacer cosas, pude hacer cosas, ella me dejaba así y pude hacer cosas, le rompí todas las tazas me acuerdo, le debo muchas tazas a mi hermana, cuenta riendo.

De a poco fue recuperando las habilidades manuales y la confianza en sí misma y así volvió al trabajo y al estudio, cursando liceo e inglés. A los 25 años conoció a su marido -con quien no pudo casarse porque él llegó tarde al Registro Civil y no volvieron a pedir hora nunca- y dejó todo porque *el amor, es el amor*. Tiempo después retomó y terminó el Ciclo básico.

Entre el estudio y el trabajo tuvo sus dos primeros hijos, dos varones de hoy 30 y 29 años y 6 años más tarde, una hija. De su segundo hijo tiene su única nieta.

Su barrio y la militancia

En los inicios, Casitas Blancas no era un asentamiento, sino un complejo de viviendas de emergencia, que contaba con una guardería, escuela y policlínica.

Las casas que fueron entregadas en los '70, *eran un galpón sin paredes adentro, sin agua y sin luz, de emergencia y tienen más de 40 años hechas, sin ventanas en el fondo o sea que tenemos solo ventanas en el frente, no hay ventilación, no hay nada, está todo mal, bueno...*

Con el transcurrir del tiempo, los espacios verdes que circundaban las viviendas fueron ocupándose por viviendas precarias y las casas originales fueron modificadas, agregándose habitaciones, lo que fue dejando cada vez espacios más estrechos para circular, conformando los pasillos o corredores que atraviesan en todas direcciones el barrio. Actualmente viven alrededor de 2000 personas, en 500 viviendas, según calcula Ángela.

Ella sabe que existe una estigmatización del lugar, por eso hace hincapié en derribar los prejuicios existentes sobre el barrio.

Ahora el barrio está tranquilo, por suerte se transformó en un barrio tranquilo, casi todo el mundo trabaja, no todo el mundo vive del gobierno como dicen por ahí, fueron 20 personas nomás que tuvieron el Plan de emergencia. Los trabajos son precarios pero es trabajo, hay muy pocos recicladores, hay mucho servicio doméstico, mucha construcción, hay solo un señor que tiene un carro y un caballo, los chiquilines estudian, está La Pascua, está la Fundación Don Pedro, Las Madres de La Cruz que los tienen ahí ayudándolos con los deberes y con todo, los programas educativos. Hay chiquilines que se han recibido de abogado, de arquitecto, no los ves, están invisibles ahí... Y hay 20 que son delincuentes.

A pesar de su defensa del barrio y su gente, a veces ha sentido deseos de mudarse, de vivir en un lugar en mejores condiciones -especialmente en épocas donde la violencia se volvió intensa- pero su compromiso con la gente del lugar, la ha hecho cambiar rápidamente de idea.

Me quiero ir pero a la misma vez pienso '¿Qué va a ser de mis vecinos si yo me voy?' Van a seguir viviendo, claro, pero yo qué sé, me parece que es como una traición, a veces siento que los voy a dejar ahí solos y sin asesoramiento. Es cosa mía porque ellos siguen viviendo lo más bien, yo no soy nadie, pero...

Uno de los principales problemas del barrio tiene que ver con su situación frente al Estado, por la indefinición del carácter del espacio: en algunas circunstancias se lo considera un asentamiento irregular, en otras un complejo de viviendas, sin establecerse de quién depende. Esto enlentece o directamente paraliza las acciones para la llegada o mejora de los servicios.

Ahora si me pedís pasar al baño y querés lavarte las manos en la canilla del baño no me sale agua... Porque no hay presión, no tenemos regularizado el agua, no tenemos contador de agua, la luz la pusimos nosotros.. La gente quiere poner el contador pero ta, todo el mundo quiere poner el contador de agua, todo el mundo quiere tener un contador de luz porque somos tantos y nos enganchamos y la luz viene, entra viste, entonces en invierno hay baja tensión, hay apagón, explotan los transformadores, y queremos regularizar eso.

Participación(es)

Ángela tuvo sus dos primeros hijos con un año de distancia. Cuando tuvieron la edad suficiente, los envió a la guardería del barrio para volver a trabajar. No permaneció mucho tiempo en esa situación, porque sus hijos extrañaban, lloraban y ella no lo resistía. A partir de ese momento dejó de trabajar. Durante varios años, su vida se circunscribió a lo doméstico y a lo que llama la típica vida de las amas de casa del barrio, época en la que su cotidianidad consistía en:

Levantarse, atender a los hijos, limpiar la casa, hacer la comida para el marido cuando llega, salir a conversar con las vecinas, lo que se dice chusmear, tomar mate dulce con las vecinas y mirar las novelas de amor de la televisión.

Pasado el tiempo y cuando sus hijos fueron creciendo y siendo más autónomos, comenzó a sentir que esa vida ya no la colmaba; aunque esos momentos de reunión entre mujeres fueron sembrando inquietudes y proyecciones en Ángela.

Así, en el 2004, funda con otros/as vecinos/as una Cooperativa de artesanos/as y trabajadores/as.

Ahí había carpinteros, albañiles, estaba mi marido de albañil, había un vecino que era carpintero, había una chica que hacía cerámica, otra señora que hacía corte y confección, nos juntamos todos y formamos una cooperativa, un señor nos ayudaba de la cooperativa de al lado, nuestra cooperativa se llamaba PROA.

A partir del trabajo en la Cooperativa y de los vínculos con los y las habitantes del barrio, le propusieron ocupar un rol político institucional: ser concejala.

Dudó, pero la convencieron al mostrarle que desde ese lugar iba a poder hacer más cosas por los/as vecinos/as y el barrio.

Y tá, me postulé y me votaron una cantidad de personas que ni me imaginé que me iban a votar, y salí concejal, todavía no estaban los municipios... De Camino Carrasco al norte pertenecía al Comunal 8, o sea que fui concejal del Comunal 8. Después fui edil de las juntas locales que duraron hasta que estuvo el municipio, hasta que se formaron los municipios, bueno, y ahí seguí, o sea que yo empecé a trabajar en la política primero.

Por su rol de concejala, conoció profundamente la zona y todas sus complejidades; principalmente las de los asentamientos, y vio cómo el desconocimiento genera distancias, violencia simbólica y muchas veces, injusticias

Vi realidades que nunca las había visto, a pesar de que yo vivo en un asentamiento. Una vez fuimos a un asentamiento allá cerca de Paso Carrasco con unos médicos, teníamos que hacer una jornada de salud, ellos querían ver cómo estaba la gente en salud. A mí me tocó con un médico jovencito. Me acuerdo que le digo a una señora '¿Qué tiene señora en esos tanques?', y ella me dice 'Ahí tengo oro m'hija', y yo le digo '¿Oro?' y me dice 'Sí, agua, porque el agua acá nos queda a cuatro kilómetros y yo como no tengo carro a caballo, tengo que pagar para que me traigan el agua, así que es oro'. Y siguió 'Yo estoy cuidando dos nietos que me dejaron, y los baño cuando llueve, porque el agua me sale carísima, yo no los puedo bañar con agua potable'. Y yo ahí como que se me abrió la cabeza, y lo conversábamos con el médico y me decía 'Pensar que nosotros a veces les exigimos a las madres y a las abuelas que traigan a los niños limpios a la consulta y no les preguntamos si tiene agua, nos enojamos a veces y decimos Tráigalo limpio, báñelo, haga esto, haga aquello, pero lo primero que tendríamos que preguntar es si tiene agua'.

Más adelante, fue elegida edila de la Junta local. Al tiempo, se dio cuenta que desde ese lugar no lograba que surgieran las soluciones como antes, en los tiempos adecuados. Visualizó que aparecían otras variables, vinculadas al propio mundo de la política, y tras el

fin del período, no volvió a postularse. A Ángela le costó bastante tiempo tener cintura política y lo logró a través de la militancia político-social, en el movimiento afro. Participa desde su fundación, en el año 2012, en el colectivo llamado “Movimiento Salvador”, que nuclea organizaciones y militantes afro de todo el país.

Años antes, fue fundadora de la Mesa del SOCAT, y desde ese lugar trabajó para la regularización de un asentamiento que había conocido a través de su participación en el Concejo Vecinal.

Bueno, se logró eso, realojar a esa gente. Y ya me enganché en la Mesa barrial a trabajar, a capacitarme, hice unos cursos, primero de fortalecimiento de padres, después de gestión, después de cómo formar una cooperativa. En mi casa siempre llamando los vecinos, Ángela esto, Ángela lo otro. Mis vecinos se creían hasta hace poco que yo trabajaba en la Intendencia, que yo era municipal. Siempre asesorando a mis vecinos, sigo y voy a seguir hasta el día que me vaya de ahí o hasta el día que muera, no sé.

También integra la Comisión de la Mujer de la Zona 8, desde hace unos 6 años. Le preocupan especialmente las situaciones de violencia doméstica, y la participación en este espacio le ha servido para vencer algunas resistencias a meterse e intentar ayudar.

El barrio y la droga

Ángela cita el 2002 como el año de llegada de la droga al barrio y considera que fue el comienzo del desastre.

Ahí llegó la maldita pasta base, hizo un desastre tan grande en mi barrio que no podía creer, no podía ver a los chiquilines que los vi nacer, crecer, hundidos allá en el fondo de todo eso, ‘¿Y qué hago? ¿Qué hago?’ Y no sabía cómo ayudarlos ¿no?.

Al ir observando las lógicas que se iban dando en el barrio, y los circuitos que se iban generando, fue que empezó a tomar decisiones para no participar de éstos. La primera de ellas fue no comprar las

diferentes cosas que venían a vender a la puerta de su casa jóvenes de la zona.

Después empecé a decirles ‘Mirá, no te voy a dar plata porque yo no voy a ser cómplice de que vos te arruines la vida, de que vos te envenenes, porque vos te estás matando, así que no te voy a dar más plata. Si tenés hambre vení, que si tengo te comparto pero plata no te voy a dar más, ninguno de nosotros dos, ni mi marido ni yo’, y así fuimos cortando, cortando, hasta que nunca más nos fueron a vender cosas.

Por esos mismos años, el barrio se había vuelto un lugar muy violento. Había muertes todas las semanas, vinculadas a los ajustes de cuentas.

Tanta violencia hizo que los vecinos se organizaran, juntaran firmas y lograran que se patrullara durante la noche, pero esto duró muy poco tiempo.

A pesar de esa situación, Ángela tiene claro que el miedo no puede instalarse, porque si se siente miedo, es imposible vivir.

En la actualidad, el barrio es mucho más tranquilo que en aquellas épocas, y lo considera un lugar dónde, a pesar que existe mucho consumo, hay un respeto por los demás que no se da en otros lugares

En otros barrios *hay gente tirada por todos lados en un estado terrible, y acá no, es más, hay como un respeto, si nosotros vamos pasando ellos se esconden, los que están consumiendo, y esperan a que nosotros pasemos.*

Esto, es visualizado por Ángela como un aspecto positivo, que expresa la capacidad de colocarse y respetar límites y la interiorización de ciertas normas, lo que refleja una base sobre la que trabajar con ellos.

El Centro de escucha

Siendo Ángela edila, se presentó en la Junta Local una joven con un familiar consumidor, proponiendo la creación de un espacio donde pudieran ser escuchados y apoyados quienes pasan por estas situaciones

Aparece en la reunión, en la sesión de la Junta y nos explica que ella quería tener un espacio... Ella quería presentar un proyecto para que hubiera un espacio donde la escucharan porque no había ningún lugar donde la escucharan, los problemas que ella tenía ¿no?, de ese familiar que consumía. Justo era la época del presupuesto participativo, se aceptó la propuesta, se la aceptó, lo llevamos al SOCAT, a la Mesa barrial, la Mesa barrial se apropió -ayudó, no se apropió porque siempre fue esta chiquilina que estuvo al frente- se habló con la Comisión de la Mujer acá, del Comunal 8, y entre las dos organizaciones presentaron el proyecto de la joven de un Centro de Escucha...

El proyecto fue presentado al presupuesto participativo y ganó con 870 votos. Así, fue que se construyó el Centro de Escucha e Inclusión social, que comparte espacio con la ComunaMujer, acción estratégica desarrollada en su momento, para que fuera más fuerte la propuesta y lograra ser aprobada.

Antes de contar con un espacio propio, el trabajo sobre drogas y las acciones desde lo local, ya había comenzado, reuniéndose el grupo en el Comunal, donde el Concejo Vecinal les prestaba los días miércoles el local.

En el 2009 empezamos a atender a la gente allí en el salón del Consejo Vecinal. Y así fuimos construyendo de a poquito entre todos este Centro de Escucha, que hoy es internacionalmente conocido

Desde ese momento, el dispositivo fue creciendo y recibiendo el

apoyo de distintas organizaciones e instituciones. Desde el Estado, el principal aporte ha sido las capacitaciones y gestiones para generar canales de apoyo y derivación.

Las organizaciones de la zona nos apoyan en que nos conocen y nos derivan los casos para acá, ejemplo La Pascua, este, a veces el Comunal también nos ha enviado, la Iglesia de La Cruz, el SOCAT, los liceos, las escuelas.. Porque funciona acá también el nodo de salud y educación que se formó acá. Se formó un gran nodo de educación y salud que integran varios liceos, liceo 20, liceo 15, las escuelas de la zona y otras organizaciones. Se reúnen los viernes y entonces acá como que estamos todos conectados, los liceos saben que acá hay un Centro de Escucha que atiende a los chiquilines.

Ángela considera que los apoyos para poder desarrollar un trabajo de mayor alcance y que genere verdaderos cambios, deberían ser mayores y constantes, no supeditados a proyectos y concursos. Se necesitan elementos materiales y viáticos, que permitan resolver problemas urgentes.

A mí me pasó una vez que una mujer, una muchacha consumidora vino y me dijo 'Me quiero internar ya', y yo recurrí a un lugar de atención y no tenían ambulancia, entonces si yo ahí hubiese tenido un ticket para un taxi yo la hubiese llevado a internar.

Entonces para esas cosas se necesita, para eso y para otras cosas más se necesita tener un fondo, un recurso. Capaz que no dinero pero sí un ticket de transporte, algo que vos puedas... Cuando te piden ayuda es en ese momento que vos tenés que dar la ayuda, no podés estar haciendo un trámite largo y esperar a que venga una ambulancia, y el 105 no funciona de noche para estos barrios.

Su planteamiento es de presupuesto para los elementos necesarios para el funcionamiento y no para sí misma o el resto de las personas que trabajan voluntariamente, ya que cree que el voluntariado es parte de la esencia del dispositivo, y parte de su misión.

Funcionamiento del Centro

Ángela concurre al Centro de escucha, 3 veces a la semana: los martes, los miércoles y los viernes.

El sentirse capacitada para seguir el proceso de trabajo y las formalidades necesarias, le llevó un tiempo. En un principio, sentía que debían ser los y las profesionales que llevaran los registros, que escribieran en las historias de cada consultante. Recientemente venció esos temores y participa de todo el proceso.

Lo último que estamos haciendo es un seguimiento a través del teléfono de los chiquilines, cómo están. Algunos siguen consumiendo, otros han dejado y están trabajando, otros están en situación de calle, otros no hemos logrado contactarlos.

Un aspecto que Ángela resalta es cómo las mujeres de las familias son quienes acuden mayoritariamente en busca de ayuda, para algún familiar, generalmente varón.

Siempre viene la madre o la hermana o la tía, de los chiquilines que consumen. Pero nunca han venido solos chiquilines así a decir 'Bueno soy consumidor y vengo a atenderme acá', no, siempre es a través de un familiar femenino.

Ángela describe el proceso seguido desde la llegada del familiar en busca de ayuda, de la siguiente manera

Lo primero que hacemos es decidir quién lo va a atender, porque somos varias personas que estamos ahí, por lo general siempre atendemos de a dos.

Te sentás, te escucho, no escribo nada, trato de meterme en tu situación porque vos venís muy angustiada porque tenés un hijo que está en la droga, entonces imaginate como estás, o un sobrino que lo querés sacar, estás llorando, yo te tengo que calmar un poco,

tranquilizarte, preguntarte el nombre, el apellido, cuántos años tiene, qué droga consume, desde cuándo, eh, dónde está el padre que no vino contigo, todo eso, cómo es la convivencia en la casa, si lo echaste o no lo echaste, si te robó muchas cosas, todas esas cosas que se van preguntando

Luego, se intenta que esa persona vuelva acompañada del familiar con consumo problemático o que logre que concurra al Centro solo, si así lo prefiere

Después tenés que traerlo, a veces viene la primera, pero muy difícil... Que lo traiga que lo va a ver alguna compañera. Si lo atiendo yo, trato siempre de ser la primera persona en tratarlo bien y que tenga buena relación conmigo.

Ángela considera que esa primera impresión, y el logro de una empatía, son fundamentales para que la persona siga viniendo, en cualquier circunstancia.

Que aunque consumas vengas, si consumiste anoche volvé, traélo, no importa. Que se bañe, que se moje un poco la cara con agua fría y que venga, siempre le decimos 'Si consumís, vení igual, porque nosotros estamos acá, si consumiste hace una hora vení igual, nosotros acá no estamos para juzgarte sino para ayudarte'.

A partir de esos primeros encuentros, se va definiendo la estrategia a seguir, evaluando lo más conveniente y necesario para la persona, respetando siempre sus decisiones

Bueno, y ahí vemos si necesita..., si pide el chiquilin algún ansiolítico, o si quiere ver un psiquiatra o si quiere seguir con nosotros el tratamiento o si quiere internarse, bueno, y ahí derivamos.

Cuando se requiere una internación, es cuando surgen las mayores dificultades, dada la escasez de plazas, por lo que el acompañamiento desde el Centro y desde el Centro de salud local en forma ambulatoria, es lo que se da en la mayoría de los casos. En caso de no necesitar internación o que ésta no sea viable, el procedimiento

seguido incluye una nueva entrevista, con alguna de las técnicas.

¿Querés volver el miércoles que viene? Si querés te va a atender una sicóloga que se llama Beatriz, que se llama Carmen, o te va a atender la Dra. Monteverde o alguna otra compañera, este, pero vas a ser siempre bien recibido, es tu lugar de encuentro, de charlar, cuando quieras venir a charlar estamos acá.

Ángela y el resto del equipo tienen claro que las recaídas no son la excepción, sino la norma. Frente a estas situaciones, las respuestas son de comprensión e intento de lograr que la persona no deje de estar en contacto con ellas, bajo ninguna circunstancia.

Vuelven muy avergonzados ¿no? Porque lo primero que les viene... 'Me fui, recaí', porque es lo normal. Se sabe que ellos van a recaer, ni una vez ni dos ni tres, van a recaer muchas veces pero bueno, nosotros no estamos para juzgarlos, estamos para recibirlos y ayudarlos en lo que podamos, con lo que tenemos, tratar de reducir el daño de la persona.

Pero su labor con los consumidores problemáticos no se reduce a su horario en el Centro, sino que intenta estar siempre atenta a quienes pueden necesitar ayuda, en la actualidad o en el futuro.

Mi objetivo personal es trabajar para, ayudarlos a ellos, siempre les hablo, cuando están ahí re duros me acerco, y los conozco, imagináte que los conozco de toda la vida, desde que eran chiquitos, entonces me acerco y siempre les digo 'Cuando quieras dejar andá al Centro de Escucha, estoy allá, cuando quieras dejar estoy en el Centro de Escucha'.

La mayoría de consumidores de la zona que no se acercan al espacio físico del Centro de escucha, también están entre los objetivos de alcance del equipo de trabajo. Es así que cada vez organizan más salidas al territorio. Quienes concurren al Centro son las familiares, pero el usuario problemático, según la visión del equipo, se

encuentra con una barrera que hace mucho más difícil su llegada. No sólo se trata de asumir la búsqueda de ayuda, sino de ir a un espacio ubicado en otro mundo.

A partir de las recorridas, de estar en las distintas zonas del barrio, se han ido relevando datos e informaciones que se vuelven vitales para el trabajo.

Hemos hecho entrevistas acá, diarios de campo y han salido referentes que nosotros ni sabíamos, que yo que vivo acá hace más de treinta y dos años no sabía que eran referentes para la gente, nosotros tenemos que trabajar con todos, con los narcos, con todos tenemos que trabajar...

Por lo tanto, el trabajo del Centro de Escucha se va volviendo cada vez más un trabajo en el territorio, generando contactos y alianzas que ayuden a llegar a cada vez más consumidores.

Ángela siente que existe una visión positiva, desde todas partes, con respecto a las personas que logran salir del consumo. Esto, va unido a la discriminación terrible que sufre el consumidor de pasta base, sobre todo frente al deterioro que va sufriendo.

Sí, es un pastoso le dicen, es un pastoso. Porque claro la pasta base es una droga tan, tan... Dependen tanto de eso que viven para eso ¿no? Entonces ya no te preocupás ni de bañarte, ni de cambiarte de ropa ni de nada, es eso y eso, diferente a la otra droga, a los usuarios de la cocaína, que vos no te das cuenta que son consumidores.

El involucramiento

A lo largo de su vida, Ángela ha cambiado radicalmente su percepción sobre las drogas y especialmente sobre los consumidores. Años atrás, sentía un visceral rechazo hacia ellos, de lo que hoy se arrepiente profundamente. Ha logrado cambiar su percepción sobre las diferencias entre consumidores y no consumidores.

Nosotros no somos nada para juzgar, porque el mate sí no lo tomamos nos duele la cabeza, el café, el cigarrillo, entonces ¿quiénes somos nosotros para estar juzgando a los demás?, si somos todos unos drogadictos.

Basada en esto y en el paradigma de la reducción de riesgos y daños, considera un gran avance la reciente ley sobre regulación de la marihuana.

En el recorrido de esta trayectoria de cambio en sus percepciones, una de las cuestiones que debió trabajar, fue el involucramiento y las expectativas colocadas en el otro.

Lo que me costó mucho fue la frustración ¿no? Frustración de haber hecho todo, ayudar y todo eso y de repente ¡paf! Primero manejar mi frustración, de decirme a mí ‘Bueno ta, sí, recayó, volvelo a ayudar’.

Ha logrado visualizar esto como a una enfermedad, y dejó de enojarse, como al principio. Llegar a eso implicó colocarse en otro lugar, dejar de pensarse como alguien que da y espera una retribución basada en su percepción de cómo deberían ser las cosas.

Pero nunca dije ‘¿Recaíste? Jorobate’

El trabajo con usuarios problemáticos de drogas, le ha dado a Ángela, muchas gratificaciones, a pesar de todo. Siente que ha crecido como ser humano y que a través de este trabajo puede desarrollar aspectos de sí misma que conforman su identidad básica.

A pesar de haber trabajado en distintas áreas, con diversos temas y poblaciones, Ángela afirma hoy que éste ha sido el más importante de su vida, y por donde quiere seguir transitando.



Beatriz Correa

*La incertidumbre como valor*

Beatriz es una mujer que transmite paz. Su forma de hablar, eligiendo las palabras, su tono de voz, el ritmo de sus reflexiones, van creando un clima que envuelve.

Forma parte del equipo de trabajo tanto del Centro de Escucha e Inclusión Social, como de Aleros en Malvín Norte y prefiere hablar, más que de dispositivos o lugares, de la concepción de trabajo que existe en ambos espacios.

Es psicóloga, egresada de la Universidad de la República. Tiene 42 años y 3 hijos, de 16, 14 y 5 años.

Allá en el pueblo y acá en la ciudad

Beatriz nació en 1972 en San José de Mayo y desde el año vivió en su pueblo, Libertad. A pesar de que su infancia transcurrió en la peor época de la historia reciente del Uruguay, creció acostumbrada a no cerrar con llave la puerta, a dejar la bicicleta apoyada con el pedal en el cordón de la vereda, a conocer y saludar a casi todos y todas. En esos años, generó vínculos muy fuertes, tanto con el lugar como con las personas, que duran hasta hoy.

Sus padres tenían una militancia que consistía en reunirse en casas de personas afines, hablar de los hechos políticos, participar de lo que se podía: apagones, caceroleadas. Esta convivencia con esa *conciencia colectiva*, esa sensibilidad hacia los otros por parte de los adultos, fue siendo introyectada por ella, y hoy está viendo que con sus hijos va pasando algo similar. Más allá que dice no haber hecho una labor específica para convencerlos que es importante preocuparse por los otros (y las otras) más o menos lejanos, esa sensibilidad está apareciendo en los dos mayores. Y eso la hace sentir que como familia, van transitando un buen camino.

Finalizando la escuela, *gustaba mucho* de un compañero, pero ella era *la gordita* y *él un nene lindo*, por lo que asumió que no era para ella. Unos cuantos años después, se convertirá en su pareja y será el padre de sus hijos.

Mi pareja sale del pueblo también. Es uno de estos que es hijo de una pareja de amigos de mis padres que se juntan en la época de la dictadura y todo eso.

A sus 15 años, la familia se traslada a Montevideo, por los negocios de su padre. Se mudan a una casa en Pocitos, lo que representa para ella un cambio radical, que le dio vuelta la cabeza

Vengo a Montevideo cuando tengo 15 años, mis viejos se mudan y termino ahí el liceo, en el Zorrilla. Fue una apertura de cabeza bru-

tal, porque hice la primaria y parte de la secundaria en un pueblo. Y bueno, en ese pueblo eran mis vecinos los compañeros de liceo, circulabas todos los mismos por los mismos lugares ¿no? Y yo disfruté muchísimo de eso. No llegué al hastío al que llegaron después algunos de mis amigos.

Vivir a Montevideo, significó cambiar muchas de sus costumbres y empezar a relacionarse con gente muy diferente a la que estaba acostumbrada, y con dinámicas que en su pueblo no existían. Recuerda claramente las razzias que se daban en el liceo, las diferentes estéticas que aparecían conviviendo en clase, representando distintas posiciones frente al mundo y diferentes formas de resistencia al status quo.

Toda una fauna maravillosa, que después empecé a disfrutar de eso, a lo primero atentaba contra, no sé, me daba miedo.. Y bueno, eso raro en realidad después me entró como a fascinar y a poder disfrutar de eso, que estaba buenísimo.

Pasar de un ambiente hiper conocido y protector a un mundo diverso, desconocido y en algunos momentos violento -en plena adolescencia-, parece haber generado en Beatriz una capacidad que ha logrado utilizar en otros momentos de su vida, y específicamente, en el trabajo con consumidores problemáticos en los dispositivos.

Y viceversa

Beatriz continuó estudiando y descubriendo Montevideo y sus movidas, sin perder nunca el contacto con Libertad.

Durante la adolescencia y juventud, siempre estuvo muy ligada al amor. Desde los 14 años estuvo muy poco tiempo sin pareja y a los 24 se reencuentra con Gustavo, su compañero de escuela y rápidamente se enamoran (o reeditan el amor frustrado por la falta de comunicación de la infancia) y forman pareja, hasta la actualidad.

Tras terminar el liceo, entró a Facultad de Psicología y desarrolló la

carrera con calma, sin demasiados apuros.

Al recibirse, decidió empezar a trabajar en su pueblo, con una cierta inseguridad sobre qué podía aportar desde su lugar.

Me recibo y al otro día me voy al Hospital de Libertad a trabajar con una amiga pero no a montar una consulta psicológica, sino a empezar a transitar con otros esto de 'Bueno ¿qué podemos aportar?' Y entonces, estando en el Hospital, esa misma semana que había empezado a ir con mi amiga odontóloga, viene un médico, golpea y me dice '¿Sos psicóloga??' 'Sí' 'Vení que hay una chica que trajeron con una crisis de ansiedad, de angustia, del liceo' 'No, pero yo no estoy para atender..' '¿Sos psicóloga?' 'Sí' 'Vení a atender a esta chica' Y fue así, encaré, y fue mi primer paciente digamos, y eso hizo que encarara un servicio de atención ahí en el hospital y después en una policlínica.

Esto ha sido una constante en su vida: dudas y cautela por su parte y las circunstancias que la obligan a enfrentar lo que viene. Pero como psicóloga, sabe que eso no es casualidad, que en algún punto es lo que ella desea y que por esa razón sucede así.

Y así ha seguido como explotando en mi vida siempre. Siempre 'No no no' y pa! Pero creo que en algún lugar siempre queriendo, eso también. Siempre preguntándome cuándo es el momento, y es un momento donde hay otro que, al menos a mí me ha pasado, te lo tira así y ta, se toma.

Buscar lo difícil

Cuando le ha tocado elegir dónde y con quién trabajar, siempre ha preferido insertarse en ambientes de vulnerabilidad social. Así, al año siguiente de comenzar a trabajar en el Hospital de Libertad, se unió al programa Uruguay Trabaja.

Desde ese momento hasta hoy, siempre ha estado dedicando la mayor parte de su labor a contextos críticos. A su vez, hace clínica

en un consultorio en Pocitos.

Las razones para elegir esto, no las tiene del todo claras. *Porque si vos me preguntás yo no, no sé bien. No tengo la movida más como gente de los colegios que fueron al barrio y se sintieron bien en el barrio ¿no? En un barrio diferente al que vivís, que está muy presente eso ¿no? Yo por ahí no.*

Pero sí sabe qué obtiene a través del trabajo en contextos diferentes al propio.

Lo que me da es, primero, trabajar con la diversidad, me encanta trabajar con otros lugares, olores, gente, colores, todo.

En los primeros tiempos de la pareja con Gustavo, Beatriz se replegó al espacio tradicionalmente femenino del hogar y los hijos, apoyando a su pareja que estaba en pleno desarrollo profesional y colocando en segundo lugar su propio desarrollo en este sentido. Pero esta situación no logra sostenerse durante mucho tiempo, porque ella también necesitaba hacer su camino profesional.

Hasta que en algún momento eso detona, yo empiezo como a necesitar eso, tener mis espacios, mis lugares, y los voy obteniendo, los voy logrando y armé como una especie de estructura con mi madre y con una persona que me ayuda a poder hacer eso

Gustavo está vinculado al mundo de las artes, un mundo que en principio es la antítesis del de Beatriz. Y ese mundo funcionó como una suerte de contrapeso a lo complejo y doloroso del trabajo en contextos de extrema pobreza y exclusión.

Yo tengo fascinación con el mundo de él, el mundo del teatro, de la música, de la danza. Encontré que me colocaba en otro lugar el encuentro con eso, de disfrutar, qué efectos tiene. Fue un descubrimiento, no vengo de, con una formación así que te va como generando sensibilidad para disfrutar. Porque no fue como algo inmedia-

to, que fui a ver algo y de repente me deslumbró, no. Empecé a ir, al circuito, e ir encontrando que te pasan cosas, que hay cosas que te dejan como muy conmovida, que hay cosas que te dejan como en otros estados.. Y fui como quedando fascinada con ese mundo y mi mundo laboral, elegido, era como más de lo gris, lo sacrificado...

Pero esta dicotomía tampoco podía sostenerse en el tiempo, sin que Beatriz se diera cuenta que debía encontrar lo bello y lo bueno en su propio mundo.

Y estuve un tiempo como así, hasta que también empecé a encontrar luces ahí, así como copado. Sobre todo con el encuentro con gente con la que sintonizás, compañeras, compañeros de trabajo, pero también otros que no son, y ta, eso fue como que también en mi mundo laboral hay algo que disfruto muchísimo. Y que no está ligado al sacrificio, al barro, a lo negro, a lo gris, sino a cosas que están buenas. El encuentro con lo humano en todas sus dimensiones, lo afectivo, lo material, las relaciones, lo humano con toda su potencia.

Este cambio paulatino en su posicionamiento frente al mundo público y frente a su propio trabajo ha hecho que su vida y su pareja convergieran y que la admiración por el otro circulase en ambos sentidos.

El trabajo cuerpo a cuerpo

¿Cómo lograr que los lineamientos que se establecen desde los altos niveles del Poder Ejecutivo lleguen efectivamente al territorio? ¿Cómo lograr que las ideas e intenciones no se pierdan en los laberintos que van desde las oficinas hasta las volquetas que para personas excluidas y muchas veces con consumos altamente problemáticos, funcionan como espacios donde conseguir ingresos?

Beatriz considera que esto es posible a través del trabajo cuerpo a cuerpo, y de la construcción de un saber colectivo, que una el cono-

cimiento local con lo global.

A través de su trabajo en el SOCAT de la Cruz de Carrasco es que comienza a insertarse en el territorio con una práctica de construcción colectiva del conocimiento del espacio y sus habitantes, uniendo distintas perspectivas.

De trabajar, como esto de la mixtura, entre lo que significa, 'Sí, yo vengo de la Facultad de Psicología', pero trabajo con Ángela, que vive acá en La Cruz, que sabe de la Cruz. Y podemos comprender mejor qué pasa en esta familia, qué pasa con la basura en este barrio, no sólo porque la Intendencia no la recoge, qué otras cosas pasan, que son de este barrio, para entender el tema de la basura, ponete. Y eso es lo que me ha ido como fascinando de este trabajo. Esa posibilidad del saber colectivo, o más colectivizado, ¿no?

Y de la construcción colectiva en torno a los problemas más generales del barrio, el camino hacia la construcción de abordajes comunitarios en torno a drogas, se hizo más sencillo, aunque no fácil. Las Hermanas del Verbo Encarnado – que se encontraban trabajando en la zona-, uniendo formación profesional y una labor misionera que implica caminar el barrio y acercarse a quienes están en peores condiciones, constituían un antecedente y un puente privilegiado, entre otros referentes comunitarios que han sido pilares en este recorrido.

Paralelamente, desde la JND se comienza a trabajar con los y las técnicos/as y vecinos/as activos/as del barrio sobre los problemas asociados al consumo y sobre la polarización y discriminación cada vez más intensas.

Empiezan a plantear esto de cómo pensábamos en ese barrio el tema, qué tipo de respuestas pensábamos que se debían construir, si eran sólo sanitarias. Fue como haciendo cabeza, ¿no? Los vecinos y también nosotros pensábamos: 'Pero sin internación ¿qué vas a hacer?'

Así fue instalándose la discusión sobre las posibilidades de abordaje del consumo problemático sin alejar a las personas de sus entornos, y logrando que el barrio y la comunidad puedan pensarse como abrigo y no como expulsores.

Y fue un trabajo bien interesante porque fue ampliar la mirada sobre el tema y pararnos desde un lugar que nosotros también podíamos construir cosas, por ejemplo en esto de que, tan sencillo como que ese otro no me va a hacer daño, no tengo por qué tener miedo, la intervención no pasa sólo por la internación.. Ta, capaz que ahora es un poco más obvio, pero para nosotros y personalmente para mí fue un buen click, así, me encantó.

A través de este trabajo en conjunto, de este fortalecimiento de las redes y de esta extensión del tema consumo problemático a áreas a las que tradicionalmente no se consideraba vinculado, sumado a una historia de cooperativismo extendida en la zona, es que se va conformando el dispositivo y que Beatriz encuentra sentido a su trabajo allí.

Entonces, en el colectivo, algo te tiene que encontrar, chau. Y eso es lo que está bueno. Algo nos tiene que encontrar. Eso es algo que al menos en la Cruz de Carrasco, me parece, es la mayor riqueza, digamos.

El reconocimiento de la pluralidad de causas, implicaciones y aristas del consumo problemático de drogas aparece como lo que le ha dado la mayor potencia al Centro de Escucha, a los ojos de Beatriz. De esto, a poder considerar que se han producido cambios a nivel individual en personas que han acudido al Centro, existe una distancia.

Después, si funciona porque da respuesta a las situaciones y realmente vemos que las personas que padecen, que están en esta cuestión de un consumo y de exclusión, si realmente se mueven de ahí.. Tendríamos que analizarlo... Pero yo estoy convencida que es

por ahí, generando condiciones locales para que eso pase, movimientos en las personas y en su entorno.

A su vez, identifica como necesario para un mejor funcionamiento, recursos con los que cubrir un área extensa y con una densidad de población alta. Los recursos genuinos son escasos, las horas de trabajo insuficientes y las necesidades enormes.

Yo destino 4 horas al Centro de escucha, semanales, y en esas 4 horas tiene que pasar de todo. En realidad destino mucho más porque participo en las redes, o porque si estoy en el barrio, estoy en vínculo con personas que en vez de venir al Centro de escucha nos vemos ahí, con familia, o sea, no estoy como 4 horas y no más. Pero es muy poco. Y entonces es un juntadero de cosas para armar algo que creció mucho, no tanto en sentido de que es un servicio saturado de consultas ni mucho menos. Hubo algún momento en que lo fue, pero en esta pretensión de que se venga, y de que se repita lo que pasa en el Centro de salud, que vengan a la consulta, no pasa por ahí. Pasa por crear otra cosa, y no tenemos tiempo de eso, de crear otras cosas, de estar más en el barrio como colectivo.

Ese trabajo cuerpo a cuerpo, genera un desgaste que se transforma en síntomas. En más de una ocasión, el cuerpo de Beatriz se manifestó para hacerle saber que tenía que encontrar aire y tener más satisfacciones.

El aire llega a través de la terapia y de la búsqueda concienzuda de lo que hace bien, y ponerlo en práctica.

Es la búsqueda de cuáles son los soportes que tenés, internos, que pueden ser otras personas, vínculos, cosas que sentís que te colocan en otro lugar como decir escucho una música que me deja en otro lugar .. Esa búsqueda ¿no? Nada, el encuentro con una amiga... Esas boludeces que no son boludeces porque significan un montón y cómo eso muchas veces queda como tan solapado por todo lo otro.

Beatriz sabe que no siempre hay tiempo ni espacio para el recreo y el disfrute, por eso considera fundamental encontrar espacios dentro del propio trabajo que sean reconfortantes y que brinden apoyos para sostener los momentos difíciles. Por eso resulta vital la consolidación de un equipo donde haya apoyos y sostenimientos cruzados y alegría de estar juntos y juntas, enfrentando las problemáticas que se presentan.

Para adelante

Pensando en el futuro, Beatriz cree que, más allá de la posibilidad de cambios en las políticas, existen ciertos aspectos fundamentales que permanecen y permanecerán.

Y a veces, la cuestión de la incertidumbre, que ahora también la tenemos en esto más macro ¿quién ganará?, ¿para dónde irá?, pero es una cosa como medio aceptada entre nosotros, la incertidumbre ¿no?, decir 'Bueno, ¿qué pasará con esta persona?'

A su vez, tiene certezas con respecto a lo que se gesta a partir de lo comunitario, que trasciende ampliamente a las administraciones y directivas, y que es vivido solamente por las personas que transitan ese camino, por quienes forman parte de la comunidad. Son cuestiones muy potentes, que nadie más que quienes participan logran conocer.

Es como una impresión muy personal, que hay muchas cosas que se generan que van mucho más allá de la política social y que contra eso no se puede.

Y esto tiene que ver con que las personas logren ubicarse en el lugar de persona, que puedan conceptualizarse a sí mismos como eso.

Con respecto al Centro de Escucha, Beatriz cree que hay algunos aspectos en los que debería ponerse el foco. Por un lado, recortar el área de influencia, para poder abordar todo el espacio y que no queden personas o familias sin cubrir.

Otro aspecto importante es el trabajo de acompañamiento de los y las consumidores/as, que permite seguir y comprender los tiempos del usuario o usuaria. Y este acompañamiento permite abordar un aspecto que resulta fundamental para disminuir la exclusión: la sensibilización y el derribamiento de ciertas barreras colocadas por los otros, como pueden ser los servicios de salud y su personal, la policía y otras instituciones.

Bueno, aparte de ser un pastabasero, negro y descalzo es una persona, le duele el abdomen y tiene que ser atendido. Ese es como el trabajo ¿no? Entonces genera sinergias para todos lados. Pero hay que estar.

Beatriz considera que cambiar las representaciones hegemónicas sobre los y las consumidores/as problemáticos de drogas es el mayor desafío y es por donde hay que ir.



Elba Nuñez



La fascinación del hacer

Construir familia

Soy carnavalera vieja, afirma Elba, porque nació en el Barrio Goes, frente a la placita de las Misiones. De esto hace 53 años, pero aún hoy, es posible encontrarla allí, durante los cuarenta días que se celebra el carnaval en Uruguay.

Elba no conoció a su padre. Sus abuelos maternos y su madre vinieron de *campana* a Montevideo. Su madre trabajó algunos años como empleada doméstica, luego se casó y dejó de trabajar. Desde que enviudó es pensionista y como vivía sola en el barrio Goes, Elba, su *única hija*, se la llevó a vivir con ella. Hoy su madre es la que está en la casa casi todo el día; cumple la función de abuela, de *acompañamiento*. Antes, Elba ya se había llevado a vivir a su casa a sus abuelos maternos, hasta que fallecieron. *Ellos fueron los que me criaron*, afirma.

Mi casa es como la que vienen todos viste, está de puertas abiertas no solo para mis hijos, para el barrio, yo tengo muchos hijos adoptivos, muchos... tengo una gran barra de amigos.

Cuando decidió casarse, *muy joven*, con diecisiete años, Elba pasó a vivir a Jacinto Vera, *el barrio de al lado, pegado* a Goes. De esta relación nacería su primer hijo. Luego, a los 21 años tendría su segunda pareja y nacería su siguiente hija. Acceder a un préstamo del Banco Hipotecario, que no requería ahorro previo, le permitirá comprar una casa en Las Acacias. En 1989, junto con quién luego será su tercera pareja, se instalará en el barrio y tendrán cuatro hijos, tres varones y una niña que hoy tiene 11 años. *Tengo seis hijos*, afirma Elba entre risas, *dos de Jacinto Vera y cuatro de Las Acacias y los seis se criaron acá en el barrio, por ende hicieron acá la escuela, el liceo y todos sus estudios.*

Su hijo mayor tiene 34 años: es electricista de obra y constructor alternativo, construye en barro. Su hija de 28 años, es trabajadora social, y tiene dos hijos pequeños. Su hijo de 24 años cursa la Escuela Nacional de Ballet y baila en un grupo de folklore. El siguiente, de 21 años es técnico en gastronomía. Luego, el de 18 años, concurre a la Escuela Municipal de Música y cursa el bachillerato nocturno. La más pequeña, de 11 años, cursa sexto año de escuela.

Los seis los críe yo, afirma Elba, a todos juntitos y son los mejores amigos. Hoy tiene además seis nietos. Reconoce ser de esas familias tradicionales donde los domingos nos juntamos a comer siempre, todos.

Al llegar a Las Acacias, Elba comenzó a buscar un lugar de educación inicial para sus hijos más pequeños. En su búsqueda se encuentra con El Abuelo Oscar, un centro de atención a niños pequeños que originalmente fue concebido y financiado por retornados del exilio de Suecia, y que posteriormente se inscribirá en la estrategia del Programa Nuestro Niños de la Intendencia Municipal de Montevideo. Al mismo tiempo que los hijos de Elba comienzan a concurrir a este centro, ella se vincula desde allí a diferentes espacios de formación en educación popular en la Multiversidad Franciscana, La Mancha y el Instituto Cultural Uruguay Suecia. Precisamente un convenio entre Uruguay y Suecia le posibilitará trabajar en el barrio Casavalle, en un proyecto de educación popular comunitaria.

Elba había cursado la enseñanza primaria en el Colegio San Miguel y el ciclo básico en el liceo 26. Después asistió a la UTU y se inscribió en un curso de administración de empresas. Actualmente está culminando el bachillerato; para ello asiste diariamente al liceo 34 en el turno nocturno: *este año estoy haciendo 5° y de 6° me faltan solo cuatro materias porque las demás las pude revalidar, así que voy a ver si esas cuatro las puedo dar libres pero 5° lo curso, lo estoy cursando en el 34, este, lo estoy cursando con uno de mis hijos, así que la vengo remando.*

El barrio y su geografía

Según cuenta Elba, el entorno barrial se fue conformado en función de un sistemático flujo de personas, provenientes de planes de realojos de diferentes lugares de Montevideo o que han ocupado terrenos de manera irregular. De esta manera se propagaron los asentamientos en la zona. Este particular proceso de conformación

ha generado significativas dificultades al momento de considerar la identidad barrial de quiénes habitan Las Acacias. *A la gente le cuesta tener, este, esto de arraigarse ¿no?, crear sus raíces, de tener su historia, esas cosas cuestan porque vienen desde otros lugares, y se ha ido formando como un rompecabezas de diferentes piezas.*

Mucho tiempo atrás, mayoritariamente los pobladores del barrio provinieron del interior del país. Así se constituyeron y extendieron los *cantegriles* de la zona, poblados de trabajadores informales, recicladores, algunos de los cuales salía a pie con sus carros de recolección.

Luego, durante la dictadura, *nacen las viviendas de Palomares*, recuerda Elba. *Traen gente y la largan ahí sin trabajar, sin trabajo social que hacer con la familia, sin arraigo, entonces vivimos en un Municipio donde la fractura social es grande porque la fractura territorial es grande.* En este sentido, sostiene que el barrio expone ciertas ajenidades y extrañezas aún entre vecinos, *porque si yo vivo de esta cuadra para acá no tengo nada que ver contigo que vivís del otro lado, y bueno, todas estas cosas han ido como despreciando la calidad de vida de todos nosotros, me incluyo, de todos nosotros.*

Acerca de consumos y violencias

Hace diez años aparece la pasta base, capaz que un poquito más, en la crisis del dos mil dos salta y es la droga de los pobres y bueno, entonces uno empieza a ver que los hijos de los amigos, los amigos de mis hijos empiezan como a complicarse con el tema del consumo.

Elba considera que previo a la aparición de la pasta base no había, a nivel social, una visualización de la gravedad que puede asumir el consumo problemático de drogas en general. Adjudica el mayor drama de la pasta base a su accesibilidad, en virtud de su bajo costo. *Por veinte pesos vos te comprás un chasqui, y veinte pesos hoy en día se hace al toque.*

La expansión de la pasta base impactará en las relaciones de vecindad, debilitando los vínculos entre los residentes. Un barrio en el cual, recuerda Elba, durante mucho tiempo se destacó la labor sostenida del *Padre Cacho*, a quién define como constructor de *ciudadanía y de dignidad*, un hombre que *hace cabeza en la gente*. No obstante, al mismo tiempo, observa Elba, *los narcos empiezan a crecer y empiezan también a tender sus redes*.

En el devenir de estos últimos años el barrio fue cambiando su paisaje. Hoy, afirma Elba, *ya resulta natural tener la boca en la esquina de cualquier casa o ver transitar a los gurises, en pésimas condiciones sanitarias, sin redes de ningún tipo, yendo a comprar y quedándose a consumir en alguna esquina. Lo máximo que hacen los vecinos es decirles “mirá, no fumes acá porque están los chiquilines”, siempre ellos respetan esos espacios y se levantan y se van.*

Todo se sucede en el *mismo barrio*, observa Elba, al tiempo que relata cómo los más jóvenes se fueron desligando de los centros educativos y en el propio territorio comienzan a visualizarse cada vez mayores fragmentaciones de manera tal que *si los hijos del asentamiento o los hijos del cante van a aquella escuela los míos no van, y seguimos con esas fracturas que van como creciendo*.

Hoy el barrio presenta varias manifestaciones de consumo problemático, afirma Elba, y aunque las estadísticas *quizás digan otra cosa*, los consumidores de pasta base *parecen muchos* porque se ven y exponen una especie de *retorno a la época de las cavernas, duermen en un contenedor, están sucios*. Pero en el barrio, agrega, también se consume *muchísima marihuana*, además del *drama del alcohol*, que se ingiere *disparatadamente* y *está destrozando* por igual a hombres y mujeres, adultos y jóvenes. El paisaje barrial expone un panorama donde hay de todo, y todo junto, reflexiona Elba, *están las bocas y están los narcos grandes, y después está todo el mercado que hay alrededor de esto, porque el narco le paga a los gurises para que avisen cuando entra la policía al barrio, también*

tenemos al policía que viene a buscar plata al narco para no hacer nada, y también tenemos el policía honesto.

Elba insiste que este paisaje barrial no debe naturalizarse, al tiempo que se pregunta con insistencia *qué hacer? cómo manejarse?* ante un panorama que se percibe *inmensamente complejo*. La opción que emprendió Elba junto con otros actores del barrio y profesionales vinculados a diferentes instituciones y proyectos, fue y es *laburar, seguir laburando*. En el mismo momento en que los cambios en el paisaje del barrio se iban haciendo cada vez más visibles y perdurables, Elba recibirá, al igual que otros actores del barrio, una invitación de quienes trabajaban en la obra del Padre Cacho para participar en un taller de sensibilización con El Abrojo, acerca de los consumos problemáticos de drogas. El impacto de información y de aprendizaje fue realmente significativo. Elba se encontrará allí con otros actores locales y colectivamente comenzarán a pensar en un proyecto aterrizado al barrio y que sirviera para que los *gurises achicaran* su exposición a los *narcos*, al consumo y a la violencia.

Un lugar de achique

Han pasado ya cinco o seis años desde que se comenzó a pensar un proyecto que se concibió desde sus inicios en formato de trabajo comunitario. El equipo fundacional sustentaba esta perspectiva en las experiencias que se observaban en el barrio, *si bien hay una gran gama digamos de tratamientos, cuando tu sacás a la persona de su lugar, de su hábitat natural y la llevás a un centro de tratamiento la persona mejora, el drama de esa persona es que debe volver a la boca en la esquina, a que los pibes te llaman, debe volver a su vida, y entonces cuando vuelve las recaídas son brutales porque se frustran cada vez más y empiezan a perder como la esperanza de poder mejorar. Es muy doloroso para las familias que a veces gastan lo que no tienen o no pueden, para pagar estos tratamientos, porque si bien hay algunos gratis son pocos los cupos entonces se pagan tratamientos caros.*

Se iniciaron contactos con ASSE, con la Intendencia, y con la Secretaría Nacional de Drogas. El equipo tenía la expectativa de poder adquirir un vagón de tren para instalar en él la propuesta. De esa idea surgiría luego, el logo del proyecto. La mayor dificultad con la que se encontraron fue el costo del traslado del vagón hacia el barrio. Por otra parte, ya existía el antecedente de El Abrojo que había desarrollado un proyecto en un vagón, ubicado en el barrio, con muy buena aceptación por parte de los vecinos. Pero luego la propuesta quedó sin efecto y el vagón permaneció en el barrio. Los vecinos lo cuidaron durante mucho tiempo hasta que se incendió, y terminó siendo un lugar donde ir a consumir.

En consecuencia la idea de instalarse en un vagón no resultó totalmente aceptada por quienes sostenían la iniciativa del proyecto ni por quienes comenzaban a apoyarlo. Ni el costo, ni la imagen que se tenía en el barrio del vagón utilizado en experiencias anteriores, contribuyeron para sostener la idea original. No obstante, era necesario resolver un espacio físico, dijimos ¡vagón no! Soñamos con hacer una piecita *precaria pero viste que la precariedad..., incluso hubo conversaciones con el Plan Juntos, resulta ser que no teníamos nada y los gurises venían y venían pero no teníamos un lugar donde atenderlos, y fuimos como desinflándonos y ellos también.*

La solución locativa surgiría de la inserción religiosa de Elba en la parroquia de la calle Possolo. Se define como una católica activa, que durante muchos años asumió la responsabilidad de atender las diferentes actividades que se desarrollaban en la Parroquia y que eran habilitadas por el sacerdote responsable, Richard Arce. Entre ellas, Elba destaca el funcionamiento de un Centro Juvenil que se implementó conjuntamente con la Asociación civil Dieciocho de Julio. Recuerda que comenzó a preguntarse por el uso de una capilla ubicada en la calle Manuel Meléndez, en la que realizaban solo algunas ceremonias religiosas, que contaba con un enorme espacio que estaba absolutamente vacío y que solo era usado una o dos veces al año, para celebrar el día del niño o realizar alguna kermese. Tuvo la duda acerca de que el proyecto se instalara en un local religioso, pero le comunicó la posibilidad al resto del equipo,

vieron el lugar y les encantó, recuerda Elba. Una vez que el párroco lo habilitó, el Achique se instaló en el lugar, previa concreción de la firma de un comodato entre la Alcaldesa de la zona y la Curia. A su vez ASSE asumió los costos de algunos servicios, al igual que la Intendencia de Montevideo.

Una vida nos llevó esto, afirma Elba y agrega que es el sueño hecho realidad de Gabriel, un diácono ya fallecido, que imaginó el proyecto allí y que cotidianamente recorría el barrio, vinculándose con los jóvenes.

En el segundo semestre del año 2013, el Achique comenzó a funcionar en la capilla. Desde el inicio se contó con muchos usuarios, provenientes de las Policlínicas de la zona y jóvenes que Elba fue invitando en el barrio, parándolos en las esquinas y *contándoles de que venía esto.*

Una atención especial requirió la relación con los vecinos del entorno de la capilla, Elba sostiene que cuando se instala un dispositivo de estas características lo primero que *hay que hacer es contarles a los vecinos de qué se trata, porque es una población que los vecinos no quieren tener al lado de su casa, y entonces es tal el boicot que en otros lugares se han tenido que cerrar estas experiencias.*

En este sentido, el proceso ha resultado favorable. Cuando recién se instaló el proyecto, algunos usuarios llegaban a la capilla a horas muy tempranas de la mañana, aunque la capilla recién se abría a las nueve. Esto motivaba que los vecinos llamaran a la policía en algunas ocasiones, porque pensaban que estaban *queriendo robar la capilla*, hasta que se fue integrando la existencia de la propuesta en el vecindario. Hoy, el relacionamiento del proyecto con los vecinos es valorado por Elba como muy favorable.

Algunos ofrecen trabajos puntuales para los jóvenes, “¿puede venir alguno de los gurises a arreglarme el caño? ¿A cortarme el pasto?” y otros han aportado para conformar el mobiliario del Achique, “mirá, yo tengo una cocino que no uso ¿te sirve?” Otra vecina “ay yo tengo un juego de living”, le pedimos a otro vecino que tiene camioneta que lo fuera a buscar y lo trajo.

También el proyecto ha tejido redes con las instituciones de la zona. Elba, en tanto agente comunitario participa de todas las mesas de la zona y de las comisiones de medio ambiente. También se ha desempeñado como concejal vecinal. En todos los espacios en los que participa ha ido difundiendo la propuesta. Hoy cuentan con usuarios de Jardines del Hipódromo, Cuarenta Semanas, La Teja e incluso han recibido jóvenes de Las Piedras.

Los alcances y los límites de la propuesta

El tratamiento es todo lo que pasa acá adentro, no es tratamiento el solo sentarte a trabajar con la terapeuta, eso no es el tratamiento, el tratamiento es como primera medida acogerlo, recibir al que viene sin preguntarle si te mandó Juan, Pedro, si tenés papás mamás, si vivís en la calle, si tenés mal olor. Se acoge, eso ya le da al otro un sentimiento lindo, rico, de que alguien te está cobijando.

Elba entiende que el dispositivo describe un poco lo que es el tratamiento de base comunitaria. El proyecto funciona de lunes a viernes de 9 a 17 hs. Cada día, a las nueve de la mañana se inicia la jornada con un desayuno comunitario. Es un espacio de bienvenida en el que cada uno cuenta cómo ha pasado y que ha hecho desde la última vez que estuvo en el Achique. La propuesta no le exige a nadie dejar de consumir, aunque muchos lo han hecho; el énfasis sí está colocado en proponer el cuidado y la responsabilidad. Sobre esto también se conversa en los desayunos. Luego se suceden los talleres. El de cocina tiene mucha aceptación, relata Elba. Además se realiza un taller de boxeo, como resultado de un convenio con

el programa *knock out* a las drogas que posibilitó adquirir todos los insumos necesarios para llevar adelante la propuesta. También se han formalizado relaciones con la Facultad de Agronomía y se está trabajando en la instalación y manutención de una huerta orgánica. El otro taller con el que se cuenta es el de pintura. Elba destaca los saberes con los que llegan muchos de los jóvenes, y si bien por un lado, algunos exponen muchos de sus lazos familiares y sociales cortados, por otro, tienen saberes impresionantes. *Y bueno, como que a veces ir reconstruyendo eso y darle el valor que tienen todos los saberes en la historia ¿no? Porque nadie viene sin saber nada.*

En el Achique se cocina y se come diariamente. Elba y otra integrante del equipo son las referentes educativo-laborales de los jóvenes. Coordinan horas con diferentes especialistas para la atención de la salud, tramitan cédulas de identidad y apoyan en tareas educativas. Ambas acompañan a los jóvenes en muchas de estas actividades, dado que no siempre saben manejarse con las exigencias que muchos trámites requieren, o porque no leen con precisión o porque desconocen como trasladarse en la ciudad.

Elba es enfática al señalar que la mayor fortaleza del proyecto es el equipo, las ganas que el equipo tiene de que la propuesta *salga adelante* y el *amor* con el que se realiza la tarea que se traduce en un compromiso permanente con los usuarios. Con el mismo énfasis, Elba afirma que la mayor debilidad del proyecto radica en la falta de apoyo económico: *A mí me parece que políticamente tenemos muchos apoyos de boca.*

Los aportes que recibe el proyecto se circunscriben a la leche que entrega el Municipio y lo obtenido mediante la presentación del equipo a los fondos concursables de la Secretaría Nacional de Drogas. Estos recursos escasos y finitos, se vieron complementados al inicio de este año con una donación anónima de una vecina de cien mil pesos. *Ella conoce el trabajo*, afirma Elba. Con este dinero el equipo decidió comprar una lavadora donde algunos usuarios

lavan su ropa, una secadora y un freezer. La instalación eléctrica de la capilla no está en buenas condiciones y dificulta el uso de algunos de estos electrodomésticos pero no tienen recursos para repararla. Han colocado una línea telefónica pero está a nombre de una integrante del equipo. La Junta había comunicado la posibilidad de pedir un teléfono comunitario pero nunca se accedió al servicio. Cuentan con algunas computadoras pero carecen de internet. Un acuerdo inicial entre la Junta y Antel para acceder a una insuficiente giga mensual, nunca se efectivizó para el proyecto.

Entonces, pregunta Elba *¿qué es lo que hay que hacer, cómo hay que demostrar que las cosas funcionan para que el dinero venga?* Porque además, *tenemos logros*, concluye Elba, mientras relata con entusiasmo la conformación de la primera Cooperativa Social de Usuarios y Técnicos y la situación de algunos jóvenes que hace más de un año no consumen.

Todas las vidas de Elba

Elba afirma que este trabajo aporta cuestiones positivas y negativas. Lo más positivo lo identifica en el hecho de haber aprendido - desde un trabajo esencialmente de equipo - que las personas tienen posibilidades de cambio, y que las asignaciones de roles no conduce, forzosamente, a la asunción de improntas definitivas e inmodificables. También es enfática al señalar que la mayor frustración es la *falta de apoyos* y aunque no duda que trabaja en el Achique por *elección*, tampoco obvia señalar que desearía contar con un *sueldo decoroso* que se correspondiera con el cumplimiento de su trabajo.

Al momento de la entrevista hacía un mes que Elba había sido contratada por ASSE para desempeñarse laboralmente en el proyecto. Su salario no supera los ochenta pesos por hora de trabajo. Es *vergonzoso* afirma, recordando además que otros integrantes del equipo aún no reciben salario alguno.

Me gusta hacer cosas, afirma Elba con un entusiasmo que desborda de sus palabras y sus gestos. Es la mujer que ha criado seis hijos, que concurre diariamente al Achique y desafía los sufrimientos de los jóvenes y la falta de apoyos, que participa de su grupo de reflexión en la parroquia y asiste los domingos a misa, que cursa el bachillerato en el turno nocturno, que milita políticamente y que disfruta de múltiples expresiones culturales: ir al teatro, escuchar música en la Sala Zitarroza y asistir al carnaval.

Capaz que es una virtud que nunca estoy deprimida, siempre estoy pum para arriba, mis hijos me dicen que estoy con las energías desfasadas porque siempre tengo mucha más energía, pero me gusta hacer cosas... Y bueno, la política es mi recreación, me fascina, soy una mujer política desde el corazón, me encanta, me gusta trabajar en el barrio, me gusta muchísimo.



Jacqueline Ubal



Nada ha sido en vano

Los orígenes y las elecciones

Jacqueline dice ser una privilegiada, porque tuvo la posibilidad de participar de manera protagónica, en hitos importantes de la historia del país. Años que califica de *duros pero con tanta cosa*, que le

movieron *hasta lo más profundo* y que parecerían haber impregnado todos los aspectos de su vida. Años intensos, que en el presente le confirman haber tomado el camino que considera correcto y que vincula al trabajo cotidiano en el barrio. Esta opción no la condujo a la posesión de riquezas materiales pero le permitió poder definir que el *lejano oeste* es su lugar en el mundo. Su ejercicio profesional y su militancia política y social se desenvuelven, aún hoy, en el barrio de La Teja. Allí, afirma, siempre se *sintió cómoda y útil*.

Se define como tejana, aunque no nació en La Teja sino en Prado norte, lugar de residencia de sus padres y donde permaneció luego de casarse con quien compartiría más de cuarenta años de su vida. Cuando enviudó hace doce años, comenzó a planificar su residencia definitiva en La Teja, rodeada de la mayor parte de sus afectos. Vendió la casa que compartió con su esposo y en la que crecieron sus dos hijas, y se instaló en el barrio en el cual durante más de treinta años había trabajado como médica y pediatra y en el que siempre se sintió *parte de verdad*.

El padre de Jacqueline era obrero textil y dirigente sindical y su madre lavaba para afuera, en tiempos en que la ropa se lavaba a mano y los hijos entregaban, en la casa de los *clientes*, el producto del trabajo materno.

Recuerda a su madre como *una típica ama de casa*, generalmente recluida en el ámbito doméstico. El espacio público era ocupado por su padre, a quien define como un *hombre extraordinario*, un obrero con *consciencia de clase*. El gesto de su padre llevándola a ver las columnas de trabajadores cada primero de mayo será imborrable, tallará su forma de ver el mundo y la acompaña aún hoy cada día de los trabajadores, a cuya celebración nunca falta.

La escuela fue la escuela del barrio donde *íbamos todos* afirma Jacqueline, *los chiquilines de la zona*, sus hijas e incluso su esposo. Luego vendría el Bauzá y la facultad de Medicina. La idea de sentirse una privilegiada se reitera en el discurso de Jacqueline cuando

relata su tránsito por la Universidad a pesar de ser mujer e hija de trabajadores. En 1965 se recibió de médica con destacadas calificaciones. *Mi escolaridad es una hoja chiquita* dice Jacqueline, ya que nunca perdió un examen.

De su matrimonio nacieron dos hijas, y *lamentablemente* ningún nieto. Sus hijas siguieron la historia con la medicina, una es médica y la otra es enfermera y vacunadora y reside cerca de la casa de Jacqueline, en La Teja.

Lo que la dictadura provocó y su revancha

A comienzos del año 69 Jacqueline tendrá - *tuve y tengo todavía* - el honor de ser llevada presa. Fue la primera médica presa política en ese período. El desencadenante lo será su asistencia médica, orientada por el Sindicato Médico, a un grupo de trabajadores del arroz que en su marcha hacia Montevideo habían parado en Florida. Hasta allí iría en moto con su esposo. Luego vendrá su reclusión durante un mes y medio. Su marido debió abandonar su casa y sus hijas pasaron al cuidado de la madre de Jacqueline. El episodio limitará su actividad laboral y definirá el trayecto a seguir. En el año 1971 siendo ya pediatra, ganará un concurso público para ingresar al Consejo del Niño, pero no le habilitarán el cargo. No podrá trabajar a nivel público y tampoco podrá continuar con actividades de docencia e investigación en la Facultad de Medicina. El Seguro de Enfermedades de los Trabajadores de la Aguja, que luego será el Servicio Médico Integral se convertirá en su lugar de trabajo, *precioso*, por más de 30 años. Durante los quince días que duró la huelga general Jacqueline recorrerá con su moto todas las fábricas de la zona, ayudando, asistiendo y haciendo lo que sabía hacer.

Pero la vida me dio revancha en el aspecto laboral afirma Jacqueline. En el año 2005 Tabaré González, quien había sido un calificado asesor de la Policlínica, y quien conocía bien su trabajo en el barrio, fue nombrado Director de la Administración de Salud del Esta-

do (ASSE). Contactó a Jacqueline y la designó Coordinadora de la región oeste de ASSE, abarcando los barrios La Teja, Paso de la Arena, Cerro, Nuevo París, Sayago y Colón.

Trabajó allí del 2005 al 2008 *en lo que había soñado toda la vida y por lo cual había trabajado toda la vida, el Sistema Nacional Integrado de Salud*.

Fue *fantástico*, concluye Jacqueline. Pero el trabajo en La Teja había comenzado muchos años atrás.

Fundar y permanecer en la policlínica

En el año 1984, un 25 de agosto, la murga Los Diablos Verdes fundará la policlínica de la Mujer, también conocida en el barrio como la policlínica de los Diablos Verdes.

Curiosamente, antes de la construcción definitiva de las instalaciones actuales, la policlínica funcionó en diferentes locales, pero siempre en la calle Tellier. Se promoverá la creación de la Asociación de Vecinos de la Teja y Antonio Iglesias, quien fuera Director de la murga y prestigioso sindicalista la invitaría a trabajar desde el primer día, así que Jacqueline tiene el honor de ser *fundadora* de la policlínica a la que se mantiene vinculada hasta el día de hoy. Aunque en sus inicios vivía en el Prado, venía todos los días y además de su trabajo se quedaba a participar de las actividades sociales que desde allí se desarrollaban.

En sus comienzos brindaban atención sanitaria a trabajadores en conflicto y Jacqueline integró un grupo que atendía a los trabajadores durante las huelgas de hambre; particularmente recuerda la huelga de hambre llevada adelante por los trabajadores de la Aurora (Martínez Reina). Eran tiempos de *emociones y responsabilidades fuertes*. Llegó a contar con veintisiete profesionales y un grupo de vecinos que siempre fue y es, parte fundamental del equipo.

Mientras ASSE brindó servicios escasos, la policlínica sería una referencia indiscutible para los vecinos de La Teja en temas de salud. *Siempre estuvo esto abierto* afirma Jacqueline, *nosotros nos involucramos en todas las cosas*. Al mismo tiempo recuerda los diferentes temas que conmovieron al barrio y las acciones emprendidas por la policlínica, por ejemplo: la contaminación por plomo y la instalación de un puesto de extracción de sangre para el control de los niños y la vacunación masiva ante brotes de meningitis, que requirió muchos profesionales para atender las largas colas de vecinos que aguardaban para vacunarse y vacunar a sus hijos.

Hoy se está en una etapa de transición. La policlínica no recibe tanta demanda de atención ya que la misma se ha canalizado a través de los dispositivos que ofrece la actual organicidad del Sistema Nacional de Salud. Entonces hay que buscar otros caminos, concluye Jacqueline. A partir de 2007, se produciría la vinculación con el consumo problemático de drogas a partir de una propuesta de pasantías que ofertó el Portal Amarillo a organizaciones de la zona.

Lidiar con el consumo de los próximos

Los problemas golpeaban a los chiquilines nuestros y en la casa de los propios vecinos de la asociación.

La Asociación de Vecinos de La Teja enviará a cuatro de sus integrantes a participar de una pasantía en el Portal Amarillo que durará seis meses. Este fue el detonante afirma Jacqueline. Quienes participaron de esta experiencia volverían entusiasmados y al mismo tiempo, temerosos: *recuerdo que ese día nos sentamos en el patio como solíamos hacer con todo el grupo, y lo primero fue muy ambivalente ¿verdad? Una cosa de mucho interés y de mucho miedo. ¿Qué nos pasara? ¿Qué nos harán? Me acuerdo que uno de los compañeros en un asiento que está ahí, me acuerdo por la voz, este, decía “pah, tendremos que llamar a los milicos, nos van a*

reventar todo ¿qué va a pasar con esos muchachos acá adentro?”

La Asociación de Vecinos decidió ir a conversar con Milton Romani. A mediados de 2008 se formalizó un primer convenio con la Junta Nacional de Drogas que posibilitó la instalación de un Centro de Acogida. Se recibía a usuarios con consumo problemático y a sus familiares. Llegaban fundamentalmente, jóvenes que eran recibidos en la policlínica y derivados o vinculados a dispositivos en caso de ser necesario. Este servicio nunca se interrumpió y permanece en funcionamiento hasta el día de hoy. Actualmente el Centro integra la Red de Atención en Drogas y las derivaciones se coordinan con Ciudadela. En el caso de los menores de edad se establecieron nexos fluidos con el servicio de Adicciones de INAU que posibilita coordinar días y horas de atención, de manera tal que se asegura la atención personalizada. Pero será la experiencia comunitaria la que presentará un desarrollo por demás sobresaliente.

La plaza abierta

Al principio, recuerda Jacqueline, el profesor de educación física de la plaza de deportes, empezó a llegar a la policlínica con muchachos a quienes acompañaba para que se les atendiera. Luego se irían produciendo variantes positivas: el profesor se integraría a Aleros, formando parte del equipo de trabajo en la policlínica y un director de la plaza realizaría un curso de operador terapéutico en drogas. El interés por atender las situaciones de consumo problemático hacía que los actores del barrio buscaran herramientas que les permitieran actuar. La policlínica y la plaza conformarían una sólida alianza de trabajo.

Hoy la Plaza está hermosa, afirma Jacqueline, es un lujo para el barrio, es un lugar de encuentro hermoso, es muy cálida, cada día está más linda.

Desde este año la plaza cuenta con un gimnasio cerrado. También tiene piscina abierta, juegos saludables y mesas y bancos, donde los vecinos se arriman a tomar mate al final de la tarde. A esa hora también se juntan los muchachos en las esquinas. Desde la plaza se les invita a participar de actividades de prevención y disminución de riesgos. En el gimnasio cerrado se organizan partidos de volley ball. A la actividad se debe ingresar sin bebidas alcohólicas u otro tipo de drogas y durante su duración solo se consume agua. Los muchachos se entusiasman con la propuesta y responden favorablemente a sus exigencias. Además se ha proyectado cine, con un proyector precario pero resistente. La plaza también ofrece la posibilidad de ducharse con agua caliente, tomar algo de leche y comer alguna cosa. Estas actividades dirigidas fundamentalmente a la población más vulnerable son valoradas por Jacqueline en sus mínimos pero relevantes detalles: *el abrazo es una manera de tocarle la espalda, de sentirlo persona, de tratarlo como persona que es una manera de empezar el tratamiento.*

Entre la plaza y la policlínica se fue generando una especie de *ida y vuelta*; quienes integraban el equipo de trabajo de la policlínica empezaron a concurrir con asiduidad a la plaza y se fueron generando algunas actividades de integración.

Entre ellas, las comidas de nocecita en las que participan diferentes integrantes del equipo de trabajo y adultos usuarios de refugios que se encuentran próximos a la plaza. En la zona de atrás del gimnasio se colocó un medio tanque y *cuando se puede se hacen hamburguesas. El encuentro favorece el intercambio*, señala Jacqueline, pero también ayuda a distender las tensiones que cada uno lleva consigo. También participan integrantes de la comisión de vecinos de la plaza, de Aleros, de un centro juvenil, del programa Jóvenes en Red, de la policía comunitaria y del SOCAT que funciona en el club Arbolito. La confluencia de organizaciones y profesionales ha sido muy beneficiosa en la experiencia barrial. Durante el 2013 se organizó de manera conjunta la celebración del día del niño

y una feria educativa.

Nuestro sostén es la red local, afirma Jacqueline y todos los actores convergen en la plaza, porque es un lugar de encuentro, donde la gente tiene un lugar de esparcimiento, un lugar donde siempre se es bienvenido.

Hace unos años, relata Jacqueline, un director que venía de otra plaza al tomar la decisión de venirse para La Teja había sido cuestionado por sus pares: *“¿vas a irte a la plaza de los drogadictos?”* Hoy la plaza es un espacio abierto y diverso, muy saludable, reitera Jacqueline en más de una oportunidad, *un espacio que no excluye a nadie, que integra naturalmente.*

Consumos problemáticos y estrategia comunitaria

Desde el año 2008 la policlínica sostiene los espacios grupales de consumidores problemáticos de drogas y sus familiares. Además se brinda atención sanitaria; a veces los usuarios llegan con lastimaduras varias y golpes en el cuerpo y otras veces vienen a solicitar que se los vacune contra la hepatitis B. No siempre saben o quieren participar del funcionamiento de los grupos.

Desde el año 2012 la Asociación de Vecinos de La Teja incorporó además la gestión de Aleros de la región oeste: Aleros es un programa de acercamiento, apoyo y orientación a usuarios problemáticos de drogas y sus familias, con estrategia de abordaje comunitario. Actualmente tienen una dupla en La Teja norte, otra en el Paso de la Arena y una tercera en Colón. Los equipos de trabajo se han mantenido estables lo que ha favorecido la inserción territorial. Jacqueline trasmite un sólido convencimiento acerca del trabajo comunitario y próximo a los usuarios: *es realmente lo que contiene, lo que da contención a las personas*, afirma. No obstante, también sabe que no es el tipo de trabajo que otorgue prestigio o resulte mayormente

valorado en los ámbitos profesionales. Fue así antes y lo es ahora: *me acuerdo de haberle planteado a profesionales amigos de que vinieran a trabajar y “dejate de embromar, que vas a ir a meterte ahí a encastrarte en el barro, ni loco, ahí no porque eso no luce” se consideraba en aquella época y aun hoy se sigue considerando de segunda línea ¿no?*

El trabajo comunitario requiere, desde la perspectiva de Jacqueline, ocuparse del usuario, de su familia y de su entorno. En algunas ocasiones aparece el usuario solo, pero a los meses se logra contactar a alguien, amigo o familiar, que le *sostenga la cabeza*, alguien más que se *ocupa de esa persona* y lo acompaña. Los caminos no son fáciles, reflexiona Jacqueline, *no hay caminos de rosas*, pero reafirma con convicción que estos acompañamientos y la ayuda del entorno son los que pueden habilitar que algo cambie en cada situación vital.

Si el entorno no lo ayuda en determinadas cosas básicas, si es rechazado de todos lados, si de todos lados lo mandan al demonio, si no tiene trabajo, si no tiene manera de superarse no le va a ir bien, por más que capaz que se logra la abstinencia, pero no sirve, creo que no.

La Teja expone, en el entorno de la plaza, la presencia de algún joven, consumidor problemático, que duerme en alguna esquina. También el equipo de Aleros de Colón relata que en la zona se encuentran jóvenes en situación de calle. Lo mismo sucede en el Paso Molino. *Es muy visible*, señala Jacqueline. Algunos tratan de sobrevivir cuidando coches en las avenidas. Con el dinero que obtienen comen algo y consumen.

Estos jóvenes que perdieron *todos sus vínculos, todos sus lazos* y quedaron *así sueltos en la vida*, son los que *más nos cuestan* observa Jacqueline. A ellos se les intenta llegar ofreciéndoles algunos servicios básicos, la posibilidad de bañarse, de comer y de detenerse en un lugar. Durante un año, dos integrantes del equipo fueron

referente educativo – laborales en una pasantía en OSE, gestionada por el área de Inserción de la Secretaría de Drogas. En esa oportunidad, quince jóvenes transitaban por esta experiencia. Los resultados fueron por demás favorables en lo que refiere a propiciar canales de integración social.

En la policlínica consultan mayoritariamente los hombres jóvenes, aunque también la presencia de algunas mujeres motivó la creación de un grupo femenino. La experiencia no resultó: el grupo no llegó a conformarse como tal. Jacqueline cree que no es que no haya jóvenes mujeres con consumo problemático de drogas; lo que sucede es que se *esconden más*.

Relata Jacqueline que la droga más usada es la pasta base. Si bien han recibido solicitudes de consulta por cuadros de consumo problemático de alcohol, no es lo más común. Desde su perspectiva, parecería no existir a nivel social, percepción de riesgo en el consumo de alcohol y marihuana. En este sentido, Jacqueline subraya con preocupación que uno de los riesgos que observa en relación a ambas sustancias es el de la *banalización* del consumo. No duda en reafirmar que es necesario trabajar en el aumento de la percepción del daño.

Como todo el año se habló tanto, desde otro enfoque ¿verdad? Importante, la libertad individual y todo lo demás que es tan respetable, pero está ese tema de la banalización, porque ahora los muchachos te dicen “qué me jodés si ahora es legal, qué me venís a decir que no puedo”.

La Teja de ayer y de hoy

El barrio constituye el escenario privilegiado donde la estrategia comunitaria cobra vida y sentido.

Este barrio es un barrio solidario verdad, con una tradición muy especial que se mantiene, ya no es el barrio obrero que era cuando yo empecé a trabajar acá pero sigue estando aquello del barrio barrio sigue siendo ¿verdad?

La geografía del barrio ha cambiado.

Muchas de las fábricas han cerrado: VIDPLAN que hoy es un centro cultural, BAO que tuvo quinientos trabajadores y hoy tiene apenas cincuenta, la Federación del Vidrio. Todo eso eran *fábricas, fábricas, fábricas*, y hoy hay pequeños talleres, otras fuentes de trabajo, que no guardan la envergadura que tenían en aquella época, recuerda Jacqueline. Pero estas transformaciones parecerían no haber diluido el espíritu solidario del barrio. Algunas acciones concretas hablan de un barrio que se siente responsable y está dispuesto a lidiar con las dificultades. La plaza recibe el aporte solidario de leche en polvo y comestibles de los comerciantes de la zona; incluso algunos de ellos han ofrecido puestos de trabajo para jóvenes que puedan sostener una inserción laboral formal.

Cada veintisiete de junio el barrio concurre masivamente a la puerta de la Federación del Vidrio para recordar el golpe de estado de 1973. Lo mismo sucedió el año pasado cuando se colocaron las marcas de la memoria en el lugar donde se decretó la huelga general. También los vecinos se aproximaron a la policlínica cuando una mañana, apenas iniciado el trabajo con el consumo problemático, algunos integrantes del equipo de trabajo se encontraron con *el local tenía materia fecal en puertas y ventanas. Nos habían enchas-trado todo, pero eso evidentemente en todo caso fue algún señor dueño de una boca, no eran los consumidores, era de otro lado viste porque era como diciendo “acá dejate de joder, no te metas conmigo*

que esta es la primera”. Pero se pudo *remontar, conversar* la situación *entre todos*, recuerda Jacqueline. Fue el único incidente desagradable que afectó el proceso de trabajo y los vecinos estuvieron allí para acompañar. También el barrio se unió en el dolor cuando *murió el oreja*, por causa de una cardiopatía resultado del consumo problemático de cocaína. Era un joven de veinticinco años que estaba esperando un trasplante de corazón. Cuando falleció, estaba vinculado a la plaza y la *calidez* de los vecinos afirma Jacqueline, hizo que se le buscara alguna actividad que pudiera hacer sin realizar ejercicio físico. Era el coordinador del grupo de volley ball y se encargaba de que estuviera todo lo necesario para el juego. Los vecinos le habían dado una responsabilidad que él asumió. *Estaba siendo parte*.

Y bueno, en toda mi vida he visto eso, que entrelazar multiplica, no suma, multiplica sin ninguna duda es así, y es lógico que sea así ¿verdad?

A modo de balance

No ha sido fácil la permanencia señala Jacqueline, pero una cosa bien importante es que se sepa que *siempre estamos acá*, la puerta de la policlínica está siempre abierta. A veces llega un usuario y si no hay algún integrante del equipo de trabajo, las vecinas que están siempre en el local saben cómo orientar su demanda. El propósito es que nadie se sienta desatendido o descuidado.

Jacqueline no duda al expresar que la estrategia de atención comunitaria debe tener resuelta la continuidad presupuestal. *Es básico*. En este momento la Asociación de Vecinos se encuentra sin convenio y la atención del Centro se está sosteniendo de forma honoraria. Han tomado la decisión de no cerrar para no interrumpir la atención y con la esperanza de que los dispositivos comunitarios pasen a ser presupuestados de manera permanente.

La posibilidad de tener una asignación presupuestal asegurada les permitiría, afirma Jacqueline, *trabajar tranquilos* y salirse del pro-

blemón que significa cada año, estar a la expectativa de si se gana un premio o un fondo concursable que viabilice la continuidad del proyecto. Resulta paradójico, agrega, que se haya invertido en dispositivos de internación, *que sin duda deben existir*, pero que *todos sabemos que, muchas veces, están semi vacíos*, y no se tome la decisión de sostener lo que funciona cotidianamente en la comunidad. *Este es el escollo más grande que hoy tenemos*, afirma Jacqueline, máxime cuando desde el 2008 los equipos de los dispositivos comunitarios han demostrado las *ganas de trabajar* y han recorrido el camino de la capacitación permanente. Es por ello que la Asociación de Vecinos decidió participar en la fundación de la Red Americana de Instituciones que Intervienen en Situaciones de Sufrimiento Social – Uruguay (RAISSUR). Durante el 2013 se privilegió la formación y para este año ya hay previsto un encuentro en el que se expondrá la labor de Aleros. El resultado es un número interesante de profesionales que han participado en todas las capacitaciones y que ha contribuido a conformar un núcleo que ha construido y se ha apropiado de un marco referencial compartible y compartido, factible de orientar el trabajo en cada realidad local.

El primer nivel de atención es fundamental, científicamente está más que demostrado, ahora hace falta que las autoridades lo reconozcan también y lo prioricen, lo prioricen no más que nadie pero que le den la importancia que se debe ¿no?

Existen dificultades para el armado y sostén de un dispositivo cuya labor causa *algunas alegrías pero muchos malos momentos, muchas cosas de sufrimiento*. Recuerda Jacqueline que cuando estaban empezando a armar el dispositivo, una integrante del equipo pidió dentro de los insumos básicos, pañuelos descartables: *¿para qué querés? Y me acuerdo perfectamente que me dijo “para que lloren”, bah, para que lloremos también*.

Actualmente, la Secretaría Nacional de Drogas está iniciando un camino de asignación presupuestal estable a un grupo de dispositivos comunitarios. Jacqueline entiende esta acción como una señal importante de reconocimiento para esta modalidad de atención.

Hoy

La agenda de Jacqueline muestra pocos espacios libres. *No es una agenda de una señora de 76 años* dice entre risas. Recuerda que hace unos años la mordió un perro y tuvo que estar varios meses sin moverse; llegó a desesperarse.

En el 2012 fue nombrada ciudadana ilustre por el Municipio A, algo que describe como *un mimo*, un halago de sus compañeros de toda la vida.

Yo acá soy feliz afirma Jacqueline en una expresión breve pero inmensa. Hace unos días participó del homenaje a los mártires de la seccional 20 del partido comunista. Sintió que se le removía *hasta el fondo de las tripas* recordando aquel sufrimiento incalculable, pero al mismo tiempo pensó al ver todo el espectro de gente que estaba, *como ha avanzado esta sociedad*.

Vi a Monseñor Sturla que hizo un rezo “los acompañó desde el silencio con la luz perpetua para ellos” ¡la gran pucha, si habrá valido la pena!

-¡Si habrá valido la pena haber vivido para poder contarlo!

Por eso hace tuyas las palabras de Jaime Pérez: *“nada ha sido en vano”*.

María Teresa Monteverde



Enredados en la comunidad

María Teresa es médica comunitaria y trabaja desde los años 90 en la Cruz de Carrasco y Carrasco Norte. Durante varios años vivió en la zona, por lo que su conocimiento de sus habitantes y dinámicas unen lo teórico y lo vivencial.

Es reservada, pero disfruta de hablar de su trabajo y del gran grupo de trabajo que se formó en el Centro de Escucha e Inclusión Social.

Los inicios

María Teresa nació y creció en una familia numerosa de trece hermanos, nueve varones y cuatro mujeres. Fue la décima, por lo tanto, una de las menores, lo que hizo que el ejemplo de sus hermanos mayores calara en ella.

Ella y algunos de sus hermanos nacieron en el interior del país, en distintas ciudades, ya que su padre era ingeniero de vialidad. La ciudad en que le tocó nacer fue Mercedes, pero a sus 3 años ya la familia se instaló definitivamente en Montevideo. Primero en Pocitos y luego en Carrasco.

Su familia, tradicional y católica, la envió a estudiar al Colegio Sacre Coeur. Cuando cursaba la secundaria, vivió un proceso de cambio en su colegio que la marcó.

La Congregación de Hermanas del Sagrado Corazón hizo un compromiso de trabajar con los sectores populares y dejaron los colegios... Yo seguí de cerca la congregación, porque esa congregación de hermanas fundó comunidades en barrios como Paso Carrasco y Aires Puros... Es más, si habré seguido de cerca que en la época de la dictadura, voy a trabajar a la zona de Aires Puros con uno de mis hermanos que ya era médico, Alejandro. Allí tenían una comunidad y la otra comunidad en Paso Carrasco, en cualquiera de los dos lugares trabajaban con sectores completamente distintos a los que tenía el colegio...

La literatura a los que empezó a acceder María Teresa a través de la biblioteca del colegio la sensibilizó sobre temas como la pobreza y la desnutrición. Al comenzar a trabajar en El Talar, un barrio muy carenciado de Pando, vivió de cerca estas problemáticas.

Hace varios años ya, se encontró con la bibliotecaria del Colegio, a la que "acusó" de haberla obsesionado con el tema "¿Sabés por qué estoy tan insistente con este tema? ¡Porque vos me hacías leer cada libro!" cuenta entre risas.

La carrera

Durante su formación en la Facultad de Medicina tuvo varios momentos de duda sobre continuar la carrera por la alta competencia en el ámbito médico, exacerbada por las presiones que la Dictadura ejercía. Sin embargo, permaneció en la Facultad a pesar de todo, motivada principalmente por el trabajo con uno de sus dos hermanos médicos y por el contacto con gente carenciada. Una medicina fuertemente social y comprometida, militante.

Era la época de la dictadura, estábamos en el año '75, entonces mi hermano trabajaba en una policlínica que dependía de una parroquia, que era la forma de militar en aquel entonces... Entonces él me llevaba como ayudante, y a mí me encantaba ver como trabajaba, y creo que ese fue capaz que..., yo qué sé, como una referencia. Y después la otra referencia fue un libro que saqué de la biblioteca de mi casa, de un médico que trabajó en el medio rural que participaba en misiones socio-pedagógicas en Centurión, Departamento de Cerro Largo y me gustó el mensaje del libro. Se llama "Hacia los otros" y el autor fue el Doctor Felipe Cantera Silvera.

La especialización

Siendo ya una mujer sensible a las problemáticas sociales, comenzó un posgrado de Medicina Rural, que en la época de la dictadura era lo que había. En el posgrado se recibía formación para ejercer en el Primer Nivel de Atención y en medios rurales.

A fines de los 80 continúa su formación con médicos venezolanos, a través del Ministerio de Salud Pública, sobre medicina familiar y comunitaria. Más adelante, se crea la especialidad en Medicina Familiar y Comunitaria en la Universidad de la República y allí, todos aquellos que ya ejercían en esa área, tuvieron diversas instancias de capacitación y pasantías para obtener el título oficial.

Nosotros ya llevábamos como quince años ejerciendo, después se creó la especialidad y obviamente es mucho más exigente la especialidad, los que egresan, salen mucho más formados de lo que salimos nosotros cuando nos largaron a hacer medicina en contextos rurales o semirurales...

Este recorrido en la formación, ha dado a Teresa una gran experiencia en la construcción del conocimiento a través de la práctica, lo que sigue aplicando hoy, en su trabajo en el Centro de Escucha y en la comunidad. También una mayor flexibilidad y un método de trabajo que permite el ensayo y error.

Uno de sus primeros trabajos como médica de familia fue en El Talar, Pando, y ese casi que era el cargo a medida de lo que yo quería ser...

¿En qué consistía eso que Teresa quería ser? Significaba ser una médica con una población asignada, en la que se intervenía en toda la familia y no sólo a nivel individual y dónde se tenía en cuenta el contexto en el proceso salud-enfermedad. Allí, formaron un equipo de trabajo, en el que participaba su cuñada Asistente Social que vivía en la zona. Posteriormente formaron Agentes comunitarios de salud. Y fundamentalmente se trabajaba en forma interdisciplinaria, durante un período prolongado de tiempo en la misma zona, generando confianza y lazos fuertes con la comunidad, con una visión amplia de lo que significa la salud.

Se trató de -a través de la experiencia compartida- ir aprendiendo y construyendo juntos un mejor lugar y condiciones que permitieran un mayor y mejor acceso a la salud.

Cuando empecé en El Talar me acuerdo que estaba sola en una policlínica que no tenía agua, que el agua había que acarrearla, el barrio no tenía calles, era todo tan precario y yo decía "¿Y acá cómo empiezo?" Y después te das cuenta que organizando, cuando ves que la gente empieza a sentir lo mismo, que lo que te falta a vos le falta al otro y al otro, y empiezan a agruparse y empiezan a recla-

mar su derechos las cosas vienen, las cosas hay que organizarse y salen, entonces ese tipo de cosas me parece que..., que yo aprendí mucho, yo aprendí muchísimo. En realidad la unión hizo la fuerza.

Trabajó allí desde 1989 hasta 2010. De esa época son los mejores recuerdos que guarda en el ejercicio de su profesión.

El encuentro con el consumo problemático

Su primer paciente con consumo problemático de drogas fue en Casabó, en el año '90. Se trataba de una mujer.

María Teresa desconocía cómo trabajar con una persona en esas circunstancias. Buscó asesoramiento antes de la siguiente consulta para saber cómo empezar a tratar con la problemática

Empiezo a averiguar y me dan el nombre de Roberto Gallinal que hoy es un referente, tiene la ONG Encare, se dedica a esto, pero en aquel entonces era un Asistente social venido de Paysandú que había estudiado en Estados Unidos y sabía del tema.

Así comenzó a entender algunos aspectos que en principio no comprendía. Por ejemplo, cómo era posible que en un barrio tan pobre como Casabó hubiera acceso a la cocaína, que ella sabía tenía un costo elevado.

Hasta el 2002, sus encuentros con usuarios de drogas fueron esporádicos, pero a partir de ese año, *fue un malón, que se me vino el tema arriba y nosotros no estábamos capacitados, se nos instalaron los problemas y los equipos de salud no sabíamos ni que hacer.*

Por esa época empezaron a toparse con casos muy complicados, vinculados a la PBC, y según refiere, más adelante en el tiempo la problemática se extiende a las mujeres. Al principio eran sólo varones quienes consultaban.

Después más adelante aparece el tema de las bocas, pero en el principio eran casos y los casos eran de varones, no teníamos casos de mujeres consumidoras.

Considera que estas situaciones son *mucho más desgarradoras* que los casos de los varones, porque se produce un mayor sufrimiento familiar, un mayor desamparo de los hijos e hijas, ya que los varones están generalmente ausentes desde antes.

Hay una situación de abandono de la familia que la deja, la termina como excluyendo a la consumidora, los niños quedan en una situación muy desprotegida, muchas veces no hay un varón fuerte referente, eso lo vivimos horrible acá, cada caso de esos, todas hemos sido conmovidas por las situaciones.

El rol social asignado a las mujeres como protectoras y cuidadoras, madres antes que todo, vuelve muy difícil encontrar caminos de salida para estas mujeres, que también tienen introyectado esto y que sienten que al fallar como madres, sus vidas pasan a carecer de sentido. El recuperar su condición de madre parece ser el camino para la salida

Esto queda reflejado en la historia de una mujer con la que trabajó desde el Centro de Escucha.

Por ejemplo ella tuvo primero una hija, ahí no consumía, después quedó embarazada, consumía a diestra y siniestra estando embarazada. Nace el bebé, con malformaciones queda internado en el CTI y está como tres meses en el CTI y fallece, y nosotros la acompañamos mucho. Pero ella seguía consumiendo a pesar de eso, después queda embarazada de nuevo y ahora tiene otra bebé, y yo fui a la casa y ¡que impresionante tiene la casa! Es el lugar donde vivía un caballo ¿no? Es una casita, es un realojo que se hizo, y a la familia que realojaron como tenía un caballo, era hurgador, le hicieron como una especie de lugar para el caballo, y ella no tenía donde irse a vivir y pide ese lugar y acomoda ese lugar. Le hizo unas paredes de bloques y después tiene cartón, chapas, nailon, yo qué

sé, un cuartito chiquito, pero tiene..., Hizo unos estantes y tiene la ropa toda ordenadita, bueno, ahí la cocinita y va al baño de la vecina de adelante.

Y vos la ves ahora y dice “No, dejé todo”. Ta, se dedica a la prostitución, su ingreso es a través de la prostitución, porque todavía no hemos podido ubicarla... Hemos hecho intentos, lo que pasa que es difícil porque ella tiene que asegurar dónde dejar las nenas, pero ahora fui a la casa como a las cinco y media de la tarde y estaban las dos nenas y me dijo que había conseguido trabajo en un almacén, que estaba en negro, pero por lo menos tenía un horario.

La zona actual

En la zona de La Cruz y Carrasco Norte, comenzó a trabajar a principios de los 90, en un cargo de la Intendencia de Montevideo, en el que permanece hasta hoy. Formaron un equipo de coordinación integrado por una Licenciada en enfermería, una Asistente social y ella como médica. Más adelante la coordinación fue asumida sólo por ella.

El Centro de Escucha se abrió después pero nosotros veníamos desarrollando una tarea en los barrios, durante muchos años trabajamos con un policlínico móvil que recorría los asentamientos de la zona y nos conocíamos toda la gente de los asentamientos de acá del territorio, con ese móvil.

Se trataba de un móvil de la Asociación de Mujeres Lourdes Pintos, que coordinadamente con la Intendencia, llevaban a los barrios distintos especialistas como médico de familia, odontólogo, pediatra, y otras disciplinas como enfermera y trabajadora social, para que la gente conociera los servicios recientes que se brindaban en el Centro Comunal de la Zona.

Eso a mí me abrió puertas hasta ahora, entro a los asentamientos y salgo como si nada porque ya tengo un vínculo instalado a raíz de la historia con el móvil.

Considera esa experiencia muy valiosa, e imprescindible para el ejercicio de una medicina más humana y ajustada a las necesidades de las personas, un cable a tierra

Desde el primer nivel uno puede trabajar a puertas cerradas en un centro de salud o en una policlínica y sabe poco y nada del entorno donde ese paciente vive, salvo las preguntas que le haga, podrá tener una idea de la familia, lo que hace. Es otra cosa ver como se dan las relaciones en el ámbito comunitario, vos conocés los líderes locales desde ahí, desde el contacto directo, conocés las condiciones que tiene la gente...

La intervención desde el Centro de Escucha e Inclusión Social. Fortalezas y debilidades

La idea de la instalación del Centro de Escucha e Inclusión Social surge a partir de las inquietudes de los vecinos y vecinas en diferentes instancias de trabajo zonal, donde manifestaban sus preocupaciones por situaciones de consumo problemático de sustancias en varias familias de la zona.

El nombre del dispositivo “Centro de Escucha” refiere a dar acogida en un espacio digno, poner “oreja” a situaciones complejas de sufrimiento y exclusión social muy dolorosas, que requieren intervenciones colectivas, sostenidas y permanentes. La inclusión social es nuestro eje terapéutico, inclusión que tiene que ver con recuperación, reconstrucción de vínculos perdidos por el consumo problemático. Recuperar o restablecer vínculos familiares, con el sistema educativo, con los servicios de salud, contribuir a la reinserción laboral, entre otros.

El equipo de trabajo que conforma junto a las otras técnicas y referentes barriales es *interdisciplinario e interinstitucional con características propias: móvil, flexible, que se adecua a cada situación, que tiene una clara intervención muy relacionada a la segunda parte del*

nombre que nos identifica, Inclusión Social.

Esto implica el trabajo con personas y familias que se encuentra en situación de consumo problemático, así como la promoción de conductas saludables que apunten específicamente a la prevención del consumo problemático de sustancias, así como la detección y el tratamiento precoz desde un abordaje individual, familiar y comunitario, optimizando los recursos territoriales. María Teresa destaca el Proyecto de Salud Escolar que se viene implementando articuladamente desde el 2012 en 7 Escuelas de los Municipios E y F.

En el vínculo con personas y familias buscan *sobre todo ser lo más receptivos posibles, respetando las individualidades. Intentamos realizar un mapa de ruta frente a cada situación, definiendo prioridades para construir una ruta de salida socio-sanitaria, ordenando prioridades con las estrategias a seguir.*

Recorrer las calles y pasajes de los barrios es central en la propuesta. Y el trabajo de los y las vecinas comprometidos y los referentes barriales resulta medular para su funcionamiento. María Teresa plantea.

Las personas con consumo problemático de sustancias enferman en su comunidad y en determinados contextos familiares. Pueden sanarse en el marco de una familia y de una comunidad que pueda contener de una manera diferente. Por eso el abordaje incluye a la persona, a su familia, y a la comunidad donde está inserto. El abordaje familiar, concurrir a los hogares, ver el contexto donde la persona vive, nos ayuda a comprender las complejidades de cada situación, para luego poder intervenir. Las visitas a las familias contribuyen a crear vínculos de confianza que nos permiten ir construyendo acuerdos para superar situaciones de exclusión, y de esta manera podemos viabilizar salidas.

El trabajo en red es otra de las fortalezas de la propuesta. De esta forma, se pueden generar vínculos de acuerdo a las necesidades

de cada persona o familia.

En realidad tejiendo redes es que logramos consolidar el soporte local de todas las instituciones, superamos individualidades, y tratamos de poner un pienso colectivo.

Es así que desde el Centro de Escucha se coordina con las instituciones que localmente brindan servicios de salud mental, salud odontológica, grupos de consumidores, grupos de abordaje a situaciones de violencia, instituciones educativas formales e informales, propuestas laborales con abordaje socio-educativo.

Una fortaleza que vemos desde el quehacer cotidiano tiene que ver con cuán enredados estamos. De hecho hay presencia del Centro de Escucha en todas las redes del territorio lo que contribuye indudablemente a la construcción de respuestas pensadas colectivamente para superar la exclusión.

Por su parte, una debilidad identificada, que dificulta el trabajo en el Centro es la falta de fondos para solventar el trabajo de más referentes y poder funcionar en horarios más adecuados. En el trabajo con la comunidad han identificado algunos líderes que serían muy útiles para la llegada a ciertos sectores y grupos a los que resulta difícil convocar y generar confianzas y empatías, pero que sin recursos no resulta posible.

Por ejemplo hay alguien que es un referente en los jóvenes y que te lo nombran todos, viste cuando vos decís tiene que estar en el Centro de Escucha, tiene que estar adentro porque tiene muy buena liga con los jóvenes, tiene muy buena liga con los chiquilines que están en situación de calle, vive en el barrio, es muy respetado, tiene todas las características para estar trabajando con nosotros. Pero nosotros ¿qué le ofrecemos? Un carguito honorario...

La ampliación de los horarios de atención en el Centro, es mencionada como otra necesidad para funcionar de forma más adecuada.

Al tratarse de un espacio donde los técnicos dedican horas de sus cargos en las instituciones a las que pertenecen y de personas que trabajan en forma honoraria, generalmente no se coincide con los horarios de quienes podrían concurrir en busca de apoyo.

Sin embargo, acá que hay una referente que se queda después de hora, se queda hasta las ocho, ahí es donde más consultan. Ahí es donde vemos que vienen familiares, es que también la gente salió de trabajar y puede venir, o el usuario es la hora que está más lúcido.

Otro problema identificado es la ubicación física del Centro de Escucha. El lugar no parece ser el más adecuado, ya que se encuentra en una zona donde no está el nudo más problemático. Resulta un espacio un tanto ajeno -a pesar de la cercanía- a las dinámicas de los barrios donde se dan los mayores problemas de exclusión y consumo y donde la intervención es más necesaria.

Si hacés un servicio lo tenés que tener abierto por lo menos cuatro veces en la semana; para tenerlo cuatro veces abierto tenés que contar con referentes que cumplan sus horarios, vengan y estén, y eso nos quita horas, somos pocos y eso nos quita horas para estar en la calle que es donde tenemos que estar porque los casos los encontramos en la calle, no acá. Acá el que viene y consulta es el familiar y algunos casos que ya tienen un feeling con nosotros desde afuera y entonces vienen acá.

La propuesta de Abordaje Comunitario en relación con otras visiones de tratamiento

María Teresa tiene claro que no todos los casos de consumo problemático se ajustan al abordaje comunitario. Pero considera que sí o sí, todas las personas que pasaron por una internación, al volver a su comunidad, deberían conectarse y pasar a formar parte de un dispositivo de tratamiento.

Dice coincidir con algunos de sus colegas que plantean que a través del abordaje comunitario no se resuelve toda la problemática; pero considera que es clave el entorno de la persona para su tratamiento, porque es en la comunidad donde la persona desarrolla su vida, su cotidianeidad. Cuando la familia está presente, es fundamental trabajar con ella, y si la familia está desvinculada, se hace necesario trabajar con sus pares o personas del barrio, que funcionan como factores protectores.

No cree en la rehabilitación a través de un internación, *la rehabilitación sirve para desintoxicar más que nada, después lo otro vuelve al mismo lugar de donde salió, si no trabajamos con la comunidad no le veo salida a este tema.*

Por esto, resulta fundamental que cuando una persona vuelve al espacio donde desarrolla su vida, el dispositivo sea avisado para continuar el trabajo.

Yo a veces voy caminando y me encuentro con alguien que me dice “Sí, yo estuve internado en el Portal Amarillo” y el Portal Amarillo no nos avisó a nosotros, porque eso no está estipulado. Incluso a nosotros, a veces nos pasa también. Si nosotros hicimos las gestiones para internarlo cuando lo den de alta, alguien debería encargarse de hacernos referir al paciente.

Castigos y recompensas

Una idea que está muy presente en la sociedad uruguaya y dentro de la propia colectividad médica, es que la medicina es una profesión prestigiosa y “prestigiante”. María Teresa es una mujer comprometida y que abrazó esa profesión. Sin embargo, su especialidad es la que goza del menor reconocimiento dentro del ámbito profesional.

Mirá, los médicos de familia somos estigmatizados todos, no hay un médico de familia que no haya sufrido la estigmatización, es como una especialización de segunda, hay quienes consideran que esta-

mos para atender a los pichis, y es así, sí, sí, he sido muy estigmatizada.

Esto, en algún punto, la une con las personas con quienes trabaja, de las más excluidas y estigmatizadas de la sociedad.

Su recompensa, entonces, es fundamentalmente cumplir con una perspectiva filosófica e ideológica de lo que considera es el trabajo necesario para -desde su lugar- generar cambios profundos en las formas de vivir y convivir.



Nora Olivera



Los encantamientos de Nora

Idas y vueltas

Nora nació en Colón, el barrio de sus abuelos maternos, aunque para el período escolar ya vivía junto a sus padres y hermana en la zona de Avenida Italia y Propios. Por eso la escuela a la que concurrió fue la escuela Austria N° 48. Su madre de quien Nora reconoce

tener demasiado parecido era enfermera diplomada, formación que luego Nora también elegirá hacer; su padre cumplía funciones de vigilancia en el Hospital de Clínicas.

Nora afirma haber culpado muchos años a su padre por todas las dificultades que se le fueron presentando en los años siguientes, aunque con el paso del tiempo entiende que fue *poniendo las cosas en su lugar*, concluyendo que él logró educar a ella y a su hermana en función de cómo había sido educado, e incluso, afirma, su padre logró *suavizar* con sus hijas, las formas de castigo, si se tiene en cuenta que en su infancia se le castigaba obligándolo a arrodillarse sobre granos de maíz durante largo tiempo. Nora recuerda las penitencias que la obligaban a pasar todo el día en la cama, sin comer, sin luz y sin poder ir al baño, disposición que su madre alteraba cuando su padre se iba al bar. Con la luz apagada, Nora y su hermana jugaban *sin nada* al juego del cuarto en penitencia.

Aunque su hermana solo era diecisiete meses más joven Nora siempre entendió que tenía para con ella una importante responsabilidad. Aún recuerda que estando en segundo de escuela, su hermana empezaba jardinera y no pudo dormir en toda la noche, preocupada *como si fuera la madre*.

Los padres trabajaban muchas horas y las dos pasaban mucho tiempo solas. La abuela paterna cuidaba asiduamente de ellas y cuando se mudó a Malvín, a tres cuadras de la Playa Honda, los padres de Nora, la inscribirían en el Colegio y Liceo Kennedy. Se iniciaba la dictadura y los centros educativos públicos se percibían inciertos y convulsionados.

Allí cursaría hasta tercer año. No guarda un buen recuerdo de esa época, la que parecería asemejarse a un ejercicio forzado de comprobación de la existencia de las clases sociales y de la violencia que la desigualdad conlleva. Esta situación la conducía a inventar *historias fantásticas* que perseguían el propósito de parecer *ser más o menos igual* al resto de un colectivo que Nora percibía homo-

géneo y distante. Ella quería ir al liceo N° 20, adonde, según sus palabras iban sus *peores amigos*, pero finalmente su padre la inscribió en el Liceo Dámaso Antonio Larrañaga. Allí, ella y su hermana terminarían el liceo.

Sus padres se separarían en circunstancias que Nora no recuerda como muy felices y al poco tiempo de esto su madre recibirá una oferta de contrato laboral para trabajar en Suiza. Su madre se irá a Europa y ella y su hermana quedaran viviendo con su abuela. Repentinamente su padre enferma y fallece con solo 48 años de edad. Luego, Nora y su hermana se irían a Suiza, con su madre. Tenía 18 años.

La madre de Nora nunca más volvió a Uruguay. Tampoco lo hizo su hermana, que se casó con un catalán y se instaló en Barcelona. Ambas viven allí actualmente.

Suiza resultó *horrible* afirma Nora. A las dos o tres semanas de llegar ya estaba anunciando su regreso a Uruguay. Conocer Europa no solo no colmó sus expectativas, sino que la decepcionó y la introdujo en consumos que le eran desconocidos hasta ese momento. No obstante, llegó a estar allí un poco más de cuatro años y medio, aunque en su ínterin vendría a Uruguay a casarse con un francés. Con él volvería a Europa, pero retornaría divorciada a Uruguay, a la casa de su abuela, en Malvin. Pero a Nora aún le restaban muchas vueltas para dar.

Una amiga se había ido a Brasil y su familia hacía ya tiempo no recibía noticias de su paradero. Acuerda con la madre de su amiga viajar a Brasil con el propósito de procurar ubicarla y enviar noticias. En San Pablo Nora encontrará a su amiga y conocerá a quién será el padre de su hijo. Era uno de los guitarristas que integraba la banda musical en la que también participaba su amiga. Nora quedará embarazada al mismo tiempo que su pareja transitará una hepatitis A. Las condiciones sanitarias del lugar los conducen a tomar la decisión de venirse a Uruguay, medida que Nora reconoce como

muy acertada, ya que pasará un embarazo complicado, con una infección urinaria desde los cuatro meses que la obligará a guardar reposo. Tiene la convicción de que su hijo no habría nacido si se hubieran quedado en Brasil.

Hoy Sebastián tiene 28 años, es licenciado en Ciencias de la Comunicación, desde el 2009 y juega al fútbol en la Liga Universitaria. Nora recuerda que juega al fútbol desde que tiene 5 años; nunca dejó de jugar. No importa donde vivieran, siempre buscaban un equipo para que Sebastián continuara jugando al fútbol.

En Uruguay Nora estudiará en la Escuela de Enfermería, diplomándose con muy buenas calificaciones y luego trabajará en Casa de Galicia. Era la segunda mitad de los años 80 y Nora también participará activamente en la vida política del país, vinculándose al Frente Amplio y al Partido Comunista.

Pero entre tantas idas y vueltas la vida devino en un trayecto biográfico por demás doloroso.

Vivir y consumir

Si bien Nora reconoce que durante su adolescencia primaba la idea de que era necesario consumir sustancias sin límites o por lo pronto *probar todo lo que hay*, su primer viaje a Suiza le habilitará el consumo de la heroína. Era un período de su vida extremadamente complicado en lo que a la dinámica familiar se refiere y de residencia en un país que no solo no le resultaba grato ni motivador, sino que se le presentaba como una mezcla de poder adquisitivo y aburrimiento que devenía en consumos diversos e intensos.

Su primer esposo, el francés con quién se casaría en Montevideo, era heroinómano intravenoso. Comenzaría a consumir con él y a la heroína se agregaría el hachís. Nora no puede obviar mencionar el sufrimiento que recuerda haber sentido. Finalmente ella se volverá sola a Montevideo. Traerá consigo dos gramos de heroína, de ma-

nera tal de poder graduar un posible síndrome de abstinencia. Al terminársele la heroína, el consumo pareció detenerse. Solo consumía algo de marihuana, cada tanto.

Al viajar a Brasil la marihuana se vuelve más accesible y presente y en algunos momentos consume cocaína. Antes y durante el embarazo Nora afirma no haber consumido drogas duras, solo marihuana en alguna ocasión. Recuerda haber comenzado a consumir cocaína de manera sostenida en Uruguay cuando su hijo tenía algo más de un año de edad, aunque no puede precisar cómo se inició esa práctica. En ese tiempo, la cocaína parecía ponerse de moda y el entorno más próximo de relaciones de Nora la consumía. Inicialmente ella y su pareja consumían los días de cobro, pero luego la frecuencia comenzó a incrementarse, hasta que el consumo se volvió habitual.

Durante este proceso Nora se separaría del padre de su hijo y se vincularía a otra pareja con quién pasarían a inyectarse cocaína. El consumo problemático se agravaría y le afectaría el trabajo de enfermera en Casa de Galicia, de donde finalmente la despedirían. Nora se recuerda y reconoce como una buena trabajadora, aunque no puede precisar cómo lograba hacer bien su trabajo, al cual muchas veces llegaba sin dormir, después de una noche de consumo. Una vez que se efectivizó el despido, pasó a contar con el dinero de la indemnización correspondiente y todo el tiempo para consumir.

Por suerte, afirma, vivía con su hijo, en la casa de su abuela, en Malvin, lugar al que siempre volvía cuando regresaba a Uruguay. Recuerda en su abuela una contención importante, sobre todo en lo que respecta al cuidado de su hijo. *Ella sabía del consumo*, indica Nora, *tenía terror, después me contaron mis primas a los años que la abuela iba a la casa de mis primas y decía “yo no sé porque un día voy a abrir la puerta del cuarto y va a estar muerta”*.

Junto con el retiro del trabajo, vendría el apartarse de la militancia política, hasta que solamente quedarían en el entorno algunas per-

sonas vinculadas al consumo. Finalmente, llegó un momento que Nora califica de muy malo y en el cual los problemas adquirieron una dimensión abrumadora. Decide viajar junto con su hijo a España, país donde ya residía su madre y su hermana.

Moverse con el consumo a cuestras

Nunca pensaba que yo me iba moviendo y el problema lo tenía yo porque siempre me veía en el mismo círculo (...) yo creía que era externo, siempre todo lo ponía en el exterior.

En España Nora comenzará nuevamente a consumir heroína. Decide irse a Canarias sola con su hijo. Recuerda días difíciles en los que su hijo de ocho años quedaba solo en la casa y ella salía a conseguir drogas y dinero. Carga con la certeza de que su hijo se *daba cuenta de todo, sabía todo perfectamente.*

En ese momento, la visita del padre de su hijo será un punto de inflexión. Los visitará en España y al regresar a Uruguay, mandará pedir que su hijo viaje a Montevideo por dos semanas de vacaciones. El agobio y la desesperación por el consumo era totalizante y Nora no dudó en enviar a su hijo a Uruguay. Luego se percataría que solo tenía pasaje de ida. El padre le confirmaría que Sebastián quedaría con él, hasta que ella lograra ponerse bien. En ese momento, entendió que sola no podía hacer nada y decidió llamar a su hermana. Ambas hablaran con su madre, y Nora se trasladará a vivir con ella, en Rubí, en las afueras de Barcelona. Allí se vinculará a un centro de desintoxicación con el propósito de dejar definitivamente el consumo de heroína. La sustancia se le había vuelto necesaria para resolver las acciones básicas de la vida cotidiana como bañarse, comer o salir a trabajar.

La concurrencia diaria al centro de desintoxicación para buscar medicamentos le permitió conocer a otros consumidores, con los que empezaría a juntarse para consumir cocaína intravenosa. La sensación era de *estar otra vez en el mismo círculo*, relata Nora, hasta que en una desintoxicación hospitalaria alguien le menciona

la Asociación Alba.

Al concluir la internación le solicitará a la médica tratante que la derive para allí, donde asistirá a un programa libre de drogas. Concurría gran parte del día y regresaba a la noche a dormir a la casa de su madre. Durante el tratamiento se producirán recaídas, relaciones de pareja que se sucedían unas a otras, sin perdurabilidad y cuadros de salud deficitarios, como el ocasionado por la hepatitis C. Pero también devino la necesidad de pensarse y pensar las modalidades de vincularse y actuar en las relaciones con otros.

Nada resultó lineal, afirma Nora al mismo tiempo recuerda que ponerse bien le costó muchísimo dolor y lidiar, entre múltiples cuestiones, con el hecho de que su hijo ya no quisiera vivir con ella. Sin embargo, concluye, una vez que lo pude ver dije no, por acá no es.

Cansarse de consumir y encantarse con los otros

Me pasó que me cansé de consumir afirma Nora y a la interrogante de ¿para qué hacerlo? se sumó el hecho de que el consumo no solo ya no le proporcionaba placer sino que comenzó a generarle cuadros de alucinaciones que le ocasionaban mucho malestar además de las señales de intolerancia que su cuerpo reiteraba cada vez con mayor frecuencia. Asumiría sola unas vacaciones, con unos amigos en Málaga; la playa es una fiesta de encantamiento para Nora. Luego ya no volvería a consumir. Había cumplido 39 años.

La sicóloga del Centro donde Nora concurría entendió que ella podía ser de mucha ayuda para otras personas con consumo problemático de drogas. Un llamado público para enfermeras diplomadas la llevaría a obtener un contrato laboral. *Trabajar en esto me ayudó a no seguir consumiendo* reconoce Nora. Había iniciado además una especialización en drogas en el Hospital San Pablo y comen-

zaba una relación de pareja con un español, que mantiene hasta el día de hoy.

La salida imprevista en su lugar de trabajo, de quién coordinaba un grupo de prevención de recaídas en el programa libre de drogas, llevaría a que Nora debiera asumir la coordinación del grupo. Al principio sintió mucho temor, pero sus compañeros de trabajo la alentaron. Al poco tiempo se dio cuenta que la tarea le encantaba. Seguirá estudiando y luego asumirá la coordinación de grupos de familia desde una perspectiva sistémica, trabajo que realizará durante casi diez años. Reconoce haberse dado cuenta que *le encantaba trabajar con gente.*

Relata no haber llegado a estar *contentísima de la vida* pero logra adaptarse a la vida en España; consigue un buen empleo, inicia una relación de pareja y logra solucionar sus consumos problemáticos. Por algo más de dos años no consume ninguna droga, y deja definitivamente el consumo de cigarrillos y alcohol. Hoy se reserva un rato a la noche para fumar marihuana, pero solo cuando efectivamente tiene ganas. Sabe que hoy su cuerpo no resistiría el consumo de drogas duras pero además afirma que le llama más la atención la vida que vive ahora, en la que elige estar despierta y no consumir drogas y evadir. *Ya pasó esa etapa,* concluye.

En 2012 decide junto con su pareja, regresar a Uruguay, lugar donde realmente le gusta vivir y que prefiere a cualquier otro país europeo. Afirma que Uruguay la ha tratado muy bien. Al poco tiempo de llegar su pareja comenzó a trabajar en su oficio de soldador, aunque a ella le costó más concretar su inserción laboral. Cuando estaba finalizando el cobro del despido de su trabajo en España firma su contrato de trabajo para trabajar en el Programa Aleros. No duda en afirmar que el reencuentro con su hijo fue la parte más dolorosa de este viaje iniciado hace mucho tiempo atrás. Pero está encantada de estar aquí y estar despierta.

Trabajar en Aleros

El programa Aleros tenía una plaza libre en Puntas de Manga, y allí es dónde Nora comenzará a trabajar. La zona no le resultaba ajena. Una tía materna y su esposo, agricultores y bodegueros, vivían en Puntas de Macadam cuando Nora era niña. La familia se reunía allí con frecuencia. Luego en la época en que trabajó en Casa de Galicia tenía una compañera de trabajo que vivía en Piedras Blancas, y a quién visitaba a menudo. Por lo tanto la zona le resultaba familiar, además de encantarle ese ambiente casi rural, poblado de quintas y plantíos familiares.

Nora se volverá a encantar. Ahora con el trabajo de Aleros en la Policlínica de Puntas de Manga.

Al comenzar a trabajar percibió diferencias sustantivas con su experiencia de trabajo en reducción y gestión de daños en España. La mezcla de pasta base, pobreza y maltrato es expuesta por unos usuarios locales que distan mucho del tipo de usuario con el que Nora venía trabajando. También observó un enfoque diferente en el abordaje del consumo problemático de drogas, alejado de cierto modelo conductual, que en la realidad española primaba como hegemónico y que le adjudicaba al usuario una definición de enfermo crónico a la vez que se le pautaba la formalización de acuerdos de acciones conductuales a desarrollar. Nora siempre se concibió con cierta distancia conceptual de esta propuesta, a la vez que recuerda, desde su condición de usuaria, no haberse sentido cómoda cuando así fue tratada. Sus búsquedas venían desarrollándose más desde el análisis transaccional y las lecturas de Eric Werner. Desde su perspectiva, que califica de humanista, es imperioso desarrollar un acercamiento de mayor proximidad y una graduación de las acciones de presión con el usuario.

Desde el programa Aleros en Punta de Mangas la atención se dispone fundamentalmente hacia jóvenes hombres, de entre 16 y 22 años, consumidores de pasta base. La dupla que integra Nora, rea-

liza su trabajo en el territorio. Expresa el convencimiento de que debe operarse extramuros de los servicios, dado que muchos de los usuarios problemáticos de drogas, aún estando próximos a la policlínica, no van a recurrir a ella. Es necesario, en consecuencia, salir a su búsqueda y ofrecer los apoyos con los que se cuenta. Conjuntamente con esta estrategia se han implementado dos espacios grupales en la Policlínica con usuarios y familiares, de frecuencia semanal.

En este sentido, la policlínica se concibe como un centro de operaciones pero el mayor énfasis está puesto en el recorrido por las casas de los usuarios y también por lugares que operan como referencia comunitaria para el barrio. Es el caso de la peluquería de Silvia, ubicada en el centro comercial de la zona, donde suelen parar muchos de los usuarios, pidiendo o cuidando autos. Silvia les permite calentar agua o comida en su local. Tiene ya un espacio acondicionado para ello.

El trabajo comunitario del programa Aleros cuenta con el buen acogimiento de los residentes en la zona. Nora afirma sentirse cómoda allí, reconocida y cuidada por los usuarios y los vecinos que muchas veces la saludan en la calle. Persigue el propósito de llevarse bien con todos los que vive en el barrio. *No queremos guerras con nadie* afirma, ya que de producirse alguna, el trabajo del programa se vería afectado. Esta afirmación incluye a quienes comercializan las drogas en la zona. Reconoce en algunos de ellos a figuras que despiertan sentimientos encontrados entre los vecinos: son los que comercializan las drogas pero también los que ponen dinero para resolver problemas cotidianos, pagar una tarifa, disponer de un auto para llevar a un enfermo en la madrugada a un centro hospitalario o resolver la comida diaria de alguna familia. El programa no se dispone a combatir la comercialización ni a indicarle a los sujetos que no deben consumir drogas. Pretende que quienes decidan consumir, reduzcan o minimicen los daños asociados al consumo, que no siempre son resultado exclusivo de las drogas sino de las conductas que realizan para consumir o para conseguir el dinero necesario

para adquirirlas. Nora concluye que una política efectiva en relación al consumo problemático y a la comercialización supone el desarrollo de estrategias como las que viene realizando Uruguay con respecto a la regularización de la marihuana.

Si bien Nora problematiza las políticas de internación en el sentido de que suponen cierta invisibilización de los consumidores, bajo el supuesto utópico de que la reclusión devolverá a la vida social un sujeto “normalizado”, en algunas ocasiones han tenido que recurrir a ellas, aunque reconoce que es un recurso cada vez menos utilizado. En este sentido, Nora recupera positivamente de su experiencia en España, el trabajo en unidades de crisis, que atendían puntualmente a sujetos en situaciones de riesgo vital asociadas al consumo.

Estas unidades disponían de un lugar donde el usuario podía descansar y alimentarse, además de recibir atención médica, durante algunos días. Se conforman como espacios de atención ante cuadros límites que no guardan el propósito de implementar una atención de largo plazo, la que de ser requerida por el usuario, se dispondrá en otro dispositivo.

Nora no duda en señalar que la mayor fortaleza del programa Aleros son sus recursos humanos y la visión amplia que se tiene acerca del uso de las drogas. Tampoco duda en afirmar que el programa presenta múltiples debilidades. Por un lado, el trabajo realizado parece estar apenas *hilvanado* en el territorio, de manera tal que si el programa se retira de la zona *el hilván se suelta bien rápido*, afirma Nora. Una de las razones es la modalidad de trabajo que promueve el involucramiento de los actores locales de manera honoraria. Esto es insostenible desde su perspectiva, ya que el abordaje del consumo problemático de drogas supone lidiar con dramas tremendos y acompañar cuadros de enorme sufrimiento, lo que requiere de múltiples sostenes. Se necesitan actores formados, asalariados y con apoyos terapéuticos personales. Los actores locales voluntarios, generalmente son trabajadores que carecen de mínimos recursos

materiales para desarrollar su tarea. Algunas veces se requiere apoyar a ciertos usuarios con boletos, o alimentos. A modo de ejemplo, Nora señala que Silvia debería contar en su peluquería con dinero para boletos y comestibles; la vinculación cotidiana con los usuarios demanda en algunas ocasiones tener que resolver estos aspectos y dada la ausencia de recursos, los actores locales terminan resolviéndolo con sus propios medios.

Aprendizajes y privilegios

Nora reitera estar encantada con lo que hace. Lo dice una y otra vez, convencida de que ya no podría hacer otra cosa que no sea abordar el consumo problemático de drogas desde estrategias como las que desarrolla en el programa Aleros.

No puede pensarse como una enfermera en el sistema de salud. Manifiesta no sentirse cómoda en un ámbito donde las relaciones con los usuarios se disponen desde el cuerpo médico y asistencial con verticalidad y soberbia, modalidad vincular que se profundiza ante sujetos en situaciones de pobreza. Por ello, sostiene con vehemencia, un cambio imprescindible a promover es el que deben transitar los profesionales del sistema de salud en su conjunto, de manera tal que se establezcan relaciones de mayor horizontalidad con los usuarios. Poseer saber debería conducir a la humildad, no a la arrogancia, afirma Nora. Un camino posible para ello, es desde su perspectiva, recuperar el carácter vocacional de la medicina y la enfermería, dimensión que parece haberse debilitado en la actualidad.

Nora sonrío casi siempre al hablar. Está encantada y encanta con sus palabras. Afirma haber aprendido mucho en su trabajo y en su trayecto vital. Se considera una privilegiada al poder trabajar en lo que le gusta e interesa y tiene el convencimiento que es lo que hará mientras tenga las fuerzas necesarias para ello.

Silvia Bonino



El valor de la voluntad infinita

Nacer y vivir en Puntas de Manga

Silvia se emociona al recopilar su historia porque nada *ha sido fácil*. Al mismo tiempo siente un orgullo sano por todo lo logrado en su trayecto vital como resultado de sus innumerables batallas.

Nació hace cincuenta años en Puntas de Mangas, el barrio en el cual ha vivido desde entonces. Hace ocho años que tiene la peluquería en Belloni e Instrucciones y vive a cinco cuadras de allí. Se define como generosa.

Su madre vino de muy pequeña de Minas. Concurrió hasta cuarto año de escuela rural. Le gustaba estudiar, recuerda Silvia, pero *no tuvo oportunidad*, ya que su familia se vino a Montevideo a trabajar.

Su padre, que siempre vivió en Montevideo, llegó de muy joven al barrio. Se instalaron en la zona en la década del cincuenta. Eran tiempos en los cuales se iniciaba el fraccionamiento de terrenos que llegaron a alcanzar extensiones de más de mil metros.

La madre de Silvia bordaba. Relata que siempre estaba ayudando a los demás, *era muy espiritual*. En ella Silvia reconoce a quién le delegó *esto de lo social* y si bien se identifica como su sostén y quién portaba el carácter fuerte y la que incitaba *el vamos arriba, no te me quedes*, recuerda a su madre como la persona que le enseñó a *no ser egoísta, compartir las cosas, ayudar al otro, brindarte*.

Su padre trabajó como obrero textil hasta mediados de los años sesenta cuando las huelgas del sector lo llevarían a instalar un almacén. Ambos se jubilarían como comerciantes, al almacén le sucedería un bar y finalmente un quiosco, cuando su padre ya estaba muy afectado por el reuma.

El bar, que funcionó durante el período escolar de Silvia, resultó ser el ámbito que le ayudó a entender lo que es una adicción.

Todos los clientes unos borrachos, o sea, gracias a dios que nunca me pasó nada pero el verlos, el observarlos, escucharlos, verlos entrar y verlos salir, el ver venir a los hijos a buscarlos, las mujeres ¿me entendés?

Cuando Silvia se encontraba cursando el último año escolar, recuerda que se hizo visible la crisis económica de sus padres. Su padre, *era muy de dar fiado*, y esa práctica, traería consigo dificultades que se prolongarían en el tiempo. Inició el liceo en un colegio privado de la zona, pero solo concluiría el primer año. El pago de la cuota se volvió imposible, así como abonar el transporte que la pudiera trasladar al liceo 13, en el Hipódromo. *Entonces adiós Silvia de estudiar*, y más allá de su interés, la vida la llevará *por otro lado*.

Cuando cumplió los quince años su madre le definiría el camino a seguir, “no tenés que depender de ningún hombre” “tenés que valerte por ti misma”, recuerda Silvia que le decía y me metió de cabeza en la UTU a hacer peluquería, y de ahí nunca más zafé de mi profesión Fue algo que me gustó, sí, que me gustó, y con buenas profesoras.

Mientras tanto se sucedía la dictadura.

Nos marcó la dictadura, tenemos muchas cicatrices de ese época reflexiona Silvia al recordar a un tío comunista, preso durante ocho años, la persecución a sus tías y a su madre y los allanamientos. Estábamos todos bajo vigilancia, agrega.

Todavía recuerda el examen de moral y cívica en el liceo cuando le preguntaron sobre la función de la cárcel y tuvo que decir que las cárceles eran establecimientos de reclusión que corregían la conducta de los desviados. *No pude terminar de contestar, no pude seguir, no pude seguir porque yo no podía decir una cosa que no era, porque yo sabía que no era.*

Silvia entiende que sobrevivió a los males de la época y de su entorno construyéndose una burbuja que le permitía al mismo tiempo, vivir y no vivir lo que acontecía en su proximidad. Recuerda haber desarrollado una especie de bloqueo a las dificultades que le hacía vivir un presente continuo.

Los padres de Silvia fallecieron hace unos años. Fueron mi pilar, concluye, a la vez que relata tener un hermano, que reside fuera del país desde hace ya varios años, con quien no tuvo afinidad desde que eran niños: *es como que somos dos hermanos solos.*

Silvia tiene dos hijos de veintiocho y veintiséis años y dos nietos de cuatro y dos años. Todos varones.

Las niñas están negadas, afirma sonriendo, yo creo que tengo un problema con el tema, no con las mujeres, reconozco todo el potencial que tenemos, pero nuestra sociedad está muy en deuda con las mujeres, muy en deuda con las mujeres, entonces no quiero que una mujer venga a sufrir. Las clientas me preguntan “¿pero nunca te hubiese gustado tener?” No, mirá, menstruamos desde chiquitas, nos duelen los ovarios, nos embarazamos, nos dejan los maridos, tenemos que seguir con los hijos.

Su hijo mayor ha realizado varios estudios técnicos en relación al dibujo, la electromecánica y la neumática y su hijo menor se desempeña como guardavidas y está próximo a culminar el profesorado de educación física. Cuando tenían cinco y tres años, Silvia se separó del padre de sus hijos, quién fallecería hace dos años, luego de un periplo vital absolutamente desafortunado. Su alcoholismo habría precipitado la separación.

Desde hace dieciséis años Silvia convive con su actual pareja, un trabajador de múltiples saberes, *autodidacta*. Destaca el respeto que él le tiene a la mujer en sí y a ella en particular. En este sentido, Silvia sabe que él prefiere verla *acurruchada en su casa*, pero la entiende y la respeta: *él de repente me dice “vos sos muy...” cómo dice, hay una palabra que me identifica, no me sale, pero como solidaria, y sí porque es así, y él también ha cambiado, hemos cambiado los dos ¿no? La pareja.*

Con él, Silvia comparte la vida cotidiana, llegar a su casa al final del día de trabajo y cocinar. *La convivencia es el disfrute de la pareja*, afirma. El domingo es su día de descanso y lo comparten, *tengo un re compañero, la verdad que la vida yo creo que me premió.*

Trabajar y enseñar

A los 17 años Silvia ya había finalizado el curso de peluquería en la UTU. *Fueron años de un sacrificio total, total, recuerda, tenés que comprarte todo, boletos, pagarte los modelos, tenés que pagarte todo, te dicen diez tintas, quince decoloraciones, y tenés que pagarle a la gente, bueno, no sé como lo hice, porque me fijo metas y las hago, no tengo miedo.*

Silvia reconoce haber tenido buenas profesoras. Una de ellas que vivía en Carrasco le informó de una peluquería en Carrasco que necesitaba personal. Tenía una enorme necesidad de trabajar y es ese sería su primer empleo durante tres años.

Todavía recuerda sus primeros días de trabajo como *todo un sacrificio, no tenía ni ropa para ponerme para ir a Carrasco*. Pero allá iría Silvia con sus sandalias *hippies* de suela de goma y tiritas de cuero y una solera de vestir.

El relato de una situación con una cliente, esposa de militar, le resulta útil a Silvia para explicar cómo era tratada allí y el sufrimiento que experimentó durante ese período: *le estaba cortando el pelo y en cierto momento me mira y me dice si me llegás a dejar el pelo mal le digo a mi esposo que venga y te saque encapuchada de acá adentro. Silvia recuerda aún hoy su respuesta: usted sabe que para mí sería una experiencia novedosa porque hasta el momento nunca me han encapuchado.*

Otra cliente, que resultó ser la subdirectora del Centro de Capacitación y Producción (CECAP), le ofrecerá a Silvia la posibilidad de trabajar como instructora de peluquería en dicho Centro. Llegó a trabajar catorce años allí. La trasmisión de su oficio, el *formar gente para trabajar* y la relación con los adolescentes le *alegraron la vida*. Reconoce además que en este trabajo tuvo mucha oportunidad de capacitarse. Con el pasar de los años Silvia ya tendría a sus dos hijos y una vez separada, optó por priorizar su crianza, tomó un incentivo económico que el Centro otorgaba a los funcionarios que

quisieran retirarse, terminó su casa e instaló en ella la peluquería.

Había que pagar la olla y todas las cuestiones, salud, educación y todo se tipo de cosas, y estar siempre contenta porque la gente no tiene por qué saber...

Hoy, con la peluquería instalada en Belloni casi Instrucciones, Silvia trabaja de martes a sábados de nueve a diecinueve horas. *Yo ya le llamo el templo, el templo de Silvia*, afirma entre risas.

Por allí pasan muchos con sus historias a cuestas. *Por eso tengo que irme a las Termas dos por tres*, agrega sin dejar de sonreír. Además, hace unos años se sometió a una terapia con Flores de Bach y actualmente ha recurrido a la acupuntura. Afirma que le ayuda a *serenarse*.

Pero si de sostenes se trata, Silvia no duda en reconocer y agradecer en su amiga Mabel a uno de los acompañamientos más relevantes y significativos con los que ha contado y cuenta. Se muestra también agradecida con los aprendizajes que ha podido incorporar a lo largo de su pasaje por los diferentes ámbitos de participación comunitaria y de las personas que a ello han contribuido, como es el caso de la trabajadora social Rossana Bonora, con quién afirma *haber aprendido mucho en todos estos años*.

Participar para no acostumbrarse

Durante el año 2010, muchos jóvenes comenzaron a ubicarse en las puertas de los comercios que se encuentran en el entorno de la peluquería. Abordaban a los vecinos pidiéndoles dinero o algo para comer. Silvia decide hablar con los vecinos y los interpela para la búsqueda de soluciones *bueno, a ver ¿qué hacemos con el susto? Tenemos que hacer algo*. Inician una recorrida por los Ministerios; será el del Interior el que responderá a sus inquietudes y se conformará una Mesa de seguridad y convivencia en el barrio. Miguel Mariño, el coordinador de las mesas locales por el Ministerio del Interior les brindará un *apoyo incondicional* y contribuirá a su ins-

talación en Puntas de Manga. *No hemos parado de trabajar*, afirma Silvia, aunque reconoce que la tarea que realizan es muy costosa y difícil, dado el momento histórico de apatía y desconfianza que se observa a nivel social.

No obstante, el impacto positivo de las acciones implementadas se hizo visible. Silvia relata que se pudo ordenar el funcionamiento de los comercios y el tránsito de los vecinos. La concentración de jóvenes se redujo significativamente y se abordó el tema de la relación de la policía con los más jóvenes. Silvia observa que la policía que actúa en el barrio ha dado múltiples evidencias de muy mala preparación y escasa voluntad para su tarea, aspectos que contribuyen a su desprestigio. Señala una particular preocupación en relación a las formas de atención que se desarrollan en la seccional, caracterizadas, la mayor parte de las veces, por un trato que califica de *inhumano*. No obstante reconoce que actualmente se vienen observando señales de mejora.

La presencia de un joven durmiendo en la calle, forzaría nuevamente a Silvia a actuar como *locataria, mujer, madre y vecina*.

Yo no me puedo acostumbrar a ver a un joven de 18 años de mi barrio durmiendo en la calle, algo tenemos que hacer.

Ricardo, de dieciocho años vivía en la parada de ómnibus que está ubicada a pocos metros de la peluquería, frente a la estación de servicio. Silvia se contactaría con él, le ofrecería calentar comida o tomar leche caliente en un espacio que acondicionaría al fondo de su peluquería para tal fin.

Yo siempre digo que la alimentación es básico en cualquier ser humano, afirma Silvia *porque por más que vos te drogues hasta acá si vos estás bien alimentado es una cosa y el cuerpo responde de una manera y si no estás bien alimentado responde de otra, los daños son diferentes, a mi no me lo discute nadie eso viste, y la capacidad de reposición del ser humano es diferente.*

Contactará al MIDES, con el propósito de coordinar la ida de Ricardo a un refugio pero la negativa del joven para trasladarse a algún lugar fue contundente. En ese momento se instaló Aleros en la zona y con su colaboración y en coordinación con Silvia se lograrían establecer algunos nexos con la familia de Ricardo, ubicándose una abuela y un tío. Con este último el joven pasaría luego a convivir. Ricardo ha tenido sus procesos positivos y también sus derrumbamientos. Silvia no deja de reiterar que la soledad de Ricardo le resulta abrumadora. En esto *estamos en deuda*, reflexiona Silvia, por eso aspira a que existan *equipos multi disciplinarios y de apoyo constante* para jóvenes como Ricardo, *lo que aspiro como uruguay, con esa sociedad solidaria que queremos construir y con todas esas cosas así, hay que tender muchas más redes, muchos más programas sociales, eso tiene que estar ya dentro de un programa ese chiquilín, que venga una asistente social a la casa, que lo persiga, que lo sostenga, un médico de familia.*

La participación de Silvia a nivel barrial se extiende además a la Coordinación de las Mesas Locales de Convivencia y a la Comisión de Medio Ambiente. Hace ya diez años que esta comisión persigue el propósito, aún no alcanzado, de que se realicen las obras de saneamiento en el barrio.

Afirma con vehemencia que está convencida de lo que hace y de la necesidad de *comprometerse*, aunque afirma entre risas que son pocos los comprometidos. No duda en agregar que *a veces somos hipócritas, insensibles, inconscientes, no tomamos conciencia de las cosas entonces ver el problema en el otro es más fácil que verlo en uno mismo.*

De adicciones y acciones

Silvia afirma percibir que las adicciones están muy instaladas en la vida social, aunque no siempre se quieran ver y reconocer. Considera que a ello contribuye la *soledad* del ser humano, la *soledad espiritual*, la *soledad que no permite creer en nada*, *fijarse una meta* *Yo veo al ser humano muy vacío*, reflexiona, *muy vacío en su contenido y a la sociedad muy sola, una suma de individualidades que andan.*

El alcohol es la adicción más visible expresa Silvia, aunque entiende que la gente no lo ve así, porque es una cuestión permitida legalmente y con la que se ha convivido por generaciones. En el entorno de la peluquería funcionan tres cantinas *Le digo yo a la gente ¿qué es esto? Criticamos a los chiquilines que van a la boca de pasta base y por qué no criticamos a los borrachos que salen de ahí enfrente. ¿Cuál es la diferencia?*

Considera que esta perspectiva también es la que termina estigmatizando a los jóvenes, desde posiciones adultas que califica de *criminales y totalmente injustas.*

Habitar el barrio también le supone a Silvia convivir con quiénes consumen y con quiénes comercializan las drogas. Manifiesta no haber tenido problemas de relacionamiento ni con unos ni con otros. Piensa que quienes comercializan tienen los *mensajes claros*, y saben que ella no está en contra de ellos, *yo no los quiero matar, porque matar no soluciona el problema; lo mío es una cuestión de vida.* El mensaje en ese sentido es claro: *yo te respeto y vos respetame.*

Silvia tampoco duda al momento de tener que enfrentar situaciones con jóvenes del barrio que en circunstancias de mucho consumo han afectado la convivencia. Recuerda que una vez vino *uno de los chiquilines, vino desquiciado acá al contenedor y sacaba y tiraba los residuos, mide dos metros ¿no? Entonces salgo y le digo fulano, hacé la tuya, sacá lo que precisés pero no ensucies porque esto lo tengo que barrer yo y otro señor mas, esto lo tenemos acá los ve-*

cinos porque queremos tener limpio el barrio, usá lo que necesites pero no dejes nada tirado.

La vida en el barrio, parecería requerirle a Silvia tener que lidiar permanentemente con situaciones que le requieren confrontar con otros, intercambiar, dar batalla. Es, en este sentido, una hacedora de convivencia incansable.

La vinculación en el territorio con el programa Aleros se ha dado con naturalidad. No obstante Silvia considera que hay muchos aspectos a reflexionar, ya que si bien *han hecho mucho*, la modalidad de intervención que se desarrolla parecería abordar de manera directa pero superficial las situaciones de consumo problemático.

Yo lo que veo es que hay que profundizar los programas sociales, no sé si Aleros los tiene que profundizar, alguien los tiene que profundizar. Fue muy bueno, o sea, abordaron el territorio ta ta ta pum pum pum, pero no sé si es una condición uruguaya de llegar hasta ahí como “a mí eso no me compete, eso lo tiene que hacer otro” ¿y quién es el otro? Me pregunto yo, dónde está el otro que hace lo que yo no tengo que hacer.

Silvia vincula esta dificultad a las variabilidades que se han ido sucediendo en la conformación del equipo de Aleros que, desde su perspectiva, ha afectado la continuidad y profundidad del trabajo. También con igual sentido, menciona una situación de conflictividad en el programa por el no pago de los salarios que produjo la interrupción de la presencia del equipo en el territorio y en los días de atención en la policlínica. En este sentido, le preocupa el impacto de este cuadro de situación del programa sobre los usuarios: *yo que llego con la desesperación tremenda, me armé de tremenda voluntad para ir a la policlínica para que me vean, que voy a entrar a ALEROS que es para adicciones, porque vos también tenés que pensar todo eso, y el equipo no viene hoy, yo me voy y no vengo nunca más.*

Relata Silvia que los más jóvenes del barrio consumen mayoritariamente pasta base, alcohol y marihuana. Actualmente percibe *cierto consumo de lo que venga, o sea no tengo y me tengo que frenar con algo, ese es el deterioro*. Los consumidores que se hacen *visibles*, precisa Silvia, se reúnen en pequeños grupos, en la baranda de algún comercio, en la rotonda y en la plaza del barrio.

Silvia enfatiza la necesidad de que los abordajes con la población más joven en situación de consumo problemático se produzcan en el territorio, con la mayor proximidad y naturalidad posible. En alguna ocasión se ha apelado al Portal Amarillo y a la policlínica del Hospital Maciel, pero Silvia defiende cierta estrategia de *cuerpo a cuerpo* con los sujetos y de desarrollo de redes de apoyo, próximas y continuas, que desde su experiencia han dado buenos resultados. Múltiples historias que relata con detalle lo confirman. Insiste en la necesidad de estar y estar disponible para cuidar y encarar. De esto se trata, reafirma, aunque se le denomine *reducción del daño* o con cualquier otro término que pueda *inventarse*.

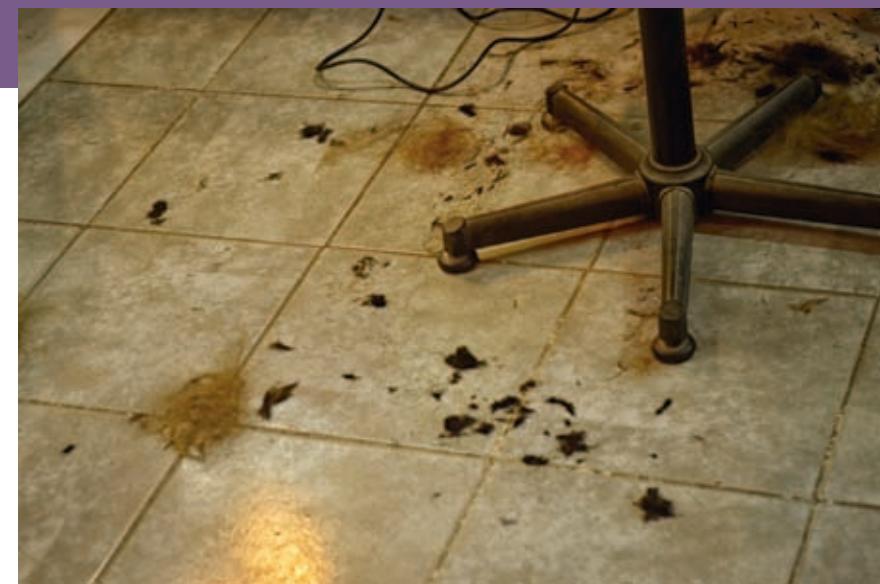
Para mí lo básico es alimento, refugio y el abrigo, eso es lo básico del ser humano, cuando vos lees la historia y siempre han habido problemas y siempre ha habido adicciones ¿no? Yo a lo que apuesto es a que un día digamos, seamos honestos y decir encaremos esto pero encaremos ¿me entendés?

La misión de Silvia

Silvia considera que heredó de su padre la fuerza concreta y de su madre la espiritualidad. Una vez hizo una consulta a las cartas mayas y se confirmó no solo su espiritualidad y su férrea voluntad, sino que también se clarificó su misión en un momento donde la *situación del humano está muy jodida*. *Siempre estoy dando para adelante ¿me entendés?* Se enorgullece de poder ver las cosas en positivo. *Hay que seguir, hay que seguir, reitera y de lo malo sacar lo bueno y seguir adelante*.

La falta de voluntad en el ser humano no la desanima pero la desconcierta. Algunas veces ha intentado desentenderse de lo que pasa en su entorno, pero no lo ha podido sostener, comienza a sentirse mal y no logra apartarse de los otros y sus historias.

Reconoce que involucrarse y ayudar a otros *le da energía*. *No podemos seguir sordos, no podemos seguir ciegos, no podemos seguir mirando para el costado ¿entendés?*



Tania Borges



Desde o luxo hasta o lixo (y viceversa)

Tania nació hace 52 años en un pueblo pequeño, llamado San Francisco de Assis, en Río Grande del Sur, Brasil. Es artista, no sólo como profesión, sino de su propia existencia. Llegó a Uruguay hace 8 años, luego de una larga y tumultuosa vida en su país. Hoy vive en Montevideo con su hijo menor y su marido uruguayo. En Brasil permanecen su madre, sus hermanos, y sus dos hijos mayores.

Habla en *portuñol*, con un tono que le imprime un color muy especial a sus palabras.

Los inicios

Tania creció en una familia acomodada, con muchos hermanos, biológicos y de crianza, en una casa muy grande, donde la siesta para su padre era religión. Mientras él descansaba la madre los entretenía con historias de como habían nacido sus hijos y en esos cuentos Tania venía al mundo *como un ángel al revés, una divinidad infantil sin ningún pariente celestial*. Era en un día del mes de mayo y entró por la ventana del baño colgada en un simple trapito blanco en el pico de una cigüeña.

Entonces hoy viviendo la intensa maravilla del medio siglo, me sigo presentando como aquella divinidad que llegó al mundo cargada por aquel lindo pájaro de pico largo y grandes alas, idea lúdica y limpia.

Su padre, constituía una figura venerada por Tania, tenían un vínculo especial, de amor incondicional.

Él me amaba tanto, tanto, que me dejaba.... Me dejaba vivir, me dejaba experimentar.

Las palabras del padre de Tania eran sentencias, tanto en su trabajo, como con su hija. Decía la verdad, la más descarnada y a la vez dulce, la más profunda de todas. Así lo veía Tania y así lo sigue viendo. Él se imponía sólo con su presencia. Al mirarla, Tania ya se sentía invadida por su juicio. Su muerte fue extremadamente dolorosa para ella, aunque hoy lo recuerda con palabras rebosantes de amor y sonrisas mezcladas con ojos húmedos. A su madre la recuerda como una mujer muy alegre y dinámica. Tiene la imagen clara del vaso de cerveza en el freezer que su madre siempre tenía listo, aunque nunca llegaba a beber hasta perder el control. Actualmente vive con su hijo menor, en Brasil y tiene Alzheimer desde hace 14 años.

Aunque la relación con su padre era de amor y respeto profundos, eso no significó que Tania no tuviera por años, conductas que su pa-

dre no aprobaba, o que iban en contra de lo que él esperaba de ella.

El vínculo con las drogas fue uno de los aspectos que generó más conflictos en la relación de Tania con su familia. Y es una parte muy importante de su relato. En el pasado como usuaria problemática; en la actualidad, como una agente comunitaria, que dedica su vida a trabajar con personas en situación de dependencia a las drogas, y con múltiples vulnerabilidades asociadas.

La experimentación con diferentes sustancias comenzó en la vida de Tania siendo ella muy pequeña.

Siempre buscando sensaciones, yo percibí que eso fue así desde muy chiquita. La primera sobredosis, si analizamos eso, yo tenía 4 años. Mi madre limpiando un armario donde guardaba los remedios de mi abuela que vivía con nosotros y yo con un vestidito de broderie color rosa, no me olvido nunca, lleno de puntillas, ella me vestía muy coqueta. Ella limpiaba y tiraba acá y yo, subida en un banquito, fui experimentando. Ella no vio que yo experimentaba. Y al rato caí. Entonces, ahí fue la primera sobredosis de mi vida.

Fue muy difícil para Tania el salir al mundo, llegar a la adolescencia y experimentar ser tratada no ya como una divinidad, sino como una adolescente humana.

La familia de Tania, tenía un lugar destacado en la sociedad local, su padre era una figura pública, respetada. En San Francisco, cuando las chicas cumplían 15 años, eran presentadas en sociedad, en un baile en el que lo que tradicionalmente se esperaba de una mujer de esa edad se desplegaba: vestidas como princesas, peinadas y maquilladas, mostraban que eran buenos partidos para los varones de su misma clase. Tania no se adscribía a ese modelo, a ella le gustaba *andar natural, jugando fútbol*. Sin embargo, pocos días antes de la fiesta decidió ir, porque una compañera la convenció.

Así, con el espíritu rebelde que la acompañó siempre, se presentó en el baile desnuda, después de haber fumado marihuana y tomado vino durante horas con un amigo que había conocido en Fortaleza en el verano, un *maluco*, que había ido a visitarla.

Corrieron para envolverla con un mantel y tapar su desnudez, su padre llamó a una ambulancia y pasó a vivir su primer internación, durante 28 días, en un hospital psiquiátrico.

Cuando salió del hospital, *parecía una planta, llena de pastillas*. Tiempo después empezó a mezclarlas con alcohol. Una amiga que vino de la capital, la convenció para dejarlas y volver a la marihuana.

Pasó después a consumir otras sustancias. A los diecisiete años abandonó los estudios, que terminó de grande, estando ya limpia.

Un año después tuvo tres paros cardíacos como consecuencia de inyectarse té de floripón en el baño de su casa. Recobró la conciencia quince días después, internada en Porto Alegre. Tras ese episodio, pasó 9 meses internada en una clínica privada. En los últimos tiempos de la internación, se escapaba en las noches con algunos de sus compañeros, para ir de fiesta y consumir.

Allí conoció la cocaína, con la que tuvo inmediatamente un enamoramiento que la hizo dejar la marihuana y sólo dedicarse a ella.

Vivir y morir en Porto Alegre

Tras la internación, se quedó viviendo en la ciudad capital. Allí, profundizó ese vínculo con la cocaína, pasando luego de un tiempo a usarla intravenosa.

Ahí fue horrible, porque fue una internación tras otra. Desaparecía, mis padres tenían que ir a buscarme por los lugares y me llevaban a las clínicas.

En todas sus internaciones para rehabilitarse, su padre siempre estuvo junto a ella. Pero, a pesar que salía algo mejor tras esos pe-

ríodos de internación, después recaía y su dependencia se volvía cada vez más profunda. En ninguno de esos períodos hizo el click necesario para cortar con el consumo definitivamente.

En esos años, a veces trabajaba, pero no era importante para ella mantener los empleos. Cuando tenía ganas de viajar, los dejaba, porque sabía que dinero no le iba a faltar: su padre siempre estaba ahí para darle apoyo económico.

Yo pienso que las situaciones en la vida de uno, son herramientas para que uno ejercite valores que no se compran: humildad, paciencia, amor incondicional, respeto...

En una ocasión, en una visita a la casa de sus padres, estaba en la cocina junto con su hermano, en la madrugada. Él había bajado a buscar una cerveza fría, mientras ella preparaba la cocaína que iban a consumir. Su padre se levantó sin que ella lo oyera y la encontró en esa situación.

Él se sentó, delante de mí. Y yo con vergüenza, él me hacía intimidar sólo con su presencia. Se sentó y me quedó mirando. Ahí él agarró un billete de un real y el plato. Y no me dijo nada. Tomó y me devolvió, y no me dijo nada. Y ahí yo comencé a entrar en pánico, ¡porque él no me dijo nada! Se levantó, y se fue a acostar. Yo fui corriendo a contarle a mi hermano, que me decía que estaba loca, que estaba mintiendo. Ta, consumimos todo, limpiamos y salimos. Salí, pero nunca más me quedé en paz. Durante tres días, mi padre no me habló, no se enojó, no hizo nada. En el tercer día, que yo ya me estaba por ir, él comió, durmió su siesta, se levantó, y me dijo: 'Yo quiero hablar con vos ahora'. Ahí él se sentó y me dijo así, exactamente así: 'Mirá, mi hija, -minha filha, él decía así-, tú te debés estar preguntando el por qué de mi actitud, ¿no? Yo te voy a responder ahora. Yo no puedo decir que me gusta la lechuga, si nunca comí lechuga en la vida. ¿Cómo voy a hablar contigo de eso, si no conozco? Lo que hice, no me dio para conocer, pero yo te digo una cosa: no sos inteligente. Y es lamentable, porque tenés todo para serlo.

Yo intenté hacerte aprender. En la vida, sólo se aprende de tres maneras: por el amor, por la sabiduría y por el dolor. Por el amor, vos no quisiste, no te sirve. Sabía, no sos... Va a doler... Y cuando duela, yo voy a estar acá, siempre.' Eso fue lo que hizo ese hombre.

Tania, tal como dijo su padre, tuvo épocas muy complicadas y de extremo sufrimiento durante su vida en Porto Alegre. Fue perdiendo todo por el consumo, su departamento estaba vacío porque ella había vendido todo. Se quedó con *una heladera, un colchón y dos niños.*

Sobre el final de su época de consumidora, los viajes que tenía eran horribles, *una paranoia bárbara. Yo me quedaba ocho horas, mirando el agujero de la puerta y pensando 'Van a venir, van a venir'. Y me preguntaba '¿Quién va a venir?', ¡y no sabía quién! Yo tenía miedo, pánico. Ya en los últimos tiempos, no salía más.*

Un episodio que considera muy importante para hacer el click necesario para dejar de consumir, se dio en un bar al que iba siempre a escribir y beber, sola, durante horas y horas en la madrugada. La señora de la limpieza era nueva, y cuando la vio fue a avisarle al dueño del bar que había una persona todavía. Él, que veía a Tania seguido por allí le respondió: 'Dejala, está loca'. Eso la conmocionó, porque ella no se sentía loca, ni creía dar esa imagen a los demás, hasta que en ese momento, la verdad desnuda se le presentó

Este hecho, que parece nimio -después de llegar a vivir en la calle y mendigar para comer- determinó que saliera del bar y fuera a pedir ayuda a su hermana mayor, que vivía cerca. Ella aceptó ayudarla. Sus primeras medidas fueron darle trabajo como empleada doméstica en su casa y pedirle al padre de ambas que no le enviara más dinero a Tania. Considera que el tratamiento estricto que le propinó su hermana fue la forma que la ayudó a salir y le estará eternamente agradecida.

A pesar de buscar y lograr estar mejor, pasó momentos muy difíciles. Llevar adelante la abstinencia y ocuparse de sus dos hijos, fue una lucha gigantesca.

Trabajó como empleada doméstica en varias casas durante el día, como digitadora en una fundación durante las noches y los fines de semana trabajaba en su taller restaurando muebles o haciendo mosaicos. De esta forma logró auto sustentarse, sin tener que depender de nadie.

Cuando comenzó a estar limpia, escribía cartas a su padre, que continuaba viviendo en San Francisco. *Eran como poemas, como cuentos de nuestra vida, y en una de esas cartas yo le pedí perdón, porque yo no entendía la forma en que él me amaba.*

Su vida fue mejorando, fue curando sus heridas, pero otros problemas fueron apareciendo, como la rebeldía y la rabia acumulada en su hijo mayor, que se dirigían fundamentalmente hacia ella, pasándole factura por todo lo que había vivido en su infancia con una madre consumidora.

Su encuentro con el amor y el trabajo con usuarios problemáticos de drogas

Uno, cuando deja de consumir, quiere arreglar las cosas ¿no? Quería arreglar las cosas, en una ansiedad. 'Yo quiero tener una relación sana, normal' y dejar de tener los vínculos que tenía antes. Y ahí uno va con esa ansiedad y no sabe cómo hacer y acaba, mismo sin consumir, repitiendo los errores, esperando un resultado diferente. Cuando uno viene de una historia de consumo tú pierdes todo, no sabes cómo hacer, ya no sientes incluso.

Luego, se empieza a aprender cómo relacionarse y a identificar lo que es el amor y diferenciarlo de la necesidad de cubrir una falta. Cuando conoció a su actual marido, Tania ya estaba transitando esa etapa.

Ambos se encontraron en una convención en Brasil. Cuando lo vio, se interesó en él, le vio *un aire al Che Guevara*. Enseguida se pusieron a conversar y parecía que se conocían desde antes. Pasaron unos meses escribiéndose, ella en Porto Alegre y él en Montevideo. Cuando tenían vacaciones, viajaban para estar juntos. Dos años después, quedó embarazada. Nació el hijo y continuaron viviendo separados, hasta que en 2006 se casaron y Tania se vino a vivir a Uruguay, a la casa de su suegra. Fueron construyendo su casa en una Cooperativa de viviendas, donde viven actualmente.

Mudarse a Uruguay fue una decisión difícil, porque implicó separarse de sus dos hijos mayores. Su hija ya trabajaba y vivía con su novio y su suegra, pero su hijo era dependiente de ella. Pasó tiempo tratando de *salvarlo*, pero llegó un momento en el que vio que era necesario soltarlo y dejarlo que enfrentara su vida y su realidad. Él, en la terminal, la amenazó con terminar con su vida, pero ella decidió viajar a Uruguay de cualquier manera

¡Fue la mejor cosa que hice en mi vida!, la mejor.

Después de la partida de Tania, su hijo comenzó a trabajar y estudiar, se hizo cargo de su vida. Tania aplicó lo que le había enseñado su padre: si él no podía aprender por el amor, iba a tener que hacerlo a través del dolor.

Su primer trabajo en Uruguay fue de niñera. Más adelante, trabajó como iluminadora de algunas bandas de rock. Esa profesión ya la había desarrollado en Porto Alegre, trabajando en pubs y casas de espectáculos, junto a su profesor.

Más adelante, en 2010, trabajó en la decoración de carros de carnaval, para la intendencia de Montevideo. Cuando le renuevan el contrato, la destinan a dar talleres en la Policlínica Casavalle, para familiares de usuarios problemáticos de drogas.

Sin buscarlo, yo caí en eso. Ese fue mi primer contacto con gente como yo. Trabajar con familiares de personas como yo.

A partir de esa experiencia se dio cuenta que eso era lo que le gustaba hacer, y que era lo que quería seguir haciendo en su vida. En esa experiencia hizo un taller de mosaicos, que culminó en una exposición.

En el siguiente contrato que firmó con la Intendencia, el trabajo ya fue directamente con consumidores, en El Achique.

A través de la psicóloga del dispositivo, accedió a su primera capacitación en Trabajo comunitario con usuarios problemáticos de drogas, brindada por el Mides y la Junta Nacional de Drogas. Continuó, desde ese momento, capacitándose constantemente.

En el 2013 desarrolló en Carrasco Norte un taller llamado Expresarte, en el que las participantes se expresaban a través de la danza, el teatro y la plástica. En la muestra de fin de año, los que participaban del taller representaron una pequeña obra, escrita por Tania.

Fue espectacular. Algunos me dicen 'Trabajás, trabajás y no recibís nada'. Yo recibo cosas que el dinero no compra.

Al año siguiente, no realizó el taller por falta de financiación.

Hacer para no hacer, no quiero. Yo quiero hacer y que salga un producto. No así, 'estoy ahí, dando un tallercito', no.

La intervención actual

Tania trabaja actualmente en el Punto de Encuentro Malvín Norte y en el Centro de Escucha e Inclusión social, en ambos lugares de manera voluntaria.

El trabajo en forma voluntaria, le permite desarrollar otros aspectos del vínculo con los usuarios problemáticos, sin sentir ni exigirse

terminar el proceso con un producto material, que insume mucho tiempo y dinero.

Tanto las enseñanzas que recibió a través de su padre, como sus propias vivencias de situaciones muy extremas, hacen que Tania pueda desarrollar una empatía y logre comprender en profundidad la subjetividad de las personas con que trabaja en el Punto de Encuentro y en el Centro de Escucha. Ella se para en la idea de que es necesario conocer para poder opinar y desde allí desarrolla su práctica. Le gustaría complementar su saber estudiando Psicología social, para ampliar y dar aval al conocimiento que ya posee.

Hay gente que estudió, que tiene mucho conocimiento de libros, conocimiento técnico, de Facultad -que no digo que no sea necesario, a mí me gustaría tenerlo-. Y yo veo que son técnicos, especializados, pero falta algo.. Parece que falta una pata ahí. Por ejemplo, ahora trabajamos en Malvín Norte con gente que vive en la calle. Vive en la calle porque estuvieron institucionalizados un montón de veces, presos, la mayoría mujeres presas que salieron de la cárcel. Durante toda la semana ellas se quedan en la calle pasando por el abuso, por la violencia, por la drogadicción, ¡por todo! No existe planificar lo que se va a hacer en esas horas que estamos con ellas. Como pasó, una vino llorando, 'Yo quiero hablar, ¿podés escucharme?'. Y agarraba mis manos desesperada. '¿Me abrazás? Estoy sucia' '¡Sí!' Una vez por semana, yo tengo que ir ahí, y dar lo que están precisando.

Por esta razón, Tania considera que es necesario intervenir varias veces en la semana. En esas circunstancias, es posible generar una forma de trabajo que permita, por ejemplo, tener talleres de artesanías o expresión plástica, junto con otras instancias de encuentro y sostén.

Yo trabajo por amor al ser humano y al arte.

Cree que las personas no están en este mundo sin motivo, sino que existe una misión, algo para dejar a los demás. Tiene claro que podría no estar viva hoy, porque *hice todo lo posible para no estar*, por lo que cree que su existencia tiene un fin, y debe devolver todo lo que aprendió.

Me fascina hablar con ellos, me fascina escucharlos. Yo nunca me escuché a mí, yo nunca me observé durante el consumo.

El acompañamiento es una parte central de su trabajo, escuchar, apoyar tras las recaídas, lo que significa casi empezar de nuevo cada vez.

Voy a acompañar a un usuario que está yendo a capacitarse para trabajar en OSE y tuvo una recaída y dejó de ir durante una semana. Entonces el viernes cuando fui, hablé con él y quedamos en que lo acompañaba de nuevo, porque yo tengo los boletos, pero no puedo dárselos, porque los usa para consumir. Entonces yo lo acompañé en los primeros tiempos. Voy allá, él está ahí acostado adelante, abro, él se lava, se limpia ahí en la pileta, se pone ropa limpia, porque tenemos también como un placard, para que se cambien, para ir a las entrevistas, porque ellos viven en la calle. Él redujo su consumo, dejó de consumir pasta, estuvo dos meses sin consumir pasta, fumando marihuana y a veces se toma un vino. '¿Pero vos no te estás empedando todos los días?' 'No' 'Bien'. Y ta, tú percibes la evolución.

La idea de su trabajo no es que dejen de consumir toda sustancia, sino que logren administrar el vínculo con ellas. Pero Tania tiene claro que no se puede administrar el uso de pasta base ni de cocaína: *No existe, es sueño eso.*

Respeto y tiene en cuenta siempre los conocimientos de los usuarios, que considera los más genuinos.

Ellos saben mucho más sobre el consumo que estudiosos, científicos. El cientista está bien, estudió, pero si él nunca consumió, no va a poder describir exactamente la sensación, de consumir y de no consumir, el síndrome... Porque la sensación no se explica ¡se siente!

Un aspecto central que Tania destaca para evitar volver a consumir es el aprender a soportar y conocer las emociones. La búsqueda de aliviar las sensaciones negativas, la tristeza, lleva al consumo, por eso considera que es necesario aprender a vivirlas, comprenderlas y sentir que son parte de la vida.

El dolor hace parte, soy un ser vivo, siento, siento alegría y siento dolor también.

En el intercambio de saberes, de experiencias y de sentimientos, en el apoyo y la comprensión, en la discusión de ideas y el ponerse en el lugar del otro, en estar para sostener, en no sentir miedo ni rechazo al diferente, están la potencia del trabajo comunitario. *Estoy re segura que es por ahí.*

El hoy

Uno de los mayores miedos que tenía Tania, era que si dejaba de consumir, se iba a convertir en una señora aburrida, dedicada al hogar, sin vuelo. *Yo tenía miedo de perder el rock and roll.*

De a poco, fue perdiendo ese temor, y permitiéndose desarrollar hábitos que antes le parecían *de vieja*. Hoy cocina tortas y postres, hace dulces y mantiene su casa linda, decorada con muchos detalles alegres.

Al mismo tiempo, mantiene un espíritu y un aspecto juvenil. Siempre lleva puesta una vincha de colores, de la gran colección que tiene.

El vínculo con su hijo menor es de total sinceridad. No existen temas tabú, y conversan mucho, y sobre todo, lo escucha.

Ese niño me hizo descubrir el sentimiento de maternidad, porque ya tenía otros dos y no tenía ese sentimiento. Sabía que era madre, por instinto, pero sentimiento materno no tenía. Y con él, aprendí a tener.

Tania pretende que su hijo experimente lo que desee experimentar, pero para eso, ella le brinda conocimientos. *Si yo hubiese tenido conocimiento, tal vez no hubiese llegado tan al fondo.*

Con sus otros dos hijos, habla por teléfono todas las semanas y los ve en las vacaciones.

El trabajo con consumidores problemáticos, significa para Tania un ida y vuelta, una forma de conocerse también a ella misma, y de mantenerse por fuera del consumo, de neutralizar las ganas de consumir. Ella no se engaña, ni engaña a los demás: las ganas de consumir aparecen en algunos momentos. A pesar de que hace 18 años que no consume, no baja la guardia, y se cuida. Pero no siente miedo. Para Tania, el miedo es

*Una palabra suelta
Una voz callada, ronca
Una caja llena de oscuridad
Un slogan negro en un muro
Una mano sin dedos, intentando agarrar nada*

No se permite llegar a sentirlo, porque traba, tranca. Y si tuviera miedo, no podría trabajar con personas que consumen drogas frente a ella.

Muchas veces me cuestioné ¿no? Si no estoy ahí, trabajando, porque quiero estar cerca, porque quiero seguir ahí. Pero ya descarté eso. Yo sé que lo que a mí me importa son las personas que están ahí, Y que son personas como yo, que tienen muchas cosas para dar a otras personas, sólo que ellas precisan salir de ese lugar, y necesitan ayuda para eso. La ayuda de alguien que ya salió de ahí. Y de los demás también, porque yo sola no puedo. Juntos podemos muchas cosas.



Mirta Velazco



Abrir las ventanas a la revolución

Mirta habla mucho y de forma ordenada, riendo y haciendo chistes en forma casi permanente. Con una mezcla de orgullo y tristeza, relata su vida, la de sus tres hijos y su trabajo en la comunidad. Pero también escucha y observa, analiza y da consejos de mujer que “la ha vivido” y luchado siempre.

Tengo 66 años, 67. Tengo la costumbre de correr con el año, si bien cumplo en octubre, que es a final casi del año... Me encanta decir, como ya estoy en el año.. Y bueno, soy madre de tres hijos: Ernesto, Líber y Adelita. Soy abuela de dos nietas hermosas, Luana

y Rocío. Luana tiene 19 años, es hija de Líber. Y Rocío tiene 4 y es hija de Ernesto. Adelita es soltera, tiene 35 años, vive conmigo. Vivo acá en Zona 3, desde el 88, una experiencia nueva en Cooperativa de Ayuda Mutua.

Sus dos hijos mayores fallecieron, tras largos y tumultuosos años de consumo. Se define como una mujer católica, practicante de la fe, que va a misa regularmente. La religión le permite, entre otras cosas, *buscar una respuesta, si es que hay...*

Así parece ser ella: familia y comunidad como pilares de su vida.

Los comienzos

Mirta nació en Montevideo, en el año 1948 y vivió su infancia y juventud en Rocha y Garibaldi, al *costado del Hospital Español*. Perteneciente a una familia numerosa y humilde, con 5 hermanos menores y mayores, fue a la escuela del barrio, pero no al liceo *Porque mi mamá no nos mandó al liceo, era la época que no te mandaban al liceo.*

Así las cosas, empezó a trabajar a los 13 o 14 años, en el mismo lugar que su hermana mayor, época de la que guarda muy buenos recuerdos

Era una época preciosa, porque yo fui a la fábrica de zapatos Veloz, me acuerdo que, hasta el día de hoy tengo la idea de cómo era el zapato, la capellada, el taquito, cómo preparabas el zapato ¿no? Ahora debe ser todo en una máquina. Seguro, ahora debe ser que te apretan un botón y sale por allá el cuero. Nosotros cementábamos, poníamos las hormas, las órdenes, los pedidos, una cantidad de cosas. Ahí a los 13 años, porque era menor, mi hermana trabajaba 8 horas y yo 6, tuve que sacar permiso y todas esas cosas. Era una época buena en el Uruguay, porque vos dejabas eso y a la vuelta tenías otro trabajo, otro, otro. Trabajé en muchas cosas.

Su juventud transcurrió entre el trabajo, la vida familiar y los bailes. Salía mucho y *se deslumbraba con uno y con otro*, relaciones pasajeras. Al llegar a los 21 años, ya se sentía grande y con la necesidad de casarse y formar una familia. Sus hermanas mayores ya se habían casado y en su casa había problemas económicos y de espacio. Quería irse e independizarse.

A través del marido de su hermana, conoció a Ricardo, un hombre viudo, 15 años mayor que ella. A los 6 meses se casaron y se mudó al departamento de él, en el Prado. Ella sentía que él había sufrido mucho al quedar viudo con dos hijos y que junto a ella, podría empezar una nueva vida.

La adultez

Luego de casada, siguió trabajando en una fábrica y militando, políticamente y en lo sindical. Tanto ella como su marido eran comunistas. Ricardo era dirigente sindical y eso le insumía mucho tiempo. Su primer hijo, Ernesto, nace en 1973, tres años después del matrimonio. Hasta ese momento vivieron solos, ya que los hijos del matrimonio anterior de Ricardo fueron criados por sus tías. Ese período fue de disfrute de la pareja y de la nueva vida.

Embarazada de su segundo hijo, Líber, fue presa, por su militancia en la fábrica. Estuvo 45 días privada de libertad, lo que dejó huellas imborrables en ella, que se revelarían claramente años después. Hoy relata asombrada cómo era víctima de una cierta ceguera frente a lo que estaba pasando en el país.

¿Cómo pudo existir tanta maldad ahí en la esquina? ¿Qué pasó conmigo que no lo vi? Eso me da vergüenza. Indudablemente que yo, estaba embarazada de Líber, ya te digo, y yo decía... Fíjate vos que hasta medio ignorante, porque yo decía 'Estoy embarazada, no me van a hacer nada'. No me daba cuenta, no sabía..

Su marido también estuvo preso, en el caso de él, en el Cilindro, pero a pesar de haber vivido ambos esa experiencia traumática, eso no los unió, sino al contrario.

Ya con dos hijos, la cotidianidad en un apartamento muy pequeño y con pocas posibilidades económicas, hacen que todo se complique. Mirta comienza a darse cuenta que está sola para todo. Su marido se dedica a su trabajo y a la actividad política y sindical, y no se ocupa de sus hijos ni de ella.

No lograba interesarle de la cosa, no estaba ni en la puerta de la escuela, ni a la hora de comer, ni a la hora de bañarlos. ¡No estaba!

Mirta recuerda las penurias económicas que vivieron, ya que después de estar presa pasó a ser Categoría A y no conseguía trabajo formal. Empezó entonces a trabajar como empleada doméstica.

No teníamos vacaciones, no teníamos para el dentista, no teníamos para los championes para los chiquilines, era muy..... Yo fui a un comedor 3 años y medio, porque a él lo destituyeron del Correo. Íbamos a comer al comedor público, ya embarazada de Adela, que ella nació en el 79. De cuidarlos para que no se ensuciaran la ropa porque no había para el jabón. ¡No había termofón! Nos bañábamos en ollas.

Esto se acentuaba con la diferencia marcada entre ellos y el nivel de vida general que había en el barrio. Evoca con tristeza los días de Reyes, porque al salir a la vereda los demás niños *tenían de todo y ellos nada*. También ella y sus hijos recordaban con rabia cómo iban a la escuela con los *dedos de afuera*. A pesar de todo esto, sus hijos mayores completaron la escuela en el barrio, con buenas calificaciones.

Así fue criando a sus hijos, a los *ponchazos* y siempre militando. Es uno de sus mejores recuerdos, el haber militado siempre, sola primero y junto a sus hijos después, inculcándoles valores como la

solidaridad ante todo. Iba con ellos a las manifestaciones, actos del 1º de mayo, reuniones en los Comités, siempre juntos.

La vida en la Cooperativa

En el año 1988 se mudan a la Cooperativa de viviendas donde reside hasta hoy, al vender el departamento del Prado. Es un predio enorme, con 839 viviendas y 7 cooperativas, en la zona aledaña al Estadio Charrúa.

Líber y Ernesto ya iban al liceo Bauzá y cuando se mudaron, ya empezado el año, fueron trasladados al liceo 15, en Carrasco. Ese cambio significó que no entraran a clases, sino que se dedicaran a *hacer puerta* y que perdieran el año. Al año siguiente ya no quisieron estudiar y no volvieron al liceo.

Hoy fantasea con la idea que si se hubiese mudado a la Cooperativa años antes, sus hijos se hubiesen criado allí y todo hubiese sido diferente.

Su separación de Ricardo, pautó que quedara sola con sus tres hijos. Adela era una niña, pero los mayores, adolescentes, ya habían consolidado una vida de ocio y consumo.

La vida económica de la familia estaba prácticamente a su cargo, lo que pautaba que ella estuviese mucho tiempo ausente.

Ya te digo, siempre buscando salir un poco adelante y no te daba porque ellos no trabajaban mucho tampoco. Porque no tenían constancia en su trabajo. Bueno, Líber empezó de artesano, trabajó con Cristo para las Naciones acá y aprendió un curso de artesano precioso. Ernesto también, cuando dejó el liceo empezó a trabajar en una carpintería, en la madera, y bueno, le gustaba también. Pero después ahora últimamente todas changas, que es lo que veo acá. Como no mantienen su trabajo ¿no?

Distintos episodios de la vida de sus hijos fueron generando algunos problemas de convivencia en la Cooperativa, situaciones que Mirta

tenía que enfrentar en un espacio donde casi todos se conocen y donde es muy fácil saber cómo viven y qué hacen los vecinos, incluso con sus vidas privadas. Comenzó a percibir que el estigma iba creciendo y decidió enfrentarlo.

Bueno, en la época en que ellos estaban muy duros, que andaban en la calle, que se paraban en la esquina, que andaban todo el día de la cabeza y se juntaban y se potenciaban, a mí me costaba mucho entrar, me costó mucho revertir esa situación, que entrás a la panadería o a la carnicería, y se para el tema. Porque resulta que la noche anterior estuvieron jodiendo, tocando el tambor, quilombean-do y molesta.

A través del rescate de las buenas actitudes de sus hijos, de los valores de solidaridad e interés por el otro que ella se preocupó de inculcarles -lo que ella denomina la parte *sana de ellos*-, fue que el estigma se fue revirtiendo. También asumiendo una actitud activa en el barrio, no encerrándose, no ocultándose, no mostrando vergüenza, asumiendo lo que estaba viviendo.

Mirta pasó 12 años separada físicamente de su marido, y hasta hoy continúan separados afectivamente. Cuando Ricardo enfermó, sus hijos lo trajeron a vivir nuevamente con ellos, a la casa familiar.

La búsqueda de ayuda

Mirta, al estar *sola*, al no contar con el apoyo y acompañamiento de su ex marido, comienza a explorar distintas vías para ayudar a sus hijos y ayudarse a sí misma. La vergüenza, hace que no encuentre un refugio en sus hermanos y amigos. Ernesto y Líber comienzan consumiendo alcohol, luego marihuana y más tarde cocaína. Es el uso de esta droga y el estado cada vez más preocupante en que se encuentran sus hijos, la impulsan a salir a buscar ayuda. Buscando respuestas, buscando entender que sucedía, por qué sucedía y qué podía hacer ella frente a eso que la desesperaba, es que comienza a ir a un grupo de padres de personas con consumo problemático

Terminé en Conventuales que había un grupo de padres los domingos. Porque yo quería saber qué estaba pasando y como manejar eso ¡Era espantoso para mí, no tenía dónde ir! Ni con quien hablar, ni con mis hermanas, ni con mi familia, ni con mis amigos ¡Fue espantosa esa época!

Mirta muestra una faceta fundamental en lo que al abordaje familiar de los consumos problemáticos hace: la necesidad de informarse y de compartir lo vivido y sufrido.

También muestra cómo es importante la tolerancia, ya que se va en busca de consejos o experiencias sobre como abordar la problemática, pero no siempre se consigue aplicarlos.

La gente tiene dónde ir a informarse, dónde ir a hablar, dónde saber que hacer, más allá que pueda o no pueda hacerlo, porque las circunstancias a veces.. Podés tenerlo claro y no poder aplicarlo. A mí me pasaba, me decían ‘Echalos’ ‘Echalos a la mierda, que se vayan al pozo, que se vayan al pozo!’ Nunca pude echarlos.

Reconoce que ese miedo a quitarles su protección, tiene que ver con el terror que le surgía al pensar en alguno de sus hijos preso, lo que está directamente relacionado con su propia cana.

En el año 2003, descubren de forma accidental que uno de sus hijos es portador de HIV. Frente a esa situación, nuevamente Mirta busca ayuda y ayudar. Su hijo comienza a acudir a FRANSIDA y ella también. Durante 3 años es voluntaria en esa organización.

También lo acompaña al Instituto de Higiene, o cuando él no puede ir por estar trabajando, ella va a buscarle la medicación y a hablar con sus doctores.

A partir de sus distintas experiencias con las instituciones médicas en relación con sus hijos, ella tiene una visión crítica de cómo se aborda la drogodependencia desde la medicina tradicional. Ve en los médicos una falta de compromiso, una falta de empatía con sus pacientes, una reducción a hacer recetas y prescribir medicamen-

tos, sin acercarse a la totalidad de la persona que tienen enfrente.

Como que no se comprometían mucho con la cosa ¿no? Él decía, por ejemplo que si no le mostraba unas verrugas que le habían salido, la tipa no se enteraba, porque jamás lo tocó, ¡jamás lo tocó!

Considera que es necesario un abordaje total, no fragmentado, la persona es una sola y sus distintos problemas de salud interdependientes

Y Ernesto se estaba atendiendo, pero estaba consumiendo, y él mentía. Y yo no sé hasta dónde, el Instituto que era el que le llevaba a él la parte de salud, se daba cuenta si él estaba consumiendo o no, no sé. Porque no era sólo que tomara los remedios para el HIV, había otra cosa también que al Instituto no le correspondía, por supuesto, pero..

Cuando sus hijos comenzaron a consumir pasta base, su mundo acabó de venirse abajo. El deterioro, la falta de cosas y dinero, las peleas, volvían la vida insoportable.

¡Me estaba jugando la vida yo! No dormía, nada, era permanentemente peléándonos...

Mirta siguió participando de distintos grupos de ayuda de familiares de consumidores, especialmente tras la muerte de Líber y el consumo de pasta base de Ernesto. Pero no terminaba de encontrar allí la ayuda que buscaba. Se define a sí misma como una mujer muy independiente, e identificaba en esos espacios una dependencia con la que no se sentía cómoda. Es así que iba de vez en cuando y no terminaba de sentirse parte.

Su visión del consumo

Mirta tiene muy presente que aprendió mucho de sus hijos. A pesar del dolor, rescata sus enseñanzas y cómo hoy le permiten comprender diversas situaciones y transmitir esos aprendizajes a otros y otras. Así como lograr una empatía con quienes se encuentran en situación de consumo problemático.

Reconoce sentir un cierto rechazo por el consumo, pero busca soslayarlo

Una compañera psicóloga me dice que 'Vos, para todo lo que es consumo, estás muy para el no. Cero consumo, cero alcohol, cero marihuana, cero Nevada'. Ella siempre me dice que eso lo tengo que ver. No creo que sea tan así, pero algo de eso hay...

En ella se condensan entonces, una lucha por la búsqueda de una vida más plena en el otro, un deseo de que las personas no lleguen al abandono y la muerte, como sus hijos; y a la vez un conocimiento y rescate de valores y actitudes positivas de personas y grupos en situación de consumo problemático.

Por ejemplo, Mirta comprendió que sus hijos no buscaban lastimarla con sus actitudes y que debían salir por ellos, que era necesario que ellos desearan dejar de consumir, y que no dependía de ella que así fuera. Mirta podía ayudarlos, pero no sacarlos

Porque ya a lo último ellos se lo planteaban, querer salir. Nunca quisieron un tratamiento, ¡eh! ¡Nunca quisieron nada! Y era lo que yo más o menos quería que hicieran, y nunca quisieron nada. Y era lo que a mí me desgarraba, porque yo iba para todos lados, buscando sanar, buscando aplicar, buscando tener herramientas para esa situación y me encontraba con una pared, con que a los tipos no les entrabas. Cuando el ser humano no se quiere ayudar. Yo le decía '¿Cómo me podés hacer esto?' y él me decía 'No te lo hago a vos', y cosas que a mí hasta el día de hoy me quedan grabadas.

También aprendió que trasladar la culpa hacia otros no era sano, ni ayudaba a entender

Porque cuando tenían 16 años ponele, 'Ay que tu amigo, que es el que te lleva tu amigo' Y que ellos me dijeran 'A mí nadie me obliga a nada. Nadie me pone nada encima que yo no quiera'. Ellos como que tenían lemas, o códigos, y estaba bueno eso. ¡Estaba bueno porque yo dejaba de ver en el chiquilín el enemigo! El enemigo estaba en otro lado.

Reconoce que existen códigos que se respetan y enseñanzas que se transmiten y considera esto positivo y un proceso similar a muchos otros, que es necesario rescatar

Ellos se potencian mucho juntos, eso es muy bueno también. Juntos son, en bloque, yo digo que ellos se pasan los conocimientos y cómo se manejan, ¡pa!, como transmitís en una familia cómo se hacen los bizcochitos. Considero que es así, porque se repiten las cosas...

También gracias a su experiencia de vida, aprendió a reconocer las gestualidades, las diversas corporalidades que se manifiestan y a partir de ellas, acercarse y lograr la empatía.

Está convencida que es necesario encontrarse con las personas, acompañarlas y lograr descubrir el momento y lugar donde sientan el deseo de dejar de consumir. Ese momento es crucial para ella y ahí, piensa, se debe estar, se debe acompañar a encontrar algo lindo en la vida de ellos, algo que los rescate y les devuelva las ganas de luchar

Si ellos están en un lugar que quieren dejar de consumir, ahí hay que atenderlo, sea lo que sea, lo que pida, lo que demande en ese momento. Después pasamos a lo otro. Pero en ese momento pide una cama, no sé, eh, lo que pida 'Mirá, me quiero ir porque si no salgo de acá voy a cometer un error', sacarlo de acá, lo que él

pida en ese momento es lo que vale. Después vemos lo otro, cómo construimos lo otro, de volverlo a insertar o que sea feliz, o sacarlo de eso ¿no? Pero en ese momento, lo que él pide hay que dárselo, o lo que ella pide. ¡No sólo los hombres consumen!

El Centro de escucha

Mirta vive muy cerca del Centro de escucha e Inclusión Social, y eso hace que en parte sea como una continuación de su casa. Tiene la llave, y es del equipo la que se queda hasta más tarde cuando puede hacerlo.

Comenzó a acudir al Centro en el 2010, a instancias de las Hermanas del Verbo Encarnado que participaban en él y conocían su historia de vida.

Al principio fue como usuaria, buscando ayuda tras la muerte de uno de sus hijos y la situación del otro. Recuerda haber empezado junto a una señora que iba por su nieto y que al tiempo dejó de ir. Pero ella se quedó.

Y yo decía, si puedo ayudar, si puedo decir en qué termina o lo que va pasando, si una madre te quiere escuchar, si una hermana te quiere escuchar, una tía, porque uno no sabe quién puede darte una mano, quien puede ayudarte. Centro de escucha, hasta la palabra me parecía atractiva, te van a escuchar y también vas a escuchar a otros, y de ahí va a salir... De ahí va a salir lo que pueda florecer de esa escucha ¿no?, de ese ir y venir.

Al comienzo, sentía una gran distancia con las técnicas, con quienes hablaban de la problemática, pero no la habían vivido en carne propia. Así, se fue dando cuenta de lo que ella particularmente podía aportar, como *testigo viviente* de la cosa, como ella misma se define.

A su vez, fue viendo como ese trabajo en equipo, con saberes diferentes que se retroalimentan, iba surgiendo algo que era muy poten-

te, y que superaba a otros dispositivos por ella conocidos.

No todos pasaron por eso, entonces pueden darte una opinión por fuera que sirve para adentro. Por ejemplo, que el otro día lo viví con Teresa. Cuando salimos a hacer esa visita, salimos a ver un gurí, entonces dijo, cuando vinimos acá a hacer el balance, le tuvimos que preguntar al vecino por fulano de tal, pero ella no le preguntó por fulano de tal, le preguntó por la madre. Entonces le digo '¿Por qué preguntás por la madre?' 'Porque fulano de tal jodió a todos los vecinos'. Y eso para mí fue una revelación, porque yo hubiese ido a preguntar por fulano de tal. Esas son las diferencias que digo. Herramientas o cosas, o estrategias o lógicas que de repente si no, ¡yo no lo hubiese hecho!

Mirta considera que desde que comenzó a participar del Centro hasta la actualidad, han mejorado varios aspectos del servicio. Se avanzó en los objetivos, hoy son más claros y mejor definidos; se avanzó en el trabajo con las familias, ya que si no se dan cambios en los mecanismos de funcionamiento de estas, es muy difícil avanzar en el trabajo con el consumidor problemático; se han aceitado las redes de trabajo y el equipo está más consolidado, por lo que se trabaja mejor hacia adentro y hacia afuera. Otro aspecto que Mirta evalúa como una mejora es la consolidación de las salidas al territorio.

Si yo tuviera que hablar de este grupo, yo pienso que si estas técnicas que vienen acá no creyeran que hay que salir y hay que visitar familias y meter la mano en la masa, no hubiésemos congeniado.

A su vez, Mirta identifica claramente los horarios como un déficit del Centro. Cree que es necesario estar más, para poder constituirse en un espacio donde ir a buscar ayuda para no recaer, en cualquier momento

Primero los horarios, vos no podés, a las 3 de la tarde no es lo mismo que a las 10 de la noche. Ni en el Portal Amarillo ni en nada,

¡no hay horarios, esto es full time! Es full time como están ellos, porque ellos están full time. Ellos no tienen una hora pre fija, porque de repente no salen con ganas de ir a hacerlo y se cruzó con uno 'Y bueno vamos', y ya está. Y el tipo no se le cruzó, pero se le dio la oportunidad y se prendió. Como si a mí me invitás un helado, no te voy a preguntar la hora que es. ¡Me encantan los helados y lo voy a ir a comer a cualquier hora! Si tuviera que compararlo digo, ¿no?

En su experiencia de trabajo en el Centro, ha visto personas salir a flote desde lo más profundo, desde realidades realmente complejas, desde la vida en torno a la volqueta. Esto refuerza sus esperanzas y su fe en el espacio.

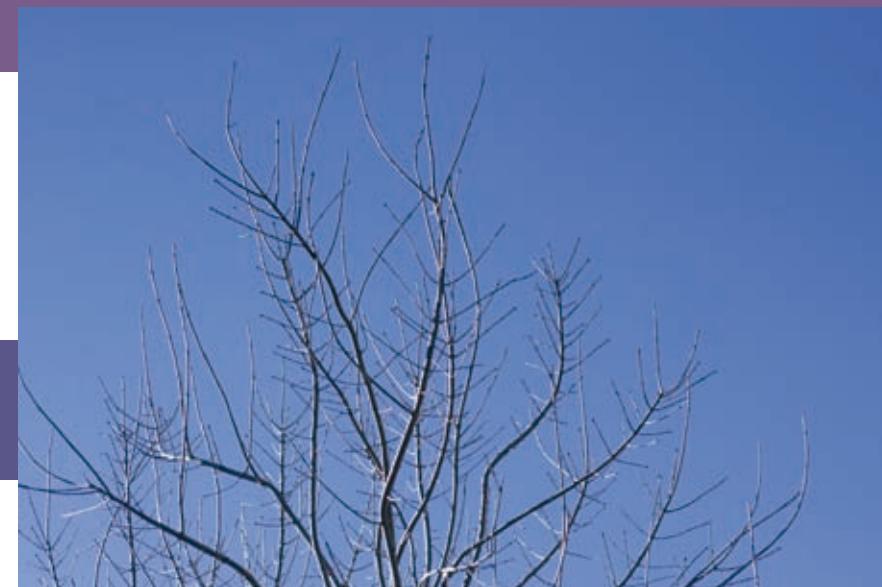
Su vida hoy

Mirta es en la actualidad una mujer muy activa, que pelea día a día por su bienestar físico y mental. En las mañanas camina por el Parque Rivera, y los martes y jueves va a gimnasia en el Centro Comunal. Los jueves de tarde practica hidrogimnasia en la Plaza de Deportes N° 7 del Paso Molino, y a la salida visita a sus hermanas.

Los lunes, miércoles y viernes de tarde los dedica al Centro de Escucha

De viernes a domingo, su nieta menor se queda con ella, y así, logra mantener vivo el recuerdo de su hijo, hablándole siempre sobre su padre y mostrándole sus cosas, sus fotos, sus herramientas.

Esto que estoy haciendo me hace muy bien. Y creo en lo que estoy haciendo. Eso lo defiendo, mis espacios y mis lugares son mi yo, son mi vida. Y postergo cosas, como mis hermanas. Pero si es el cumpleaños de mi hermana, aviso y no vengo. Yo siempre digo que no soy indispensable en ningún lado. Voy porque yo quiero, porque me gusta y porque creo en lo que estoy haciendo. Eso es así. Acá, en la Iglesia, en la Casa de la Mujer, en el gimnasio, en la piscina, en todo trato de mantener una coherencia con mis creencias y con mi forma de vida, ¿no? Pienso que hablar con el prójimo, estar con la gente y solucionar problemas en la medida en que vos puedas es maravilloso, es una oportunidad que tenés, de ayudar, no porque el otro esté allá abajo, porque lo podés ayudar en cualquier cosa, en cruzar la calle, en ir a buscar un remedio o en escucharlo, en escucharlo solamente, sobre todo en escucharlo. Y eso me hace mucho bien. Creo en eso. Y me hace mucho bien. Estoy contenta de lo que hago.



Notas finales

El proyecto procuró exponer y problematizar las trayectorias biográficas de diez mujeres de la ciudad de Montevideo, con activa y sostenida participación en relación con el tratamiento comunitario del consumo problemático de drogas, así como con el desarrollo exitoso de esta modalidad de atención. Se pretendió reconstruir el devenir biográfico en vinculación con el consumo problemático y el tratamiento comunitario, recuperando modos de pensar y de actuar de las involucradas así como sus perspectivas acerca de los efectos que la relación y dedicación a estas temáticas ha generado en sus trayectos vitales.

Estas diez mujeres -Ángela Barboza, Silvia Bonino, Tania Borges, Beatriz Correa, María Teresa Monteverde, Elba Núñez, Nora Olivera, Jacqueline Ubal, Andrea Vallejo y Mirta Velazco- han narrado y se han narrado; y las autoras, maravilladas con sus relatos, hemos pretendido recuperar sus palabras y sus silencios, sus caracteres y visiones de diferentes aspectos de sus vidas y sus trabajos. Hemos también, intentado plasmar en estas páginas el encuentro, el aprendizaje y el afecto que recibimos durante y luego de las entrevistas.

Todas parecen haber andado mucho, no sólo las que atravesaron barrios, departamentos, países o continentes. El andar trasciende la geografía y parecería vincularse a cierto conocimiento de lo humano, a sus dolores y a sus alumbramientos. Todas tienen una larga historia acumulada poblada de fotos, imágenes, vivos y muertos, héroes y heroínas desconocidos por las historias oficiales, batallas ganadas y perdidas, peleas inacabadas y una particular capacidad de trascender lo individual y empatizar con los otros. Son, en el sentido más estricto de la palabra, diez mujeres políticas que trascendieron sus periplos biográficos y los mandatos sociales de vida doméstica, para ser protagonistas de la vida comunitaria y pública.

Ninguna escapa además, a los efectos de haber transitado por una de las más dolorosas etapas de la historia reciente del Uruguay.

La dictadura dispuso trayectos laborales, formativos y familiares y pretendió saquear cuerpos y almas de quienes decidieron no darle tregua. Estas mujeres dieron batalla, pagaron sus costos pero ganaron la partida y en algún caso, en ciertos aspectos de sus biografías, la vida les dio la posibilidad de la revancha y vaya si lo celebran.

También sufrieron la última y más significativa crisis socio económica que afectó al país a comienzos del nuevo siglo, y vieron en sujetos tangibles y próximos sus efectos devastadores. En este contexto -en el que de manera coincidente, varias entrevistadas identificaron la irrupción de la pasta base- los paisajes locales se poblaron de personajes solitarios y sucios que revolían la volqueta e iban desapareciendo del todo. La expansión de la droga de los pobres, impactó en las relaciones de vecindad y los barrios comenzaron a mostrar crecientes señales de fragmentación social.

Algunas de estas mujeres decidieron no mirar a un costado. Por el contrario, procuraron entender qué sucedía y salieron a compartir con otros sus preocupaciones, con el propósito de encontrar compañeros de ruta con los que hacer frente a este nuevo paisaje al que no querían acostumbrarse.

Observamos en las biografías de las entrevistadas, hitos o vivencias que marcan profundamente sus historias vitales y que de una forma u otra, parecerían haber determinado sus recorridos vinculados al trabajo comunitario con consumidores y consumidoras problemáticos de drogas.

El vínculo sostenido en el tiempo con ciertas instituciones, la asunción de opciones profesionales, políticas y religiosas, el tránsito por sufrimientos profundos, y la toma de decisiones que supusieron cambios radicales en momentos claves de las trayectorias biográficas, aparecen repetidos en los distintos relatos.

En ciertos casos, algunas de las mujeres muestran como una experiencia coincidente, el impacto de la religión católica en su formación, particularmente en lo que refiere a la incorporación de ciertos valores vinculados a la compasión, a la ayuda al más débil y una praxis que ciertas congregaciones religiosas desarrollaban muy fuertemente, de trabajo con personas excluidas. Otras mujeres remiten a experiencias de militancia política, que las involucró en ámbitos gremiales, partidarios y comunitarios y que direccionó sus vidas en clave de solidaridad y atención hacia los más desposeídos, en el marco de un férreo rechazo a la desigualdad social existente y a la injusticia de ella resultante. En otros casos, las opciones profesionales asumidas, en lo que refiere a sus especializaciones y contextos de ejercicio, han conducido a algunas de las entrevistadas, a trabajar con la población de mayor dificultad socio-económica. Si bien reconocen que no es este un tránsito socio ocupacional prestigioso, defienden su decisión de colocar sus saberes en disposición y diálogo con actores locales y causas colectivas, aunque no desconocen las tensiones y los conflictos que esta interacción conlleva y puede desarrollar.

Otras mujeres han transitado por experiencias de consumo problemático de drogas, ya sea ellas mismas o algún familiar cercano importante en sus vidas. El haber pasado por estas experiencias tiñe sus prácticas en los dispositivos de un cariz particular: haber estado ahí. Esto permite una comprensión del otro y la otra, un encuentro desde un lugar compartido, una posibilidad de ser ejemplos vivientes de que es posible, finalmente, poder decidir que por acá no es. Ellas, en sus prácticas, muestran que “lo que es vivido no puede ser disputado”¹

Esta diversidad de “ritos de paso” han permitido a estas mujeres no sólo trabajar en dispositivos comunitarios, sino hacerlo desde un lugar específico: el de la empatía y el disfrute de pertenecer y ayudar al otro, pero también desde el convencimiento de que esta forma de abordaje genera logros ciertos y sólidos.

Las entrevistadas han construido en sus ámbitos laborales y en sus

organizaciones locales un trabajo de anclaje comunitario que exponen enfáticamente y acerca del cual ostentan el profundo convencimiento que es una estrategia valiosa a desarrollar cuando de consumo problemático de drogas se trata. La ponderación se coloca en primer lugar, en los dispositivos de proximidad, que desde el respeto a la individualidad, procuran no alejar a las personas de sus entornos familiares y comunitarios; y en segundo término, en las prácticas continuas de sostén cotidiano, que cuidan, alimentan, abrigan, escuchan, buscan apoyos socioeducativos diversos, procuran restablecer vínculos afectivos significativos, y le devuelven a otros la confirmación de su existencia, habilitando la posibilidad de que puedan ubicarse en el lugar de personas.

En este sentido, se destaca desde estas estrategias comunitarias el tiempo invertido en la construcción del vínculo con los jóvenes del barrio, sus familias y los vecinos del entorno barrial - un verdadero trabajo cuerpo a cuerpo - que no se ajusta a horarios rígidos y que insume una disponibilidad horaria no siempre posible de ser pautada previamente. La modalidad de trabajo requiere un recorrer y estar en la comunidad que resulta medular para que la estrategia pueda sucederse. Por ello el tejer y sostener redes adquiere en la propuesta, suma relevancia.

Esta valoración positiva sobre el tratamiento comunitario no deviene, en el relato de las entrevistadas, ni en el desconocimiento ni en la prescindencia de otras formas de abordaje. Para algunas, resulta claro que no todas las situaciones de consumo problemático de drogas pueden ser abordadas desde una estrategia comunitaria, pero entienden que no es posible evadir el entorno familiar y comunitario de cada sujeto al momento de diseñar e implementar cualquier tratamiento. Por ello, alguna entrevistada, subraya la necesidad imperiosa que los diferentes dispositivos de atención estén conectados unos con otros, de manera tal que si alguien transitó un período de internación, al volver a su entorno, pueda contar con los apoyos de las propuestas comunitarias, coordinados desde el primer ámbito de atención. Si no se piensa con este nivel de coordinación e integra-

lidad, no parecería verse salida a este tema.

No obstante lo expuesto, varias entrevistadas deslizan percepciones críticas e interrogantes recurrentes así como problematizaciones relevantes, no sólo sobre los modelos de atención clásicos en la temática, que se desenvuelven con primacía de la lógica de interacción, sino también acerca de otros dispositivos de intervención social que en la actualidad se reconocen de proximidad, pero cuya profundidad de intervención no se observa con claridad.

En este sentido, algunas entrevistadas arrojan líneas de análisis por demás potentes ¿A qué se aproximan los actuales dispositivos de proximidad? ¿No parecería existir hoy cierto privilegio de las coordinaciones interinstitucionales en el trabajo comunitario, que prioriza más el ejercicio de la coordinación entre actores que el abordaje directo con los sujetos involucrados? ¿Quién se hace cargo de ciertas problemáticas sociales que parecerían no competirle a nadie en el repertorio de las políticas?

Por otra parte, el convencimiento acerca de las fortalezas del abordaje comunitario que exponen las entrevistadas, no les impide precisar las dificultades que al mismo tiempo ostenta esta modalidad de trabajo. Cuando de dificultades se trata, el posicionamiento resulta unánime: todas afirman no contar con los recursos humanos y materiales necesarios para que el tratamiento de base comunitaria pueda desarrollarse en todos sus términos.

En este sentido, se reconoce mayoritariamente que la modalidad de financiación mediante fondos concursables y escasos, no es una opción acertada, fundamentalmente porque no contribuye a la continuidad y la estabilidad de los equipos y sus propuestas programáticas, quienes se ven expuestos a la incertidumbre de concreción de lo anunciado y comprometido ante los usuarios y la comunidad. Falta de recursos genuinos, salarios que se cobran de manera discontinua, distinción en el mismo proyecto de asalariados y voluntarios, cantidad insuficiente de horas de trabajo disponibles con la

consiguiente reducida capacidad horaria de atención, territorios extensos y con una alta densidad de población a la cual dar respuesta y dificultades locativas, constituyen algunos de los problemas que afectan los proyectos de atención comunitaria y que les hace afirmar a algunas de las mujeres entrevistadas que los apoyos son decorativos, o de boca, más que tangibles y materialmente sustantivos. Este cuadro de dificultades que jaquea el sostenimiento adecuado de los proyectos comunitarios, no solo impacta de alguna manera en la continuidad y calidad de la propuesta, afectando su viabilidad, sino que además contribuye a la pérdida de legitimidad de una estrategia que discursivamente los ámbitos decisores de políticas califican de valiosa y promueven en su desarrollo.

Algunas entrevistadas afirman no comprender cabalmente este cuadro paradójico y por ello se preguntan qué es lo que hay que hacer, cómo hay que demostrar que las cosas funcionan, para que los recursos se dispongan.

La celebración del trabajo que estas mujeres realizan desde diferentes servicios y funciones, no debe invisibilizar este núcleo problemático de los dispositivos de tratamiento comunitario abordados. Estas mujeres han puesto al servicio de su funcionamiento, horas y horas de sus vidas, en la mayoría de los casos, de forma honoraria.

Han levantado y sostenido estos lugares sin contar con los recursos materiales y humanos necesarios para que los proyectos puedan instalarse y desarrollarse. Por tanto, han colocado allí, su voluntad, generosidad y capacidad infinita de trabajo. Pero una política de atención, cualquiera sea su materia, requiere de definiciones y acciones políticas e institucionales que la doten de sustentabilidad. Tal como se expone desde el discurso de las entrevistadas, parecería ser que el abordaje comunitario se asienta sobre una reafirmación del lugar tradicional de la mujer: trabajadora no remunerada, cuidadora, abnegada y puesta en actitud de servicio permanente. Quizás porque estas mujeres han comprendido esto, es que insisten en la necesidad de contar con los recursos que den sustentabilidad al tratamiento comunitario, a la vez que destacan la importancia

de contar con equipos sólidos y no individualidades que dejen su vida en función de esto.

En este sentido, surge como necesaria, la búsqueda de nuevas formas de intervención social, que particularmente en lo que refiere a la atención del consumo problemático de drogas, no reafirmen, desde las propias políticas públicas, la estructura de género tradicional.

Sandra Leopold
Serrana Mesa



Junta Nacional de Drogas

Presidencia de la República

U R U G U A Y

www.infodrogas.gub.uy

jnd@presidencia.gub.uy